VOLVÍ BUENÍSIMA

(CHÚPATE ESA)



P. MENDOZA

VOLVÍ BUENÍSIMA

(Chúpate Esa)

P. Mendoza

Volví Buenísima (Chúpate Esa)

© 2025 P. Mendoza

Todos los derechos reservados.

Capítulo 1

El regreso de la borde

Hay un cartel a la entrada del pueblo que dice "Agua Dulce te da la bienvenida". Alguien le ha añadido con spray "a morirte de asco". Me río sola en el coche. Algunas cosas no cambian.

Llevo diez años sin pisar este sitio. Diez años exactos. Los conté cuando me subí al coche en Madrid esta mañana, con el café todavía caliente y las manos temblando sobre el volante. Diez años, tres meses y cuatro días, si quieres ser exacta. Pero quién lleva la cuenta. Yo no. Para nada.

El aire acondicionado del coche de alquiler hace un ruido de agonía. Cuarenta grados en agosto en la costa gaditana. Normal. Esperado. Y aun así sudo como si estuviera en una sauna finlandesa con abrigo de visón.

Bajo la ventanilla. El olor a sal me golpea como un bofetón de nostalgia. Joder. Joder, joder, joder. No voy a ponerme blandita. No voy a ponerme blandita. Soy una tía adulta con un máster en Comunicación Corporativa y un piso en Malasaña. No lloro por un olor a mar.

Subo la ventanilla.

El pueblo aparece entre las curvas de la carretera como un diente de leche que se niega a caerse. Casitas blancas. Tejas naranjas. El campanario de la iglesia donde me bautizaron y donde juré que nunca volvería a poner un pie. Bua. Aquí estoy. Poniendo pies.

Paso por delante del Mercadona nuevo. Eso sí ha cambiado. Antes teníamos un Día chungo donde la Paqui te miraba mal si

comprabas condones. Ahora hay un Mercadona con parking y todo. El progreso.

Paso por delante del instituto.

No miro.

No miro.

Vale, miro. Un segundo. La verja sigue igual. El patio sigue igual. Los bancos de piedra donde me sentaba sola a comerme el bocata siguen igual.

Se me cierra algo en la garganta.

Acelero.

La casa de la abuela está al final de la calle del Faro, justo donde el asfalto se rinde y empieza la arena. Aparco como puedo, medio rueda en la acera, medio rueda en la nada. Salgo del coche y el calor me aplasta como una plancha.

Bua.

Aquí estoy.

Marisol Bravo Heredia, treinta y dos años, soltera, sin hijos, recién despedida de la consultora donde llevaba seis años matándome a trabajar. Volviendo al pueblo del que juré huir para siempre.

El universo tiene un sentido del humor de mierda.

La casa está más pequeña de lo que recordaba. O yo más grande. La fachada necesita una mano de pintura y las buganvillas se han comido medio balcón. Hay un cartel torcido en la puerta que dice "Se alquilan habitaciones" con un número de teléfono que reconozco.

Loli.

Mi abuela. Ochenta y tres años. Silla de ruedas desde el ictus. Y todavía alquilando habitaciones a turistas alemanes como si esto fuera mil novecientos noventa y bla.

Respiro hondo. Saco la maleta del maletero. Arrastro los pies hasta la puerta.

No me da tiempo a llamar.

—¡Ya era hora, boba!

La puerta se abre de golpe y ahí está. Loli. Más pequeña. Más arrugada. Pero con los mismos ojos de borde que heredé yo y que heredó mi madre antes de largarse a vivir a Benidorm con un percusionista de salsa.

—Hola, abuela.

—Ni abuela ni bolla. Llevas una hora de retraso. El pollo se ha secado.

—He parado a...

—Me da igual. Entra. Tienes cara de balde.

Empuja la silla de ruedas hacia dentro y yo la sigo como cuando tenía cinco años. El pasillo huele a fritanga y a colonia de Hacendado. Las fotos de la pared siguen en el mismo sitio. Mi abuelo con bigote. Mi madre de pequeña. Yo con aparato de dientes y cara de querer morirme.

La cocina está igual. La mesa camilla con el hule de flores. La tele encendida en algún programa del corazón. El ventilador de techo que hace un ruido como de helicóptero agonizante.

—Siéntate —ordena Loli—. Come.

Me siento. Como. El pollo está seco pero no digo nada. Loli me observa desde su silla como un halcón en chándal.

—Estás flaca.

—Estoy igual.

—Estás flaca y pálida. Parecías más guapa en las fotos.

—Gracias, abuela.

—Loli.

—Gracias, Loli.

Mastico el pollo. Trago. Bebo agua. Loli sigue mirándome. Sé lo que viene. Lo estoy esperando desde que crucé el cartel de "Agua Dulce te da la bienvenida a morirte de asco".

—¿Y el trabajo?

—Ya te conté por teléfono.

—Cuéntamelo otra vez.

Suspiro.

—Me despidieron.

—¿Por borde?

—Por reestructuración.

—O sea, por borde.

—Por reestructuración, Loli.

—Boba. A tu abuelo lo despidieron tres veces y las tres fue por borde. Es de familia.

No tengo energía para discutir. Me meto otro trozo de pollo en la boca y mastico como si mi vida dependiera de ello.

—Bué —dice Loli—. Pues ya que estás aquí, te pones a currar.

—¿Perdona?

—El chiringuito. Lo llevo sola desde que tu abuelo palmó. Bueno, sola no. Pero necesito a alguien de confianza. Alguien que sepa sumar.

—Loli, yo no he venido a...

—¿A qué? ¿A llorar por las esquinas? ¿A comerte los mocos? Eso lo puedes hacer por las noches. Por el día, me ayudas.

Abro la boca para protestar. La cierro. La abro otra vez.

Loli levanta una ceja. Esa ceja que dice "atrévete, boba, atrévete".

—Vale —digo al final—. Te ayudo.

—Bien. Mañana a las siete.

—¿De la mañana?

—No, boba, de la tarde. Pues claro que de la mañana. El chiringuito no se abre solo.

—Pero...

—Sin peros. Ahora acábate el pollo, que te enseño tu cuarto.

Me acabo el pollo. Me levanto. Sigo a Loli por el pasillo hasta la habitación que fue de mi madre y que ahora tiene un edredón de Ikea y un crucifijo sobre la cama.

—El baño está al fondo. El agua caliente tarda. No hagas ruido después de las diez.

—Vale.

—Y mañana... —Loli para en la puerta. Me mira. Por un segundo, solo un segundo, su cara se ablanda—. Me alegro de que estés aquí, boba.

—Yo también, Loli.

Es mentira. Las dos lo sabemos. Pero ella asiente y yo asiento y ese es el trato que tenemos desde siempre.

Se va.

Me quedo sola en la habitación. Me siento en la cama. El colchón hace un ruido de protesta.

Miro por la ventana. Se ve el mar. Se ve el paseo marítimo. Se ve el chiringuito de Loli con sus sombrillas rojas.

Y se ve otro chiringuito. Justo al lado. Con sombrillas azules.

El de los Herrera.

El de su familia.

La familia de Nico.

Se me seca la boca.

No. No, no, no. Él no puede seguir aquí. Él se fue. Él se fue a la universidad. Él se fue a ser alguien lejos de este pueblo de mierda. Él no puede estar aquí.

Cojo el móvil. Busco en Instagram. No encuentro nada. Busco en Facebook. Nada. Busco su nombre en Google como una

psicópata acosadora y lo único que sale es una noticia de hace ocho años sobre un campeonato de surf.

Respiro.

A lo mejor no está. A lo mejor se fue. A lo mejor el chiringuito lo lleva su padre. O su hermano. O cualquier otro Herrera de los cientos que hay en este pueblo.

A lo mejor no tengo que verlo nunca.

Me tumbo en la cama. Cierro los ojos.

Mañana a las siete. El chiringuito no se abre solo.

Mañana.

Mañana veré si el universo me odia tanto como creo.

Capítulo 2

El borde ha vuelto

No he dormido.

Bué, sí he dormido. Dos horas. Tres si cuento las que me pasé mirando el techo con los ojos cerrados fingiendo que eso contaba como descanso. El colchón tiene un muelle que se me clava exactamente en el riñón derecho y el crucifijo de la pared hace sombras

raras cuando pasan los coches.

Y el mar.

El jodido mar.

No para de sonar. Como un susurro constante que me dice "Mari, Mari, has vuelto, Mari, no vas a escapar, Mari". O algo así. A las cuatro de la mañana mi cerebro no estaba para metáforas elaboradas.

El despertador suena a las seis y media y me levanto como un zombi de

baja calidad. Me miro en el espejo del baño. Ojeras. Pelo de bruja. Cara de querer morirme.

Normal.

El agua de la ducha tarda en calentarse, como dijo Loli. Lo que no dijo es que cuando se calienta te escalda viva. Salgo roja como un cangrejo y con el humor de un demonio de Tasmania con hemorroides.

Me pongo lo primero que pillo. Camiseta negra. Vaqueros cortos. Zapatillas de deporte que han visto días mejores. Me recojo el pelo en una coleta tirante que me estira la cara y me hace parecer ligeramente menos cadáver.

Bua. Vamos allá.

Loli ya está en la cocina cuando bajo. Vestida. Maquillada. Con un pañuelo de flores en la cabeza y cara de

borde profesional.

—Llegas tarde.

—Son las siete menos cinco.

—Exacto. Tarde.

No discuto. Cojo el vaso de Cola Cao que ha dejado en la mesa y me lo bebo de un trago. Sabe a infancia. A veranos eternos. A cuando mi mayor problema era que no echaban Bola de Dragón Z los fines de semana.

—Vámonos —dice Loli, empujando su silla hacia la puerta.

—¿No desayunamos más?

—En el chiringuito. Allí hay barra.

La sigo hasta la calle. El sol ya pega con ganas y son las siete de la mañana. Esto es crueldad mediterránea.

El paseo marítimo está desierto a estas horas. Solo algunos

corredores madrugadores y un señor mayor paseando a un perro que parece más viejo que él. Loli avanza con su silla eléctrica como un tanque en miniatura. Yo troto detrás intentando no sudar como cerda.

El chiringuito de Loli se llama "La Gaviota". Tiene un cartel de madera pintado a mano que se está despeluchando y unas sombrillas rojas que han visto mejores décadas. Hay una terraza de plástico, una barra de obra y una cocina que huele a aceite de freír desde fuera.

Es horrible.

Es perfecto.

Es exactamente como lo recordaba.

—Kevin —grita Loli—. Kevin, baja las sombrillas, boba.

De detrás de la barra emerge un tío. Alto. Rubio. Con músculos de gimnasio y cara de

bobalicona confusión. Lleva una camiseta sin mangas que dice "Agua Dulce Beach Club" y unos pantalones cortos que dejan poco a la imaginación.

—Hola —dice—. ¿Tú eres la nieta?

—Marisol.

—Kevin.

—Ya. He oído.

Kevin me mira como si fuera un puzzle que no sabe resolver. Luego sonríe. Una sonrisa grande, de

tío que no tiene maldad en el cuerpo.

—Mola. Loli me ha hablado

buen rollo de ti.

—¿Ah sí?

—Bué, ha dicho que eres borde pero buen rollo.

—Qué majo.

Loli rueda hasta la barra y empieza a dar órdenes. Que si los vasos están sucios. Que si las mesas necesitan un repaso. Que si el café no va a hacerse solo. Kevin obedece sin rechistar. Yo me quedo ahí plantada sin saber qué hacer con mis manos.

—Tú —me señala Loli—. Barra. Sabes usar una cafetera, ¿no?

—He trabajado seis años en una consultora, Loli. Sé usar un ordenador de mil euros.

—¿Y una cafetera?

—También.

—Bué. Pues hazme un cortado.

Me pongo detrás de la barra. La cafetera es una reliquia de los ochenta que parece que va a explotar en cualquier momento. Trasteo con los botones. Sale un ruido de ultratumba. Kevin aparece a mi lado.

—Le tienes que dar al de la derecha primero —dice—. Y luego al rojo. Y aguantas tres segundos.

—Gracias.

—De nada. Es

buen rollo.

El café sale. No explota nada. Pequeñas victorias.

Le llevo el cortado a Loli, que está sentada en su trono de ruedas revisando unos papeles. Da un sorbo. Hace una mueca.

—Está balde.

—Está recién hecho.

—Está

balde y amargo.

—Lo siento.

—Bué —suspira—. Ya aprenderás.

El chiringuito empieza a cobrar vida poco a poco. Llega Rocío, una mujer de unos cuarenta que se encarga de la cocina. Tiene el pelo teñido de rojo granate y un tatuaje de un delfín en el tobillo. Me saluda con un cabezazo y desaparece entre fogones.

Llegan los primeros clientes. Una familia alemana con dos niños

blandengues que piden Cola Cao y tostadas. Un señor mayor que quiere su café solo de siempre. Dos chicas en bikini que no sé

qué piden porque estoy demasiado ocupada intentando que la cafetera no me escupa en la cara.

—¡Mari! —grita Loli—. Mesa tres. Cañas.

—Voy.

Cojo las cañas. Salgo a la terraza. El sol me ciega.

Y entonces lo veo.

El chiringuito de al lado. El de las sombrillas azules. El de los Herrera.

Hay alguien en la barra. Un tío. Alto. Ancho de espaldas. Pelo oscuro. Está de espaldas, colocando botellas en una estantería.

No puede ser.

No puede ser él.

Él se fue. Él dejó el pueblo. Él...

El tío se da la vuelta.

Y el mundo se para.

Es Nico.

Es Nico Herrera.

Diez años mayor. Más grande. Más duro. Con una barba de tres días y arrugas alrededor de los ojos que antes no tenía. Pero es él. Esos ojos. Esa mandíbula. Esa forma de moverse como si el mundo le perteneciera.

Se me caen las cañas.

El cristal estalla contra el suelo. La cerveza se desparrama por las baldosas. Todos me miran. Loli me mira. Kevin me mira.

Nico me mira.

Y yo me quedo ahí. Plantada. Con las manos vacías y el corazón

batiéndose como un pájaro enjaulado.

—Joder —digo.

Es lo único que me sale.

—¡Mari! —grita Loli—. ¿Qué haces? ¡Recoge eso!

Me agacho. Empiezo a recoger cristales con las manos. Me corto. Me da igual. Kevin viene corriendo con una escoba y un recogedor.

—Eh, eh, para —dice—. Que te vas a hacer polvo.

—Estoy bien.

—Estás sangrando.

Miro mi mano. Tiene un corte en la palma. Rojo. Brillante. Me da igual.

—Estoy bien —repito.

Pero no lo estoy.

Porque Nico sigue ahí.

De pie. En su chiringuito. Mirándome.

Y yo no sé si quiero correr hacia él o salir corriendo en dirección contraria.

Kevin me lleva dentro. Me sienta en un taburete. Me pone una tirita que saca de un botiquín prehistórico.

—¿Estás bué? —pregunta.

—Sí.

—Parece que has visto un fantasma.

No le contesto. Porque eso es exactamente lo que he visto.

Un fantasma.

El fantasma de la boba que fui.

El fantasma de la chica que se arrancaba el pelo en el baño de su casa porque no podía más.

El fantasma de todo lo que quería olvidar.

—El tío de al lado —digo—. El del chiringuito azul. ¿Quién es?

Kevin me mira con su cara de bobalicona incomprensión.

—¿Nico? Es el dueño. Bué, el hijo del dueño. Pero ahora lo lleva él. Desde que su padre palmó.

—¿Su padre murió?

—Hace dos años. Infarto. Fue

buen chungo.

Proceso la información. El padre de Nico. Don Alfonso. El borde más borde del pueblo. Muerto.

No sé qué sentir.

—¿Lo conocías? —pregunta Kevin.

—Algo así.

—Ah. Bué. Es buen tío, Nico. Un poco borde a veces. Pero buen rollo.

Buen tío.

Nico Herrera.

Buen tío.

Las palabras no encajan. No tienen sentido. Es como decir que el agua no moja o que el sol no quema.

—Vuelvo a la barra —digo, levantándome.

—¿Segura? Puedes descansar.

—Segura.

Salgo. Vuelvo a mi puesto. No miro hacia el chiringuito azul. No miro. No miro.

Vale, miro.

Nico ya no está en la barra. Ha desaparecido dentro. Me siento aliviada y decepcionada al mismo tiempo, lo cual no tiene ningún boba sentido.

El resto de la mañana pasa en una neblina de cafés, cañas y platos de patatas bravas. Rocío cocina. Kevin sonríe. Loli manda. Yo obedezco.

Y cada dos minutos miro hacia el chiringuito azul.

A las once viene a verme Loli.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Tienes cara de balde.

—Es mi cara normal.

—No. Tu cara normal es de borde. Esta es de balde. Diferente.

No contesto.

Loli sigue ahí. Mirándome. Con esos ojos que lo ven todo.

—Es por el Herrera —dice. No es una pregunta.

—No sé de qué me hablas.

—Boba. Te he visto mirando su chiringuito como

boba enamorada.

—No estoy enamorada.

—Ya. Lo que tú digas.

Se va rodando hacia otra mesa. Yo me quedo ahí. Con el trapo en la mano. Con el corazón en la garganta.

No estoy enamorada.

Eso sería boba. Sería absurdo. Sería de

boba masoquista enamorarse del tío que te hizo la vida imposible durante cuatro años de instituto.

Pero entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en él?

La respuesta llega a la una.

Estoy recogiendo unas mesas cuando una sombra me tapa el sol. Levanto la vista.

Nico.

De cerca es peor. O mejor. No sé. Tiene los ojos más oscuros de lo que recordaba. Más tristes. Las arrugas le dan un aire de borde cansado.

No dice nada.

Yo tampoco.

Pasa un segundo. Pasan cinco. El mar hace ruido. Alguien pone reggaetón en algún chiringuito lejano.

—Marisol —dice al final. Su voz es más grave. Más ronca.

—Nico.

—Has vuelto.

—Eso parece.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta.

—¿Perdona?

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—No lo sé. ¿Por qué?

No contesta. Me mira. Yo le aguanto la mirada.

—Solo quería... —empieza. Se para. Traga.

—¿Qué?

—Nada. Da igual.

Se da la vuelta.

Se va.

Así. Sin más.

Y yo me quedo ahí.

Con el trapo en la mano.

Con el sol en la cara.

Con diez años de preguntas sin respuesta atascadas en la garganta.

—¡Mari! —grita Loli desde dentro—. ¡Deja de

boba embobarte y ven a ayudar!

Voy.

Pero no dejo de mirar hacia el chiringuito azul.

No dejo de pensar en sus ojos.

No dejo de preguntarme qué iba a decir.

"Solo quería..."

¿Qué?

¿Qué querías, Nico?

¿Pedirme perdón?

¿Insultarme?

¿Fingir que nada pasó?

No lo sé.

Pero voy a averiguarlo.

Capítulo 3

Lo que el mar no se llevó

Esa noche tampoco duermo.

Bué, duermo algo. Una hora. Dos. Pero cada vez que cierro los ojos veo su cara. Esos ojos oscuros. Esa mandíbula. Esa forma de decir mi nombre como si le costara sacarlo de la garganta.

"Marisol."

Nadie me llama Marisol. Nadie excepto mi madre cuando está

enfadada y los funcionarios de Hacienda. Pero él lo ha dicho así, con todas las letras, y ahora no puedo quitármelo de la cabeza.

Me levanto a las cinco. Me siento en la cama. Miro el techo.

"Solo quería..."

¿Qué? ¿Qué querías, borde de

mierda?

El crucifijo me mira desde la pared. No me juzgues, boba figura de yeso. Tú no sabes lo que es tener a tu

bully del instituto viviendo a veinte metros de tu chiringuito.

Me ducho. El agua sale fría. Bien. Necesito despejarme.

Bajo a la cocina antes que Loli. Me hago un Cola Cao. Me siento en la mesa camilla. Miro el hule de flores como si tuviera las respuestas del universo.

No las tiene.

—Madrugadora —dice Loli desde la puerta.

Me giro. Está en su silla, con el pelo recogido en un moño y la cara lavada. Sin el maquillaje parece más vieja. Más frágil. Pero sus ojos siguen siendo los mismos.

—No podía dormir.

—Ya. —Rueda hasta la nevera. Saca la leche—. ¿Por el Herrera?

—No.

—Mentirosa.

—No es por él.

—Boba, te conozco desde que tenías el culo blandito. Sé cuando mientes.

No contesto. Bebo mi Cola Cao. Loli se prepara su café en silencio.

—¿Qué pasó entre vosotros? —pregunta al final.

—Nada.

—Mari.

—Nada importante.

Loli me mira. Esa mirada que perfora. Que ve todo lo que escondes.

—El verano antes de que te fueras —dice despacio—, tenías el pelo más corto. Mucho más corto. Dijiste que te lo habías cortado tú. Pero tenías calvas.

Se me hiela la sangre.

—Loli...

—No me lo contaste entonces. No me lo has contado en diez años. Pero sé que pasó algo. Y sé que tiene que ver con ese chico.

El frigorífico zumba. El reloj de la pared hace tic-tac. El mar suena a lo lejos.

—Era borde —digo al final—. Muy borde. Y yo era boba. Muy boba.

—¿Te hizo daño?

—No como tú piensas.

—¿Entonces cómo?

Cierro los ojos.

Y estoy ahí otra vez.

Tengo quince años. Llevo el uniforme del instituto, la falda un poco larga porque mi madre dice que así dura más. El pelo me llega por los hombros. Castaño. Rizado. Rebelde.

Estoy en el pasillo del tercer piso. Es la hora del recreo pero yo no bajo al patio. Nunca bajo al patio.

—Mira, ahí está la borde.

La voz viene de detrás. No me giro. Sé quién es.

—¿No saludas, Marisol?

Nico Herrera. Dieciséis años. Capitán del equipo de surf. Guapo de esa forma que duele mirar. Popular de esa forma que significa que puede hacer lo que quiera sin consecuencias.

Y le gusta hacerme la vida imposible.

—Hola —digo sin girarme.

—¿Hola? ¿Eso es todo? —Se pone delante de mí. Sus amigos se ríen detrás—. ¿No me preguntas qué tal el fin de semana?

—¿Qué tal el fin de semana?

—Genial. Pillamos olas

buen buenas. Pero tú no sabes lo que es eso, ¿no? Tú te quedas encerrada en tu cuarto leyendo

boba libros de boba

boba gorda.

Sus amigos se ríen más fuerte. Yo miro el suelo.

—Eh, mírame cuando te hablo.

No le miro.

—Que me mires.

Me coge de la barbilla. Me obliga a levantar la cara. Sus ojos están a diez centímetros de los míos. Huele a mar y a colonia cara.

—¿Por qué siempre tienes esa cara de

balde? —dice—. ¿Es que no sabes sonreír?

—Suéltame.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Suéltame, por favor.

—Di "Nico es el más

buen rollo del instituto" y te suelto.

—No.

—Dilo.

—No.

Me aprieta más fuerte. Me hace daño. Noto las lágrimas subiendo pero las trago. No voy a llorar delante de él. No voy a darle esa satisfacción.

—Eres

boba patética —dice—. ¿Lo sabes? Patética y boba

fea y nadie te quiere.

Me suelta.

Se va.

Sus amigos le siguen, riéndose.

Yo me quedo ahí. En el pasillo vacío. Con la marca de sus dedos en la barbilla.

Esa noche, en casa, me miro en el espejo del baño. Me cojo un mechón de pelo. Tiro.

No sé por qué lo hago. Solo sé que cuando lo hago, el dolor de fuera tapa el dolor de dentro.

Tiro más fuerte.

Un mechón cae al lavabo.

Y algo dentro de mí se rompe un poco más.

—¿Mari?

La voz de Loli me devuelve a la cocina. Estoy temblando. El Cola Cao se ha derramado sobre el hule.

—Perdona —digo, levantándome a por un trapo—. Se me ha caído.

—Déjalo.

—No, ya lo limpio...

—Mari. Déjalo.

Me quedo quieta. Con el trapo en la mano. Con los ojos ardiendo.

Loli rueda hasta mí. Me coge la mano. Su piel está arrugada y fría pero su agarre es firme.

—No tienes que contármelo —dice—. Pero quiero que sepas una cosa.

—¿Qué?

—Ese chico. El Nico. Ha cambiado.

—La gente no cambia, Loli.

—La gente cambia cuando le pasan cosas

boba brutas. Y a ese chico le han pasado cosas

boba brutas.

—¿Como qué?

—Su padre murió.

—Ya lo sé.

—¿Sabes cómo?

Niego con la cabeza.

—Infarto —dice Loli—. Pero no fue solo eso. Fue después de una pelea. Nico y su padre. En el chiringuito. Delante de todo el mundo. El padre le dio una bofetada. Nico le devolvió el golpe. El padre se cayó. Y no se levantó.

Se me seca la boca.

—¿Nico... le pegó?

—Se defendió. Llevaba años defendiéndose. Pero nadie lo sabía.

—¿Defendiéndose de qué?

Loli me mira. Suelta mi mano.

—Pregúntaselo a él.

Se da la vuelta y rueda hacia su habitación. Yo me quedo en la cocina. Con el trapo manchado de Cola Cao. Con el corazón latiendo como loco.

Don Alfonso.

El padre de Nico.

Recuerdo su cara. Roja. Hinchada. Siempre gritando. Siempre borde. Siempre mirando a su hijo como si fuera una decepción andante.

Recuerdo un verano, tendría yo doce años, antes de que todo se jodiera. Nico estaba en la playa con su padre. Don Alfonso le gritaba por algo del surf. Le llamaba blandengue. Inútil. Le decía que no valía para nada.

Nico no lloró. Nico nunca lloraba.

Pero yo vi su cara.

Y ahora, diez años después, entiendo algo que no entendía entonces.

No te conviertes en

borde porque sí.

Te conviertes en

borde porque alguien te enseña.

El resto del día pasa raro.

Trabajo en el chiringuito. Sirvo cañas. Hago cafés. Kevin me enseña a usar la freidora sin quemarme. Rocío me grita cuando pongo mal un pedido. Loli supervisa todo desde su trono de ruedas.

Y yo miro hacia el chiringuito azul.

Nico está ahí. Lo veo moverse detrás de la barra. Cargar cajas. Hablar con clientes. Tiene un delantal negro y una camiseta gris que le marca los brazos más de lo que debería ser legal.

No me mira.

O sí me mira, pero cuando yo miro él aparta la vista.

Es un baile estúpido. Dos

bobas mirando y no mirando. Dos

bobas fingiendo que el otro no existe mientras cada célula de su cuerpo sabe perfectamente dónde está el otro.

A las tres, cuando el chiringuito se vacía para la siesta, me siento en la terraza con una Fanta de limón. Kevin se sienta a mi lado.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Dispara.

—¿Qué rollo hay entre Nico y tú?

—Ninguno.

—Bué, vale. Pero lleváis todo el día mirándoos

boba raro.

—Es complicado.

—¿Complicado tipo

buen rollo o complicado tipo buen

buen boba

buen boba

boba malo?

—Del segundo.

—Ah. —Kevin asiente como si entendiera algo profundo—. Bué, pues si necesitas hablar, aquí estoy. Soy

buen oyente.

—Gracias, Kevin.

—De nada. —Se levanta. Se estira. Sus músculos hacen cosas bajo la camiseta—. Voy a por un helado. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Se va. Yo me quedo mirando el mar.

Y pienso en Nico.

Pienso en el chico que me hacía la vida imposible.

Pienso en el hombre que vi ayer, con esos ojos tristes y esa frase a medias.

"Solo quería..."

¿Qué?

¿Pedirme perdón?

¿Explicarse?

¿Decirme que lo siente?

No lo sé.

Pero algo ha cambiado. Algo en mi cabeza. Algo en la forma en que veo las cosas.

Nico Herrera no era solo un borde.

Nico Herrera era un crío con un padre que le pegaba.

Un crío que aprendió que la única forma de sobrevivir era hacer daño antes de que te lo hicieran a ti.

No le perdono. No todavía. Puede que nunca.

Pero empiezo a entender.

Y eso, de alguna

boba manera, es peor.

Porque odiar es fácil.

Entender duele.

Capítulo 4

Borde con borde

Pasan tres días.

Tres días de cañas, cafés con leche y patatas bravas. Tres días de Loli dando órdenes desde su trono de ruedas y Kevin sonriendo como un golden retriever con esteroides. Tres días de Rocío gritándome que los calamares no se fríen solos.

Y tres días de Nico Herrera ignorándome como si fuera un mueble.

No es que me importe. No me importa. Me la suda completamente que el tío ese no me mire, no me hable, no me salude cuando paso por delante de su chiringuito. Me la suda que finja que no existo cuando llevamos veinte años siendo vecinos de playa.

Me. La. Suda.

Vale, no me la suda.

Me jode. Me jode cantidad.

Porque yo no soy la

que tiene que ignorar a nadie. Yo no soy la que hizo daño. Yo no soy la que debería sentir vergüenza cada vez que nuestras miradas se cruzan por accidente.

Pero él actúa como si yo fuera la

mala de la película.

Y eso me jode más todavía.

El cuarto día, viernes, el chiringuito está

hasta arriba. Agosto en la costa gaditana. Cuarenta grados a la sombra. Turistas

pidiendo sangría como si fuera agua y niños llorando porque la arena quema.

Yo estoy detrás de la barra, sudando, intentando recordar si la mesa seis pidió dos cañas o tres.

—¡Mari! —grita Loli—. ¡Mesa ocho! ¡Llevan diez minutos esperando!

—¡Voy!

Cojo la bandeja. Dos tintos de verano, una Fanta de naranja, unas aceitunas. Salgo a la terraza. El sol me ciega.

Y me choco con alguien.

La bandeja sale volando. Los tintos de verano se derraman. La Fanta explota contra el suelo. Las aceitunas ruedan por todas partes.

—Joder —digo.

—Joder —dice una voz.

Levanto la vista.

Nico.

Está ahí. Delante de mí. Con la camiseta manchada de tinto de verano y cara de cabreo.

—¿Es que no miras por dónde vas? —dice.

—¿Perdona? Tú eres el que se ha metido en mi terraza.

—Estaba buscando a tu abuela.

—Pues mi abuela no está en el suelo.

Nos miramos. Él con el ceño fruncido. Yo con los puños cerrados.

El sol pega. Las aceitunas siguen rodando. Alguien en alguna mesa hace un chiste

sobre el espectáculo.

—Voy a necesitar una disculpa —dice Nico.

—¿Una disculpa? ¿Por qué?

—Por mi camiseta.

Miro su camiseta. Blanca. Ahora manchada de rojo. Parece que le han disparado en el pecho.

—Ha sido un accidente.

—Un accidente provocado por ti.

—Provocado por tu

jeta metiéndose donde no la llaman.

Nico da un paso hacia mí. Yo no retrocedo.

—Sigues siendo igual de

borde —dice.

—Y tú sigues siendo igual de gilipollas.

El mar hace ruido. Una gaviota grita. Alguien pone reggaetón en algún chiringuito lejano.

—¿Qué está pasando aquí?

Loli aparece rodando entre las mesas como un tanque en miniatura. Nos mira a los dos. A él. A mí. A su camiseta manchada. A las aceitunas del suelo.

—Nada —digo.

—Nada —dice Nico.

—Ya. Pues ese nada tiene pinta de pollo. —Loli me mira—. Tú, recoge esto. —Mira a Nico—. Tú, ven conmigo. Tenemos que hablar de los turnos de música.

—¿Turnos de música? —pregunto.

—El ayuntamiento ha decidido que los chiringuitos tenemos que coordinarnos para no poner música a la vez. Dice que molesta a los

del hotel de cinco estrellas.

—Qué

chorrada —digo.

Loli se encoge de hombros y rueda hacia dentro. Nico la sigue. Me lanza una última mirada antes de desaparecer.

Yo me quedo ahí. Rodeada de aceitunas. Con el corazón latiendo desbocado.

Borde.

Me ha llamado borde.

El mismo tío que me hizo la vida imposible durante cuatro años de instituto me ha llamado borde a mí.

La ironía.

Recojo las aceitunas. Limpio el suelo. Pido disculpas a la mesa ocho y les pongo otra ronda gratis. Kevin me ayuda con la bandeja nueva.

—¿Estás

bué? —pregunta.

—Sí.

—Parecías enfadada.

—No estoy enfadada.

—Ya, bué. —Kevin se rasca la nuca—. Es que cuando te enfadas te pones roja. Y ahora estás roja.

—Es el sol.

—Vale.

Kevin no insiste. Es listo. O al menos tiene la inteligencia emocional de saber cuándo callarse.

A las tres, cuando el chiringuito se vacía para la siesta, Loli sale a la terraza.

—Sentaos —dice.

Kevin y yo obedecemos. Loli rueda hasta quedarse entre nosotros.

—A ver. Nico y yo hemos llegado a un acuerdo. Nosotros ponemos música de doce a tres. Ellos de cuatro a siete. Los fines de semana alternamos.

—Genial —digo.

—Y otra cosa. —Loli me mira con esos ojos que lo ven todo—. Vais a tener que trabajar juntos en las fiestas de agosto.

—¿Perdona?

—El ayuntamiento quiere un puesto conjunto de los dos chiringuitos para la feria. Tapas y bebidas. Mitad y mitad.

—Loli, no.

—Mari, sí.

—No puedo trabajar con él.

—Pues vas a tener que aprender.

—Pero...

—No hay peros. Es esto o perder la licencia de la feria. Y la feria es el treinta por ciento de la facturación de agosto. Así que te tragas el

orgullo y sonríes.

Me quedo callada. Kevin me mira con cara de pena. Loli rueda hacia dentro sin esperar respuesta.

La feria de agosto.

Tres días.

Trabajando codo con codo con Nico Herrera.

Joder.

Joder, joder, joder.

Miro hacia el chiringuito azul. Nico está saliendo. Se ha cambiado de camiseta. Ahora lleva una negra que le queda

demasiado bien.

Nuestras miradas se cruzan.

Él aparta la suya primero.

Y yo me quedo ahí, pensando en lo

injusto que es todo.

Pensando en que él me llamó borde cuando fue él quien me destrozó.

Pensando en que ahora voy a tener que fingir que no quiero matarle mientras servimos cervezas juntos.

Pensando en que, a pesar de todo lo que sé, a pesar de lo de su padre, a pesar de entender de dónde viene su mierda...

Todavía le odio.

¿Verdad?

Todavía le odio.

¿Verdad?

Capítulo 5

El

olor del enemigo

La feria de agosto empieza en cuatro días y yo todavía no he hablado con Nico.

Bué, hablado hablado. Más allá de "aparta" y "perdona" y miradas que podrían cortar cristal. Pero Loli insiste en que tenemos que reunirnos para organizar el puesto conjunto.

—Hoy —dice mientras desayunamos—. A las doce. Aquí.

—¿Por qué aquí?

—Porque mi chiringuito tiene sombra y el suyo no. Y porque lo digo yo.

No discuto. Nunca ganas discutiendo con Loli.

A las doce menos cinco estoy detrás de la barra, limpiando vasos que ya están limpios. Kevin me mira desde la cocina.

—¿Nerviosa?

—No.

—Llevas diez minutos con el mismo vaso.

Miro el vaso. Tiene razón. Lo dejo en su sitio.

—Es que me

cae fatal.

—Ya. Bué, pues intenta que no se note.

—¿Cómo hago eso?

—Ni bua.

A las doce en punto, Nico aparece en la terraza.

Lleva vaqueros, camiseta blanca, gafas de sol en la cabeza. Tiene pinta de

buen tío. De esos que salen en los anuncios de cerveza. De esos que las buas

de

Instagram

ponen de crush

del verano.

Odio que tenga esa pinta.

Odio que mi estómago haga cosas raras

cuando le veo.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —digo.

Loli sale rodando de la cocina con una carpeta en el regazo.

—Sentaos los dos. Tenemos curro.

Nos sentamos en la misma mesa. Él en una punta. Yo en la otra. Loli en medio, como un árbitro de boxeo.

—A ver. El puesto es de tres metros por tres. Mitad para tapas, mitad para bebidas. Nosotras ponemos las tapas. Vosotros las bebidas. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —dice Nico.

—Ninguna —digo yo.

—Bien. Ahora, los turnos. —Loli abre la carpeta—. Son tres días. Viernes, sábado y domingo. Doce horas cada día. De las seis de la tarde a las seis de la mañana.

—¿Seis de la mañana? —pregunto.

—Es la feria, boba. Aquí nadie duerme hasta que amanece.

Vale. Doce horas. Tres días. Treinta y seis horas en total.

Treinta y seis horas con Nico Herrera a menos de dos metros de distancia.

Me cago en todo.

—Los turnos —continúa Loli—. Kevin y Rocío cubren de seis a medianoche. Mari y Nico de medianoche a las seis.

—Espera —digo—. ¿Nosotros dos solos?

—No solos. En el mismo turno. Cada uno en su mitad del puesto.

—Pero...

—¿Algún problema?

Miro a Nico. Nico me mira a mí. Su cara no dice nada. Es como mirar una pared.

—Ningún problema —dice él.

—Ningún problema —repito yo.

Mentira. Mentira gorda. Pero no voy a ser la boba

boba que diga que no puede trabajar con su ex bully del instituto. No voy a darle esa satisfacción.

—Perfecto. —Loli cierra la carpeta—. Ahora, el menú. Mari, ¿qué tapas propones?

—Pues... —Pienso rápido—. Pulpo a la gallega, boquerones en vinagre, patatas bravas, jamón con queso... Lo clásico.

—¿Nico?

—Mojitos, sangría, cerveza, tinto de verano. Y gin-tonics para los finos.

—Bien. ¿Precio?

—Tres euros la tapa, cuatro la bebida —digo.

—Cinco la bebida —dice Nico—. El gin-tonic a ocho.

—Cinco es bua

muy caro.

—Es la feria. La gente paga lo que sea.

—¿Y si no viene nadie?

—Vendrán. Siempre vienen.

Loli levanta la mano.

—Cuatro con cincuenta. Punto medio. ¿Conformes?

—Conforme —dice Nico.

—Conforme —digo yo.

—Pues ya está. Ahora solo queda montar el puesto. Mañana a las diez. Los dos.

—¿Los dos? —preguntamos a la vez.

—Los dos. Hay que cargar cajas, montar estanterías, decorar. Cuatro manos mejor que dos.

—Pero...

—Sin peros. Mañana. Diez. Aquí. —Loli rueda hacia la cocina—. Y no os matéis.

Se va.

Nos quedamos solos.

Nico y yo.

En la mesa.

Con el sonido del mar de fondo y un silencio que pesa como una losa.

—Bueno —dice él.

—Bueno —digo yo.

Más silencio.

Debería decir algo. Cualquier cosa. Romper esta tensión

insoportable que hace que me cueste respirar.

Pero no me sale nada.

Solo pienso en sus ojos. En cómo me miraba en el instituto. En cómo me mira ahora.

Antes había crueldad.

Ahora hay... ¿qué? No lo sé. Algo que no entiendo. Algo que me jode

no entender.

—Sobre lo del otro día —dice de repente.

—¿Qué?

—La camiseta. El tinto de verano. —Se pasa la mano por el pelo—. No debería haber reaccionado así.

Parpadeo.

¿Nico Herrera pidiendo disculpas?

¿A mí?

—Da igual —digo.

—No, es que... —Se calla. Mira la mesa. Vuelve a mirarme—. Nada. Da igual.

Se levanta. Se va.

Yo me quedo sentada. Procesando.

Nico Herrera ha intentado disculparse.

Nico Herrera, que nunca se disculpó por nada en su vida.

Nico Herrera, que me hizo llorar en los baños del instituto más veces de las que puedo contar.

Ha dicho "no debería haber reaccionado así".

Como si eso fuera suficiente.

Como si eso borrara todo lo demás.

Kevin aparece a mi lado.

—¿Todo

bué?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Tenías cara bua rara cuando se ha ido.

—Es que... —Me froto la cara—. Ha intentado disculparse.

—¿En serio?

—Creo. No sé. Ha dicho que no debería haber reaccionado así. Por lo de la camiseta.

—Bué, eso es algo.

—Es nada. Es como poner una tirita en una herida de bala.

Kevin se sienta a mi lado.

—¿Tan bua

malo fue lo del instituto?

Pienso en los pasillos. En las risas. En las voces.

En las noches arrancándome el pelo en el baño.

—Sí —digo—. Fue malo.

Kevin no pregunta más. Solo se queda ahí. A mi lado. Sin decir nada.

Y por alguna razón, eso me ayuda.

Esa noche, en la cama, miro el techo.

Mañana tengo que pasar horas a solas con Nico. Cargando cajas. Montando estanterías. Fingiendo que somos dos personas normales que pueden trabajar juntas sin que el aire se ponga denso.

No sé si puedo hacerlo.

No sé si quiero hacerlo.

Pero voy a hacerlo. Por Loli. Por el chiringuito. Por demostrarme a mí misma que he cambiado, que ya no soy esa cría

boba que lloraba en los baños.

Soy Mari.

Volví buenísima.

Y Nico Herrera no va a hundirme otra vez.

¿Verdad?

El techo no contesta.

Nunca contesta.

Capítulo 6

Cajas y silencios

A las diez de la mañana ya hace un calor infernal.

Llego al almacén municipal sudando. Nico ya está ahí, descargando cajas de una furgoneta blanca. Lleva pantalón corto, camiseta de tirantes y una gorra hacia atrás.

Parece bua

sacado de un videoclip malo.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

Y ya está. Eso es todo. Toda la conversación que vamos a tener, al parecer.

El almacén es un bodegón

gigante lleno de trastos de ferias pasadas. Huele a polvo y a plástico caliente. Hay bombillas, guirnaldas, carteles de bua

"Feria de Agosto 2019" que nadie se ha molestado en tirar.

—El puesto está al fondo —dice Nico—. Hay que montarlo fuera.

—Vale.

—Son como veinte viajes.

—Vale.

—¿Sabes decir algo más que vale?

Le miro. Tiene el ceño fruncido. Sudor en la frente. Y esa bua

mandíbula que parece bua

esculpida por alguien con bua

muy bua

mala hostia.

—Sí —digo—. Sé decir bua

" gilipollas

".

Y entonces, algo raro.

Nico sonríe.

No mucho. Solo una bua

esquina de la boca que se levanta un segundo antes de volver a su sitio. Pero lo he visto.

He visto a Nico Herrera sonreír por algo que he dicho yo.

Joder.

—Venga —dice—. A currar.

Cargamos cajas durante dos horas.

Tablones de madera. Estanterías metálicas. Un toldo rojo y blanco que pesa como un muerto. Cajas de vasos, platos, cubiertos. Un frigorífico portátil que hay que llevar entre los dos porque pesa demasiado.

—Cuidado con la esquina —dice Nico.

—Ya la veo.

—Que no, que vas a...

Me doy con la esquina en la cadera. El frigorífico se tambalea. Nico lo agarra justo antes de que se caiga.

—Te lo he dicho.

—Ya, bué, perdona por no tener ojos en el culo.

Seguimos andando. El sol pega. El sudor me cae por la espalda. Tengo las manos rojas de cargar peso y la camiseta pegada al cuerpo.

Y Nico está bua

demasiado cerca.

Huelo su sudor. Su colonia bua

barata mezclada con el calor. Ese olor que me hace pensar cosas que no debería pensar.

Dejamos el frigorífico en el puesto. Nos quedamos ahí, respirando, con las manos en las rodillas.

—Quedan las luces —dice.

—Joder.

—Y la decoración.

—Joder.

—¿Quieres descansar?

Le miro. Está tan

sudado como yo. Tiene la camiseta bua

empapada y el pelo pegado a la frente. Y aun así parece bua

sacado de una bua

portada de revista.

La bua

vida es injusta.

—Cinco minutos —digo.

Nos sentamos en el borde del puesto. Él a un lado. Yo al otro. Con medio metro de distancia que parece un océano.

El ruido de la feria montándose a nuestro alrededor. Martillos. Voces. Música de prueba desde algún escenario.

—¿Por qué volviste? —pregunta de repente.

—¿Qué?

—A Agua Dulce. ¿Por qué volviste?

No me esperaba la pregunta. No sé qué contestar.

—Loli me necesitaba —digo al final.

—Ya. Pero podrías haber dicho que no.

—Es mi abuela.

—Ya.

Silencio otra vez.

Nico mira hacia el mar. Desde aquí se ve la playa, los chiringuitos, la línea del horizonte donde el azul del cielo se encuentra con el azul del agua.

—Yo nunca pude irme —dice.

No es una queja. Es un hecho. Dicho sin emoción, como quien dice que hoy hace calor o que mañana es martes.

—¿Querías irte?

—A veces.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Se gira. Me mira. Y hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo que parece cansancio. O resignación. O las dos cosas juntas.

—El chiringuito —dice—. Mi padre. Ya sabes.

No sé. Bué, sé lo que me contó Loli. Lo del infarto. Lo de la pelea. Pero no sé lo que había antes. Los años de mierda que convirtieron a Nico en quien es.

—Siento lo de tu padre —digo.

Las palabras salen antes de que pueda pararlas. Y me arrepiento al instante. Porque suena falso. Porque no siento lo de su padre.

Porque su padre era un

cabrón que criaba cabrones.

Pero Nico no parece ofendido.

—Gracias —dice.

Y ya está.

Nos quedamos ahí. Mirando el mar. Sin hablar.

Y por primera vez desde que llegué, el silencio no pesa.

Solo está ahí.

Como el mar.

Como el calor.

Como nosotros dos, sentados en el borde de un puesto de feria, intentando no ahogarnos en todo lo que no decimos.

Volvemos al curro.

Las luces son un coñazo. Hay que engancharlas al techo del toldo, pasar cables, conectar enchufes. Nico se sube a una escalera. Yo le paso las guirnaldas desde abajo.

—Más a la izquierda —digo.

—¿Aquí?

—No, más.

—¿Aquí?

—Sí, ahí.

Clava la guirnalda. Se baja de la escalera. Y al bajar, se tambalea.

Le agarro del brazo.

Su piel está caliente. Sudada. Puedo sentir los músculos bajo mis dedos. El bua

vello del antebrazo. El bua

pulso que late demasiado rápido.

O igual el pulso que late demasiado rápido es el mío.

—Gracias —dice.

—De nada.

Pero no le suelto.

Y él no se aparta.

Nos quedamos así un segundo. Dos. Tres.

Mirándanos.

Tan cerca que puedo ver las bua

motas doradas en sus ojos marrones. Las pestañas largas. La cicatriz pequeña en la ceja izquierda que nunca había notado.

—Mari —dice.

Su voz suena rara. Grave. Como si le costara sacarla.

—¿Qué?

No contesta.

Solo me mira.

Y yo le miro.

Y el mundo se para un momento. Solo un momento. El tiempo justo para que mi cerebro registre lo que está pasando y grite bua

PELIGRO PELIGRO PELIGRO.

Le suelto.

—Deberíamos terminar —digo.

—Sí.

—Queda la decoración.

—Sí.

—Pues vamos.

Me doy la vuelta. Camino hacia las cajas. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

Joder.

Joder, joder, joder.

¿Qué ha sido eso?

¿Qué bua

cojones ha sido eso?

No puedo. No puedo con esto. No puedo sentir cosas por el tío que me destrozó la adolescencia. Sería patético. Sería absurdo. Sería la bua

broma más bua

cruel del universo.

Pero mi mano todavía arde donde le he tocado.

Y eso no puedo ignorarlo.

Capítulo 7

Medianoche y

cerveza

La feria empieza un viernes.

A las seis de la tarde el recinto ya está lleno de

críos corriendo, padres

agotados y

abuelas abanicándose como si el calor fuera un insulto personal. Huele a churros, a algodón de azúcar, a sudor y a ese perfume

barato que lleva todo el mundo en verano.

Kevin y Rocío cubren el primer turno. Yo me quedo en casa de Loli, intentando dormir.

No duermo.

Miro el techo. Pienso en la escalera. En sus ojos. En cómo dijo mi nombre con esa voz rara.

Mari.

Solo mi nombre. Dos sílabas. Pero sonaba diferente. Sonaba a algo que no quiero nombrar.

A las once y media me levanto. Me ducho. Me pongo unos vaqueros cortos y una camiseta negra. Me miro en el espejo.

No está mal.

Bué, podría estar mejor. Pero para

currar en un puesto de feria hasta las tantas, no está mal.

Llego al recinto a las doce menos cuarto. Kevin está detrás de la barra, sirviendo gin-tonics a un grupo de

treintañeras que se

ríen demasiado fuerte.

—¿Qué bua

tal? —pregunto.

—

Petado —dice Kevin—. Hemos vendido como

ochocientos euros en seis horas.

—

Bua.

—Ya bua ves. —Se quita el delantal—. Rocío está en la cocina.

El puesto ha quedado bua bien, la verdad. Las luces le dan un rollo acogedor. La gente hace cola. Huele a

pulpo y a fritura.

Y Nico no ha llegado todavía.

Aparece a las doce y cinco.

Lleva vaqueros oscuros y una camisa blanca remangada hasta los codos. Se ha peinado. Se ha afeitado. Huele a colonia nueva.

Parece que va a una cita, no a freír calamares.

—Llegas tarde —digo.

—Cinco minutos.

—Son cinco minutos.

—¿Vas a descontármelos del sueldo?

—No te pago ningún sueldo.

—Pues entonces cállate.

Kevin y Rocío se van. Nos quedamos solos. Nico detrás de la barra de bebidas. Yo en la cocina de tapas. Un metro y medio de distancia.

Toda la noche.

Hasta las seis de la mañana.

Me cago en todo.

Las primeras dos horas pasan rápido. Hay demasiado curro para pensar en otra cosa. Pido pulpo, pongo pulpo. Pido bravas, pongo bravas. La gente paga, la gente se va, la gente vuelve a pedir.

A las dos de la mañana el ritmo baja. La cola desaparece. Los críos se han ido a dormir y quedan los

fiesteros de verdad, los que van a

aguantar hasta que salga el sol.

Nico se apoya en la barra. Me mira.

—¿Quieres una cerveza?

—Estamos trabajando.

—Y yo pregunto si quieres una cerveza.

Debería decir que no. Debería mantener la distancia. Debería recordar que este tío me hizo la vida imposible durante años.

—Vale —digo.

Me pasa una Cruzcampo fría. Nuestros dedos se rozan. Yo finjo que no lo noto.

—Por la feria —dice, levantando su botella.

—Por la feria.

Bebemos.

La cerveza está helada. Perfecta. Noto cómo baja por la garganta y me relaja los hombros.

—No está mal el

curro —dice Nico.

—No.

—Kevin ha dicho ochocientos en seis horas.

—Sí.

—Si seguimos así, vamos a petarlo.

—Ya.

Bebo más cerveza. Él bebe más cerveza.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—Lo del otro día. En el almacén.

Se me tensa todo el cuerpo.

—¿Qué pasa con eso?

—Nada. Solo... —Se pasa la mano por el pelo—. Quería decir que lo siento.

—¿El qué?

—No sé. Todo.

Todo.

La palabra se queda ahí. Flotando entre nosotros. Como una bomba sin detonar.

—¿Todo? —repito.

—El instituto. —No me mira. Mira la botella—. Las cosas que dije. Las cosas que hice.

No contesto.

No puedo.

Porque no me esperaba esto. No me esperaba que Nico Herrera, el rey del instituto, el tío que me llamó gorda y fea y patética delante

de todo el mundo, me pidiera perdón en un puesto de feria a las dos de la mañana.

—No tienes que decir nada —dice—. Solo quería que lo supieras.

—¿Por qué ahora?

—¿Qué?

—Han pasado diez años. ¿Por qué ahora?

Se encoge de hombros. Bebe cerveza. Sigue sin mirarme.

—Porque ahora estás aquí. Y antes no lo estabas.

—Podías haberme buscado.

—¿Y decirte qué? ¿Hola, soy el gilipollas que te hizo la vida imposible, perdona por ser un cabrón?

—Habría sido un comienzo.

Silencio.

La música de la feria suena a lo lejos. Una bua rumba

flamenca que hace que la gente grite y baile. Pasa un grupo de chavales

borrachos cantando

Manolo García.

—Era un

crío —dice Nico al final—. Un crío

gilipollas con un padre

gilipollas que no sabía bua gestionar nada de lo que sentía.

—¿Y qué sentías?

Me mira. Por primera vez desde que empezó esta conversación, me mira de verdad.

—Eso no importa.

—Claro que importa.

—No, no importa. —Deja la botella en la barra—. Lo que importa es que te hice daño. Y no puedo deshacerlo. Pero puedo decirte que lo siento. Y que no soy el mismo bua

cabrón que era entonces.

—¿No?

—No.

—¿Y quién eres ahora?

—No lo sé. —Se ríe. Una risa amarga, sin bua

humor—. Eso todavía lo estoy averiguando.

Llega un cliente. Pide tres cervezas y un mojito. Nico se pone a preparar. Yo me quedo con mi Cruzcampo, mirándole trabajar.

Tiene las manos grandes. Hábiles. Corta la hierbabuena sin mirar, machaca el azúcar con el mortero, echa el ron con precisión de cirujano.

Me pregunto cuántas noches habrá pasado aquí. En este pueblo. En este chiringuito. Atrapado en una vida que no eligió.

Me pregunto si alguna vez pensó en mí.

En la chica a la que hizo llorar.

En la chica que se arrancaba el pelo por su culpa.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo cuando el cliente se va.

—Dispara.

—¿Por qué yo?

—¿Qué?

—En el instituto. Había cientos de tíos a los que podías meterte. ¿Por qué yo?

Largo.

Incómodo.

—No lo sé —dice al final.

—Mentira.

—No es mentira.

—Nico.

—Es que no lo sé, joder. —Se pasa la mano por la cara—. Eras... diferente. No sé. Leías libros raros. Ibas sola a todas partes. No te importaba lo que pensara la gente.

—Me importaba mucho.

—Pues no lo parecía.

—¿Y eso te molestaba?

—Supongo. No sé. Era un crío.

Silencio otra vez.

Pienso en la Mari del instituto. La que fingía que no le importaban las risas. La que caminaba sola por los pasillos con un libro como escudo. La que lloraba en el baño cuando nadie miraba.

No era que no le importara.

Era que no sabía cómo defenderse.

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por ser sincero.

No dice nada. Solo asiente. Y vuelve a su barra.

El resto de la noche pasa sin más conversaciones profundas. Servimos tapas y bebidas. La gente va y viene. A las cinco de la mañana el recinto empieza a vaciarse.

A las seis, Kevin y Rocío llegan a relevarnos. Yo estoy muerta de sueño. Nico tiene ojeras que le llegan al suelo.

—Hasta mañana —dice.

—Hasta mañana.

Se va.

Yo me quedo un momento más. Mirando el puesto. Las luces apagándose. El sol saliendo por el horizonte.

Nico Herrera me ha pedido perdón.

Nico Herrera me ha dicho que no sabe por qué me hacía daño.

Nico Herrera es un lío que no sé cómo deshacer.

Camino a casa con el sol en la cara y el sabor de la cerveza todavía en la lengua.

Y pienso que a lo mejor, solo a lo mejor, este verano no va a ser tan horrible como pensaba.

O va a ser mucho peor.

Todavía no lo sé.

Capítulo 8

Lo que pasa en la feria

Duermo cuatro horas.

Me despierta el olor a café y la voz de Loli gritando algo sobre una factura del gas. Me quedo en la cama un rato más, mirando el techo, pensando en la noche anterior.

En la cerveza.

En la disculpa.

En sus ojos cuando dijo que no sabía quién era.

Joder.

Me levanto. Me ducho. Bajo a la cocina. Loli está en su silla, con el teléfono en la oreja, discutiendo con alguien de la compañía eléctrica.

—Que no, señora, que el contador está bien. Que el problema es que ustedes cobran lo que les sale del...

Cuelga. Me mira.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué tal anoche?

—Bien.

—¿Bien? Kevin dice que hicisteis más de mil euros.

—Sí, bué. Bien.

Loli entrecierra los ojos. Esa mirada de abuela que ve a través de las paredes.

—¿Pasó algo?

—No.

—Mari.

—Que no.

—Tienes la misma cara que cuando suspendías mates y no querías contármelo.

—No he suspendido nada.

—Ya. Pero algo ha pasado.

Me sirvo café. Bebo. Quema. No me importa.

—Nico me pidió perdón —digo al final.

—¿Por lo de la camiseta?

—Por lo del instituto.

Loli deja el teléfono en la mesa. Me mira con esa cara seria que pone cuando algo es importante de verdad.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Gracias.

—¿Solo gracias?

—¿Qué querías que le dijera? ¿Que no pasa nada? ¿Que le perdono? Porque no sé si le perdono, Loli. No sé si puedo.

—Nadie te pide que le perdones.

—Él sí.

—No. Él te ha pedido perdón. Es diferente. Perdonar es cosa tuya. Y puedes tardar lo que necesites.

Bebo más café. Sigue quemando. Sigue sin importarme.

—Es que no sé qué siento —digo—. Le odio. Creo. Pero también...

—¿También qué?

—Nada.

—Mari.

—Nada, Loli. Déjalo.

El segundo día de feria es peor que el primero.

No por el curro. El curro está bien. La gente viene, pide, paga, se va. Las tapas salen, las bebidas salen, el dinero entra.

Es peor por él.

Porque ahora, cada vez que le miro, veo cosas que no veía antes.

La forma en que se le tensan los hombros cuando alguien grita cerca.

Cómo evita el contacto visual con los tíos borrachos.

La mueca que hace cuando un padre le habla mal a su hijo.

Son detalles pequeños. Cosas que nadie más notaría. Pero yo las noto. Y cada una de ellas me cuenta una historia que no quiero escuchar.

A las tres de la mañana, hay un momento de calma. Nico está limpiando vasos. Yo estoy apoyada en la barra de las tapas, mirando a la gente pasar.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice de repente.

—¿Qué?

—Que no me acuerdo.

—¿De qué?

—De las cosas que te dije. En el instituto. —Sigue limpiando el vaso. No me mira—. Sé que fueron horribles. Sé que te hice daño. Pero no me acuerdo de las palabras exactas.

Me quedo callada.

Yo sí me acuerdo.

Gorda. Fea. Patética. Nadie te quiere. ¿Por qué no te mueres?

Me acuerdo de cada palabra. De cada risa. De cada mirada.

—Es mejor así —digo.

—No. No es mejor. —Deja el vaso. Por fin me mira—. Significa que para ti fue un trauma. Y para mí fue un martes cualquiera. Eso es lo peor.

No sé qué decir. Porque tiene razón. Y porque el hecho de que lo entienda hace que algo dentro de mí se afloje un poco.

Solo un poco.

—¿Quieres saber las palabras? —pregunto.

—No. Sí. No sé.

—Gorda. Fea. Patética. Nadie te quiere. —Hago una pausa—. Una vez me dijiste que por qué no me moría.

Nico cierra los ojos. Aprieta la mandíbula. Veo cómo traga saliva.

—Joder —dice.

—Sí.

—Lo siento.

—Ya lo sé.

—No, es que... joder. —Se pasa las manos por la cara—. ¿Cómo pude decir eso? ¿Qué clase de persona dice eso?

—Un crío con un padre que le decía cosas peores.

Me mira. Sorprendido.

—¿Cómo sabes eso?

—Loli me lo contó.

Silencio largo.

Nico se apoya en la barra. Mira al suelo.

—Mi padre era un hijo de puta —dice—. Pero era mi padre.

—Lo sé.

—Le quería. A pesar de todo, le quería.

—Lo sé.

—Y le odiaba. Las dos cosas a la vez.

—Eso también lo sé.

Me mira. Hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo que parece alivio. Como si llevara años cargando con algo y alguien por fin le hubiera dicho que no tiene que cargarlo solo.

—Eres rara —dice.

—Gracias.

—No es un insulto.

—Ya lo sé.

Sonríe. Esa sonrisa pequeña que apenas se nota. Esa que vi por primera vez en el almacén.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Dispara.

—¿Por qué no me odias?

—¿Quién dice que no te odio?

—No me miras como alguien que odia.

—¿Y cómo te miro?

Silencio.

No contesta. Solo me mira. Y yo le miro a él. Y el aire se pone espeso otra vez, como en la escalera, como cada vez que estamos demasiado cerca.

—No lo sé —dice al final—. Pero no es odio.

Llegan clientes. Un grupo de chavales pidiendo chupitos. Nico se pone a servir. Yo me quedo ahí, con el corazón latiendo raro y la cabeza dando vueltas.

No le odio.

Debería odiarle.

Pero no le odio.

Joder.

El resto de la noche pasa en una niebla rara.

Trabajamos. Servimos. Hablamos de cosas sin importancia. El tiempo. La música. Un borracho que se ha caído en la fuente de la plaza.

Pero debajo de todo eso hay algo. Una corriente. Una tensión que no sé cómo nombrar.

A las cinco de la mañana, cuando ya queda poca gente, Nico se acerca a mi lado del puesto.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—Mañana es el último día.

—Ya lo sé.

—Después de esto... —Se calla. Mira hacia otro lado—. No sé. ¿Volvemos a ignorarnos?

La pregunta me pilla desprevenida.

—No lo sé —digo—. ¿Tú quieres que nos ignoremos?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces no sé. —Se ríe. Esa risa amarga que ya empiezo a reconocer—. Es que no sé cómo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Esto. Lo que sea que estamos haciendo.

Le miro. Está nervioso. Lo noto en cómo mueve las manos. En cómo evita mis ojos.

Nico Herrera, el rey del instituto, está nervioso hablando conmigo.

—¿Y qué estamos haciendo? —pregunto.

—Ni puta idea.

Me río. No puedo evitarlo. Es tan absurdo todo. Tan ridículo. Él se ríe también. Y por un momento somos dos personas normales riéndose de lo raro que es todo.

—Podemos empezar por no ignorarnos —digo.

—Vale.

—Y ver qué pasa.

—Vale.

—Sin presiones.

—Vale.

—¿Sabes decir algo más que vale?

Sonríe.

—Gilipollas —dice.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Es que te lo mereces.

Le doy un golpe en el brazo. Él finge que le duele. Y me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Sonriendo de verdad.

Con Nico Herrera.

El universo tiene un sentido del humor muy borde.

Kevin y Rocío llegan a las seis. Yo recojo mis cosas. Nico recoge las suyas.

—Hasta esta noche —dice.

—Hasta esta noche.

Se va.

Yo camino a casa con el sol saliendo y una sensación rara en el pecho.

No es odio.

No es perdón.

Es algo en medio. Algo que todavía no tiene nombre.

Pero creo que podría ser un comienzo.

Capítulo 9

La última noche

El último día de feria llueve.

No mucho. Solo ese sirimiri fino que empapa sin que te des cuenta. Pero basta para que la gente se quede en casa y el recinto parezca un cementerio de bombillas de colores.

—Vaya mierda —dice Kevin a las diez de la noche.

Tiene razón. Hemos vendido la mitad que los días anteriores. Las tapas se enfrían. Las bebidas se calientan. Y yo estoy aquí, mirando el reloj, esperando a que llegue medianoche.

Esperando a que llegue Nico.

Joder. Escúchame. Esperando a que llegue Nico. Como si fuera una cría con su primer crush. Como si no tuviera treinta años y un máster en odiar a ese tío.

Pero es que las cosas han cambiado.

No sé cuándo exactamente. No sé si fue la disculpa, o la cerveza, o el momento en que me dijo que no sabía quién era. Pero algo se ha movido. Algo que estaba cerrado a cal y canto ahora tiene una grieta.

Y por esa grieta se cuela luz.

O veneno.

Todavía no sé cuál de las dos.

A las doce, Kevin y Rocío se van. Nico llega cinco minutos después, empapado.

—Está

cayendo

—dice.

—Ya veo.

Se sacude el agua del pelo como un perro. Las gotas me salpican.

—Eh, cuidado.

—Perdona.

Pero no parece que lo sienta. Tiene una sonrisa pequeña. Esa que ya empiezo a conocer.

—¿Qué tal el día? —pregunta.

—Una mierda.

—Ya. El mío también.

Se pone detrás de su barra. Yo me quedo en la mía. La lluvia cae sobre el toldo. El recinto está casi vacío.

—Esto no va a animarse —digo.

—No.

—Podríamos cerrar antes.

—Podríamos.

Pero ninguno de los dos se mueve.

Pasan dos horas.

Dos horas de lluvia, de clientes esporádicos, de silencios que ya no son incómodos. Hablamos de bua

cosas sin importancia. De series que hemos visto. De música que nos gusta. De sitios a los que querríamos viajar.

—Japón —dice Nico.

—¿En serio?

—¿Qué pasa?

—No sé. No te pegaba.

—¿Y qué me pega?

—No sé. Ibiza. Benidorm. Esos

sitios de

fiesta bruta.

—¿Me ves bua

en Ibiza?

—Bué, no. La verdad es que no.

—Japón me mola. El anime. La comida. Los templos.

—¿Ves anime?

—De crío veía Bola de Dragón.

—Todo el mundo veía Bola de Dragón.

—Ya. Pero yo quería ser Vegeta.

—¿Vegeta? ¿No Goku?

—Goku es

buen tío, pero es simple. Vegeta tiene capas.

Me río.

—¿Capas?

—Sí, capas. Es borde, pero tiene razones para serlo. Y al final cambia.

Le miro. Hay algo en la forma en que lo dice. Como si no estuviéramos hablando solo de Vegeta.

—¿Te identificas con él?

—Puede.

La lluvia sigue cayendo. Un trueno suena a lo lejos.

—A mí me gustaba Bulma —digo.

—¿Bulma?

—Sí. Era lista. Y borde. Y al final se

queda con Vegeta.

Silencio otra vez.

Los dos sabemos lo que acabo de decir.

Los dos fingimos que no.

A las cuatro de la mañana, la lluvia se convierte en tormenta.

Un rayo cae cerca. Se va la luz. Todo el recinto de la feria se queda a oscuras.

—Joder —digo.

—No te muevas.

Oigo a Nico moverse en la oscuridad. Un golpe. Una maldición.

—¿Estás bien?

—Me he dado con la esquina del frigorífico.

—Te dije que lo pusiéramos en el otro lado.

—Ya, bué, ahora me lo dices.

Otro rayo. Por un segundo, todo se ilumina. Veo a Nico a medio metro de mí, con la mano en la cadera, con el pelo mojado pegado a la frente.

Y entonces vuelve la oscuridad.

—Tengo el móvil —digo.

Busco en el bolsillo. Enciendo la linterna. La luz es fría, azulada. Hace que todo parezca irreal.

—Creo que se ha ido en todo el recinto —dice Nico.

—Sí.

—Deberíamos cerrar.

—Sí.

Pero no me muevo.

Y él tampoco.

Estamos ahí. En la oscuridad. Con solo la luz de mi móvil entre nosotros.

—Mari —dice.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es que... —Se calla. Mira al suelo. Vuelve a mirarme—. Llevo toda la noche queriendo decir algo y no sé cómo.

Se me seca la boca.

—¿El qué?

—No sé. Es raro.

—Nico.

—Vale. —Respira hondo—. Creo que me gustas.

Total.

Absoluto.

Solo la lluvia. Los truenos. Los latidos de mi corazón que suenan tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlos.

—¿Qué? —digo.

—Ya lo has oído.

—Repítelo.

—No.

—Nico.

—Que no.

—Por favor.

Silencio.

Y entonces, algo inesperado.

Se ríe.

No una risa amarga como las otras veces. Una risa de verdad. Una risa que suena a

sorpresa y a nervios y a algo que podría ser alivio.

—Joder —dice—. No me esperaba decir eso.

—Ya. Yo tampoco.

Nos quedamos ahí. Riéndonos en la oscuridad. Como dos imbéciles.

—Es

absurdo —digo.

—Total.

—Me hiciste la vida imposible.

—Ya lo sé.

—Me arrancaba el pelo por tu culpa.

La risa se para. De golpe.

—¿Qué? —dice.

Mierda.

No quería decir eso.

—Nada.

—Mari.

—Que nada.

—¿Te arrancabas el pelo?

La linterna del móvil tiembla en mi mano.

—A veces —digo al final—. Cuando era muy malo. Era... como una forma de controlar algo.

—Joder.

—Ya.

—Joder, Mari.

—Ya, Nico.

Da un paso hacia mí. La luz le ilumina la cara. Tiene los ojos brillantes. No sé si es la luz o si está a punto de llorar.

—Lo siento —dice—. Joder, lo siento mucho.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. No sabes cuánto lo siento.

Otro paso. Ahora está tan cerca que puedo sentir su respiración.

—Nico...

—Dime que pare y paro.

No digo nada.

Se acerca más. Me quita el móvil de la mano. Lo deja en la barra. La luz apunta al techo ahora, hace sombras raras en su cara.

—Dime que pare —repite.

—No quiero que pares.

Me besa.

Es un beso suave. Lento. Como si tuviera miedo de romperme. Sus labios están fríos por la lluvia. Sus manos me tocan la cara como si fuera algo valioso.

Y yo le beso también.

Porque soy imbécil.

Porque llevo diez años odiándole y una semana entendiendo por qué era como era.

Porque a lo mejor el perdón no es una decisión. A lo mejor es esto. Dos personas rotas besándose en una tormenta.

Nos separamos.

Se me ha caído el móvil al suelo. La luz parpadea.

—Joder —dice Nico.

—Sí.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—¿Quieres que me disculpe?

—¿Por besarme?

—Sí.

—No.

Vuelve la luz. De golpe. Las bombillas de la feria se encienden todas a la vez. El puesto se ilumina como un árbol de Navidad.

Y ahí estamos. Nico y yo. Mirándonos. Con los labios hinchados y la respiración rara.

—Bué —dice él.

—Bué —digo yo.

Y nos echamos a reír otra vez.

Porque es absurdo.

Porque es ridículo.

Porque el tío que me destrozó la adolescencia acaba de besarme en medio de una tormenta y me ha gustado.

Me ha gustado mucho.

Estoy jodida.

Pero bien jodida.

Capítulo 10

El día después

Me despierto a las dos de la tarde con el sol entrando por la ventana y el recuerdo de sus labios en los míos.

Joder.

Ha pasado de verdad.

Me quedo mirando el techo. El mismo techo de siempre. Las mismas grietas. La misma mancha de humedad que Loli lleva prometiendo arreglar desde que yo tenía quince años.

Pero todo parece diferente.

Yo parezco diferente.

Me toco los labios. Como una imbécil. Como si fuera a encontrar algo ahí. Una marca. Una prueba de que no me lo he inventado.

Nico Herrera me ha besado.

Nico Herrera, el tío que me hizo la vida imposible.

Nico Herrera, que huele a colonia

barata y tiene las manos grandes y me mira como si fuera algo que no entiende pero quiere entender.

Me cago en todo.

Bajo a la cocina. Loli está viendo el bua bua bua

telediario con un café en la mano. Me mira cuando entro. No dice nada. Vuelve a mirar la tele.

Demasiado fácil.

Algo pasa.

Me sirvo café. Me siento enfrente de ella. Espero.

—¿Qué tal anoche? —pregunta sin mirarme.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Llovió mucho.

—Ya. Vi la tormenta.

Bebo café. Ella bebe café. El bua bua bua bua presentador del telediario dice algo sobre el precio del aceite.

—¿A qué hora llegaste? —pregunta.

—A las siete o así.

—Tardaste más que otros días.

—Había que recoger.

—Ya.

Más silencio.

Y entonces, sin previo aviso:

—¿Te ha besado?

Me atraganto con el café.

—¿Qué?

—Que si te ha besado el Nico.

—¿Cómo...? ¿Quién te ha...?

—Nadie me ha dicho nada. —Por fin me mira. Esos ojos de abuela que atraviesan paredes—. Pero llevas toda la mañana tocándote los labios. Y tienes la misma cara que tenía tu madre cuando empezó a salir con tu padre.

Joder.

Las abuelas son brujas.

—Puede —digo al final.

—¿Puede?

—Vale, sí. Me ha besado.

Loli deja el café en la mesa. Apaga la tele con el mando. Se gira hacia mí con toda su atención.

—Cuéntamelo.

—No hay nada que contar.

—Mari.

—Es que no lo sé, Loli. —Me paso las manos por la cara—. Fue... raro. Estaba lloviendo. Se fue la luz. Y de repente me dijo que le gustaba. Y luego me besó.

—¿Y tú qué hiciste?

—Besarle también.

—¿Te gustó?

—Loli.

—¿Te gustó o no?

Miro la mesa. El hule de flores. Una mancha de café vieja que no se va por mucho que frotes.

—Sí —digo—. Me gustó.

—¿Y ahora qué?

—Ni idea.

Loli suspira. Esa mezcla de cansancio y cariño que solo las abuelas saben hacer.

—¿Le quieres? —pregunta.

—¿Qué? No. Es que... no. Ni siquiera sé si me cae bien.

—Pero te ha gustado que te bese.

—Sí.

—Y piensas en él.

—Sí. No. Es complicado.

—El bua amor siempre es complicado.

—No es amor. Es... no sé lo que es. Pero no es amor.

Loli me mira. Esa mirada que dice que no me cree. Que sabe más que yo de lo que siento.

—Vale —dice—. No es amor.

—No lo es.

—Ya te he dicho que vale.

—Es que lo dices como si no me creyeras.

—Te creo.

—No me crees.

—Mari. —Suspira otra vez—. Mira. No sé lo que hay entre vosotros. Ni tú lo sabes. Pero lo que sí sé es que llevas diez años odiando a ese chico. Y ahora le has besado. Algo ha cambiado.

—Ya.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Buena pregunta.

¿Qué voy a hacer?

No lo sé.

Podría ignorarle. Fingir que no ha pasado nada. Volver a la dinámica de antes: miradas tensas, silencios incómodos, odio seguro.

Pero ya no le odio.

Eso es lo jodido.

Ya no le odio y no sé qué hacer con eso.

—Voy a ducharme —digo, levantándome.

—Mari.

—Luego hablamos.

—Mari.

—Loli, por favor.

Me mira. Asiente. Me deja ir.

En la ducha, pienso.

El agua caliente me cae encima y yo pienso en sus manos. En cómo me tocó la cara. En cómo dijo mi nombre antes de besarme.

Mari.

Solo eso. Mi nombre. Pero sonaba a otra cosa.

Sonaba a pregunta.

Sonaba a promesa.

Sonaba a algo que me da miedo nombrar.

Salgo de la ducha. Me visto. Me miro en el espejo.

Ahí está.

Mari Sánchez. Treinta años. Pelo mojado. Ojeras de trabajar hasta bua

las tantas. Labios normales. Labios que ayer besaron a Nico Herrera.

¿Qué bua

cojones estoy haciendo?

El móvil vibra en la mesilla.

Un mensaje.

De él.

"¿Podemos hablar?"

Se me seca la boca.

Miro el mensaje. Lo leo otra vez. Y otra.

¿Podemos hablar?

Tres palabras. Podrían significar cualquier cosa. Podría ser "lo de anoche fue un error, olvidémoslo". Podría ser "quiero repetirlo". Podría ser "¿qué coño estamos haciendo?".

Probablemente es lo último.

Porque yo también quiero saber qué bua

cojones estamos haciendo.

Escribo.

Borro.

Escribo otra vez.

Borro otra vez.

Al final:

"Vale. ¿Dónde?"

Respuesta inmediata:

"En la playa. Detrás de los chiringuitos. En media hora."

Miro el reloj. Las cuatro y media.

Media hora.

Treinta minutos para prepararme mentalmente para una conversación que podría cambiarlo todo.

O destrozarlo todo.

Probablemente las dos cosas.

Llego a la playa a las cinco menos diez.

Nico ya está ahí. Sentado en la arena. Mirando el mar.

Me acerco despacio. Como si fuera un animal salvaje que pudiera salir corriendo en cualquier momento.

Qué bua bua ridículo.

—Hola —digo.

—Hola.

Me siento a su lado. No muy cerca. No muy lejos. A la distancia justa para que nuestros hombros casi se toquen.

El mar suena. Las olas rompen. Una gaviota grita a lo lejos.

—Sobre lo de anoche... —empieza.

—¿Te arrepientes?

La pregunta sale antes de que pueda pararla. Él me mira. Sorprendido.

—No —dice—. ¿Tú?

—No sé.

—Ah.

—Es que no sé qué siento, Nico. Es todo muy bua raro.

—Ya.

—Hace una semana te odiaba.

—Ya lo sé.

—Y ahora...

—¿Ahora qué?

Silencio.

Las olas. El viento. El grito de unos niños jugando más allá.

—Ahora no sé qué siento —digo al final—. Pero no es odio.

Nico asiente. Lento. Como si estuviera procesando cada palabra.

—¿Puedo ser sincero? —dice.

—Claro.

—Llevo años pensando en ti.

Me giro. Le miro.

—¿Qué?

—No de forma bua bua bua rara. O sea, sí, pero no... —Se pasa la mano por el pelo—. Joder, no sé explicarlo.

—Inténtalo.

—Es que... me acordaba de ti. De lo que te hice. Y me sentía como una mierda. Y a veces me preguntaba qué habría sido de ti. Si estarías bien. Si me odiarías tanto como me merecía.

—Te odiaba.

—Lo sé.

—Mucho.

—Lo sé.

—Pero ya no.

Se gira. Me mira. Tiene los ojos oscuros, con esas bua

motas doradas que solo se ven de cerca.

—¿De verdad? —pregunta.

—De verdad.

Y entonces, despacio, como si tuviera miedo de asustarme, me coge la mano.

Su piel está caliente. Áspera. Puedo sentir los callos de trabajar en el chiringuito.

—No sé qué estamos haciendo —dice.

—Yo tampoco.

—Pero quiero seguir haciéndolo.

—¿El qué?

—Esto. Lo que sea que es esto.

Le miro. A él. Al mar. A nuestras manos unidas en la arena.

—Vale —digo.

—¿Vale?

—Vale. Seguimos haciéndolo. Lo que sea que es esto.

Sonríe. Esa sonrisa pequeña que ya conozco. Que empieza a gustarme más de lo que debería.

—Pero despacio —añado—. Porque tengo mucha mierda que procesar. Y tú también.

—Despacio.

—Y sin presiones.

—Sin presiones.

—Y si la cagamos, lo hablamos.

—Si la cagamos, lo hablamos.

—¿Siempre repites todo lo que digo?

—Solo cuando dices cosas que quiero recordar.

Joder.

Joder, joder, joder.

¿Cómo puede ser tan

borde y tan bua bua bua bua

dulce a la vez?

Me apoyo en su hombro. Él no se mueve. Nos quedamos así, mirando el mar, con las manos unidas y un montón de mierda sin resolver entre nosotros.

Pero por ahora, esto basta.

Por ahora, esto es suficiente.

Capítulo 11

Boca de pueblo

En Agua Dulce no puedes tirarte un pedo sin que lo sepa medio pueblo.

Es así. Es lo que hay. Vives en un sitio donde todo el mundo conoce a todo el mundo desde hace tres generaciones, y cualquier cosa que hagas se convierte en noticia.

Así que, obviamente, alguien nos vio.

En la playa. Cogidos de la mano. Mirando el mar como dos

imbéciles enamorados.

No sé quién fue. Podría haber sido cualquiera. La señora Paqui, que pasea al perro a todas horas. El viejo Manolo, que pesca hasta cuando no hay peces. Cualquiera de los mil ojos que tiene este pueblo.

El caso es que al día siguiente, cuando bajo al chiringuito, Rocío me mira raro.

—¿Qué? —digo.

—Nada.

—Rocío.

—Que nada.

—Me estás mirando raro.

—Es que... —Se muerde el labio—. ¿Es verdad?

—¿El qué?

—Lo tuyo con el Nico.

Se me cae el trapo que tenía en la mano.

—¿Qué?

—Mi madre dice que os vio ayer en la playa. Cogidos de la mano.

Joder.

Joder, joder, joder.

La madre de Rocío. Claro. Carmen, la

cotilla oficial de Agua Dulce. La tía que sabe más vidas ajenas que bua

la bua

Pantoja.

—No es lo que parece —digo.

—¿Y qué es?

—Pues... es...

No sé qué decir. Porque sí es lo que parece. O algo parecido. O algo que todavía no tiene nombre pero que implica manos cogidas y labios besados y un montón de

mierda sin resolver.

—Es complicado —digo al final.

—Ya. —Rocío me mira con curiosidad—. Pero bua

¿os mola o no?

—Rocío.

—¿Qué? Es

normal que pregunte.

—No es normal. Es cotilleo.

—Es interés legítimo.

—Es cotilleo legítimo.

Me río. No puedo evitarlo.

—Vale —digo—. Puede que me mole un poco.

Rocío suelta un gritito.

—¡Lo sabía!

—Pero no se lo cuentes a nadie.

—Demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—Mi madre se lo ha contado a medio pueblo.

Me quedo paralizada.

Medio pueblo.

Medio pueblo sabe que Nico Herrera y yo estábamos cogidos de la mano en la playa.

Medio pueblo va a tener opiniones sobre esto.

Medio pueblo va a mirarme con esa cara de "ya sabía yo que iba a pasar algo".

Me cago en todo.

—¿Estás bien? —pregunta Rocío.

—No.

—Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Rocío, todo el mundo va a hablar de esto.

—Ya. ¿Y qué?

—Pues que... es que... —Me froto la cara—. Es privado. Es mío. Nuestro. No quiero que la gente opine.

—La gente va a opinar de todas formas. Es Agua Dulce.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

En los pueblos pequeños no existe la privacidad. Tu vida es de todos. Tus decisiones son comentadas en cada bar, en cada cola del Mercadona, en cada banco de la plaza.

Y ahora mi vida incluye a Nico Herrera.

El chico malo del instituto. El hijo del difunto Alfonso. El que se peleó con su padre y el padre se murió.

Menudo culebrón.

—Oye —dice Rocío—. No te rayes tanto.

—Es fácil decirlo.

—Ya, pero es que... a lo mejor no es tan malo.

—¿El qué?

—Que la gente lo sepa. —Se encoge de hombros—. Así no tenéis que esconderos.

No había pensado en eso.

Escondernos.

¿Íbamos a escondernos?

Supongo que sí. Supongo que esa era la idea. Ir despacio, sin presiones, sin que nadie supiera nada hasta que nosotros supiéramos qué coño

era esto.

Pero el pueblo ha decidido por nosotros.

Como siempre.

Suena la puerta del chiringuito. Me giro.

Nico.

Lleva vaqueros, camiseta gris, cara de no haber dormido mucho. Me mira. Mira a Rocío. Vuelve a mirarme.

—¿Te has enterado? —dice.

—Sí.

—Carmen.

—Ya.

—Joder.

—Ya.

Rocío nos mira a los dos como quien ve un partido de tenis.

—Bué, yo me voy a la cocina —dice—. Tengo que... hacer cosas.

Desaparece.

Nos quedamos solos.

Nico y yo.

Con medio pueblo sabiendo lo nuestro antes de que nosotros sepamos qué es lo nuestro.

—Oye —dice Nico—. Que bua

le den.

—¿Qué?

—Al pueblo. Que le den. Que

opinen lo que quieran.

Le miro. Tiene la mandíbula apretada. Esa cara de

borde que pone cuando algo le bua

toca las narices.

—¿No te importa? —pregunto.

—Claro que me importa. Pero no puedo controlarlo. Así que bua

le den.

—Es fácil decirlo.

—No es fácil. Pero es lo que hay. —Da un paso hacia mí—. Mira, llevamos toda la vida en este pueblo. Yo más que tú. Y si algo he aprendido es que la gente va a bua

hablar hagas lo que hagas. Así que puedes bua

amargarte o puedes pasar.

—¿Y tú pasas?

—Lo intento.

Le miro. A él. A sus ojos oscuros. A esa cicatriz en la ceja que todavía no sé de dónde viene.

—No sé si puedo pasar —digo—. Es que... es muy nuevo. Todo esto. Tú y yo. Lo que sea que somos. Y que la gente ya lo sepa...

—¿Te da vergüenza?

—¿Qué? No.

—¿Entonces?

—Es que quería que fuera nuestro. Solo nuestro. Antes de que fuera de todos.

Nico me mira. Algo cambia en su cara. La dureza se suaviza. Solo un poco. Lo justo para que yo lo note.

—Ya es nuestro —dice—. Da igual lo que digan los demás. Lo que pase entre tú y yo es nuestro. Y punto.

Joder.

¿Por qué tiene que decir cosas así?

¿Por qué tiene que ser

borde y bua

dulce a la vez?

¿Por qué me hace sentir cosas que no quiero sentir?

—Vale —digo.

—¿Vale?

—Vale. Que le den al pueblo.

Sonríe. Esa sonrisa pequeña que ya conozco. Que ya me gusta más de lo que debería.

—Así me gusta.

El resto del día es raro.

Trabajo en el chiringuito como siempre. Sirvo cañas, pongo tapas, limpio mesas. Pero noto las miradas. Los cuchicheos. Las sonrisas que se esconden detrás de los vasos.

Todo el mundo sabe.

Todo el mundo tiene una opinión.

A las cuatro, viene Paqui, la del perro. Se sienta en la barra. Pide un café con leche.

—Así que tú y el Nico, ¿eh?

—Buenos días, Paqui.

—No me cambies de tema, boba. Que os vi ayer en la playa.

—Ah, ¿fuiste tú?

—Fui yo. —Sonríe con todos los dientes, que son pocos—. Ya bua

iba bua

siendo hora.

—¿Hora de qué?

—De que ese chico sentara la cabeza. Y de que tú volvieras a vivir un poco.

No sé qué decir. Paqui no espera respuesta. Se bebe el café, deja el dinero en la barra y se va.

A las seis, viene don Aurelio, el del estanco.

—Enhorabuena —dice.

—¿Por qué?

—Por lo del Nico. Ya era hora de que alguien le domara.

—No estoy domando a nadie.

—Ya. Bué. Lo que tú digas.

Se va con su paquete de Fortuna y su sonrisa de bua sabiondo.

A las ocho, viene Carmen. La madre de Rocío. La bua

cotilla bua mayor.

Me planto delante de ella antes de que abra la boca.

—Sí, es verdad —digo—. Nico y yo estamos viéndonos. O algo así. No sé lo que es. Pero es nuestro. Y me gustaría que dejaras de bua bua

contárselo a todo el pueblo.

Carmen parpadea. Abre la boca. La cierra.

—Solo quería un tinto de verano —dice.

Joder.

Me pongo roja. Rocío se bua bua

ríe desde la cocina.

Le pongo el tinto de verano a Carmen. No me cobra el numerito. Solo me mira con una sonrisa que no sé bua interpretar.

—Me alegro por ti, boba —dice antes de irse—. Te mereces algo bueno.

Y se va.

Y yo me quedo ahí, detrás de la barra, pensando que a lo mejor Nico tiene razón.

A lo mejor da igual lo que diga el pueblo.

A lo mejor lo que importa es lo que pasa entre él y yo.

Lo que sea que sea.

Esa noche, cuando cierro el chiringuito, me llega un mensaje.

De él.

"¿Has sobrevivido?"

Sonrío. Tecleo.

"Por bua bua

los pelos. Carmen casi me bua mata."

"Jajaja. ¿Mañana quedamos?"

"¿A hacer qué?"

"No sé. Lo que sea. Dar una vuelta. Tomar algo."

"¿Como una cita?"

Tarda en contestar. Un minuto. Dos. Tres.

"Sí. Como una cita."

Se me bua bua acelera el corazón.

"Vale. Mañana a las siete."

"Hecho."

Guardo el móvil. Miro el mar. Las estrellas. La luna que sale por encima del agua.

Voy a tener una cita con Nico Herrera.

Una cita de verdad.

En Agua Dulce.

Donde todo el mundo va a vernos.

Y por primera vez, eso no me da miedo.

Me da otra cosa.

Algo que podría ser esperanza.

O locura.

Probablemente las dos.

Capítulo 12

Primera cita

Me cambio de ropa cuatro veces.

Cuatro.

Como si tuviera quince años y fuera a mi primera fiesta del instituto. Como si no hubiera quedado con tíos cientos de veces en Madrid. Como si Nico Herrera fuera alguien especial.

Que lo es.

Joder, que lo es.

Primer intento: vestido. Demasiado arreglada. Parece que voy a una boda.

Segundo intento: vaqueros y camiseta. Demasiado informal. Parece que voy a comprar al Mercadona.

Tercer intento: falda y blusa. Demasiado señora. Parece que voy a misa con Loli.

Cuarto intento: vaqueros cortos, top negro, sandalias. Vale. Esto puede funcionar. Informal pero con esfuerzo. Como quien no quiere la cosa pero en realidad sí quiere.

Me miro en el espejo.

No está mal.

Bué, podría estar mejor. Pero para una cita en Agua Dulce con el tío que me hizo la vida imposible y ahora me besa en las tormentas, no está mal.

Loli me mira desde la puerta.

—Estás guapa.

—Gracias.

—Ese top es mío.

—Ya lo sé.

—Te queda mejor a ti.

Sonrío. Loli rueda hacia mí. Me coge la mano.

—Pásatelo bien —dice—. Y si la caga, me lo dices y le rajo las ruedas de la furgoneta.

—Loli.

—¿Qué? Tengo mis contactos.

Me río. Le doy un beso en la frente. Salgo de casa.

Son las siete menos diez. He quedado con Nico en el paseo marítimo. Neutral. Público. Sin presiones.

Camino despacio. El sol está bajando. Hace ese calor pegajoso de agosto que te empapa la ropa antes de llegar a ningún sitio.

Y entonces le veo.

Está apoyado en la barandilla del paseo. Mirando el mar. Lleva vaqueros oscuros y una camisa azul que le queda demasiado bien.

Se ha arreglado.

Para mí.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Hola —digo.

Se gira. Me mira. De arriba abajo. Sin disimular.

—Hola.

—¿Qué?

—Nada.

—Me estás mirando raro.

—Te estoy mirando bien.

Me pongo roja. Noto cómo el calor me sube por el cuello. Odio que todavía me pase esto. Odio que él lo note.

—¿Vamos? —digo, cambiando de tema.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Sorpresa.

Odio las sorpresas. Se lo digo.

—Ya lo sé —contesta—. Por eso lo hago.

Gilipollas.

Pero lo dice con esa sonrisa de medio lado. Esa que me hace pensar cosas que no debería pensar.

Caminamos por el paseo. Pasa gente. Nos mira. Por supuesto que nos mira. Somos la comidilla del pueblo. El espectáculo del verano.

—¿Te molesta? —pregunta.

—¿El qué?

—Las miradas.

—Un poco.

—A mí también.

—Pero ayer dijiste que te la sudaba.

—Mentí.

Le miro. Él mira al frente.

—Es más fácil decir que no te importa —dice—. Que admitir que te importa y no puedes hacer nada al respecto.

Seguimos caminando. Dejamos atrás el paseo. Subimos por una calle estrecha que conozco pero no reconozco. Hace años que no vengo por aquí.

—¿A dónde vamos?

—Ya casi llegamos.

Giramos una esquina. Y entonces lo veo.

El mirador.

El mismo mirador donde los críos del instituto venían a enrollarse. El mismo donde yo nunca vine porque nadie me invitó. El mismo que veía de lejos pensando que algún día, algún día...

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

—Cenar.

Miro alrededor. No hay restaurante. No hay bar. Solo un banco de piedra, un muro bajo, y las vistas de todo Agua Dulce a nuestros pies.

Y una cesta.

Una cesta de mimbre en el suelo, con una manta, y lo que parece una botella de vino.

—¿Has preparado un picnic?

—Ajá.

—¿Tú?

—¿Qué pasa? También sé hacer cosas.

No sé qué decir. Es lo más cursi que he visto en mi vida. Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí.

—Es... —empiezo.

—¿Una

ñoñería?

—Iba a decir inesperado.

—Eso también.

Nos sentamos en la manta. Nico abre el vino. Saca queso, jamón, pan, aceitunas. Cosas simples. Cosas de

barra de bar. Pero aquí, con el sol bajando y el pueblo entero a nuestros pies, parece un banquete.

—¿Por qué aquí? —pregunto.

—¿No te gusta?

—Sí. Pero ¿por qué aquí?

Silencio. Nico mira las vistas. El mar. Los chiringuitos. Las luces que empiezan a encenderse.

—Porque sé que nunca viniste.

Se me para el corazón.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque yo tampoco vine.

Le miro.

—¿Qué?

—Que yo tampoco vine nunca. —Se encoge de hombros—. No era tan guay como la gente pensaba.

—Eras el rey del instituto.

—Era un gilipollas con problemas. No es lo mismo.

El sol sigue bajando. El cielo se pone naranja, rosa, violeta. Esos colores cursis de postal que en la vida real son mucho mejores.

—¿Por qué no viniste? —pregunto.

—Porque no tenía con quién.

—Venga ya. Podías haber venido con cualquiera.

—No quería venir con cualquiera.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que me hace tragar saliva.

—¿Con quién querías venir? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

Silencio.

Nico bebe vino. Mira el pueblo. Tarda en contestar.

—Da igual —dice al final.

—Nico.

—Que da igual, Mari. Fue hace mucho tiempo.

—Pero...

—Come. Se va a enfriar el queso.

—El queso no se enfría.

—Da igual. Come.

Como.

Él come.

Bebemos vino.

El silencio ya no es incómodo. Es otra cosa. Es el silencio de dos personas que tienen demasiado que decir y no saben por dónde empezar.

—Oye —digo después de un rato.

—¿Qué?

—Esto es muy

borde por tu parte.

—¿El qué?

—Traerme aquí. Preparar todo esto. Ser... —busco la palabra— ... así.

—¿Así cómo?

—Así de... no sé. Atento.

Nico sonríe. Esa sonrisa que ya conozco. Esa que me hace cosas en el estómago.

—Es que me gustas —dice—. Ya te lo dije.

—Ya lo sé.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Te gusto yo?

La pregunta queda ahí. Flotando entre nosotros. Sobre las vistas. Sobre el vino. Sobre todo lo que no hemos dicho todavía.

—Sí —digo—. Me gustas.

—¿Aunque te hiciera la vida imposible?

—A pesar de eso.

—¿Aunque sea un

borde?

—Por eso.

Se ríe. Una risa de verdad. De esas que le cambian la cara.

—Estás

fatal —dice.

—Mira quién habla.

El sol termina de ponerse. Las luces del pueblo se encienden. Desde aquí arriba, Agua Dulce parece pequeño. Manejable. Un lugar donde podrías ser feliz si no supieras lo que sabes.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Nico.

—Dispara.

—La tricotilomanía. ¿Todavía...?

No termina la frase. No hace falta.

—A veces —digo—. Cuando estoy muy agobiada. Pero menos que antes.

—¿Desde cuándo?

—Desde que empecé terapia. En Madrid. Hace unos años.

Noto que quiere preguntar más. Pero no lo hace. Y se lo agradezco.

—¿Y tú? —digo—. ¿Has ido a terapia?

—No.

—¿Por qué no?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Supongo que pensaba que no la necesitaba.

—Todo el mundo necesita terapia.

—Probablemente.

—Deberías ir.

—Probablemente.

Le miro. Él mira el pueblo. Tiene esa cara de estar lejos, aunque esté aquí.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Gracias. Por esto. Por el picnic. Por traerme aquí.

—De nada.

—Y por intentarlo.

Me mira.

—¿Intentar qué?

—Esto. Lo nuestro. Lo que sea que sea.

Silencio.

Se acerca. Despacio. Como la otra noche. Como si tuviera miedo de asustarme.

—¿Puedo besarte? —pregunta.

—No tienes que pedir permiso.

—Sí tengo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sepas que siempre puedes decir que no.

Joder.

Joder, joder, joder.

¿Por qué tiene que decir cosas así?

—Sí —digo—. Puedes besarme.

Me besa.

Y esta vez es diferente. No hay tormenta. No hay apagón. No hay excusas.

Solo él y yo. En el mirador. Con todo Agua Dulce a nuestros pies.

Sus labios son suaves. Sus manos me tocan la cara. Me acaricia el pelo con cuidado, como si supiera lo que significa, lo que me costó dejar de arrancármelo.

Y yo le beso también. Le agarro de la camisa. Le acerco más. Porque quiero. Porque puedo. Porque después de diez años odiándole, resulta que besarle se siente como volver a casa.

Nos separamos.

Él tiene los labios hinchados. Yo tengo el corazón desbocado.

—Bua —dice.

—Sí.

—Esto es bua bua fuerte.

—Sí.

Nos miramos. Nos reímos. Porque es absurdo. Porque es ridículo. Porque hace dos semanas nos odiábamos y ahora estamos aquí, besándonos en el mirador como dos críos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

—No sé. ¿Seguir?

—¿Seguir qué?

—Esto. La cita. La noche.

Le miro. Él me mira. Y hay algo en sus ojos que dice más de lo que sus palabras pueden.

—Vale —digo—. Seguimos.

Seguimos.

Comemos más queso. Bebemos más vino. Hablamos de bua bua

cosas sin importancia y de cosas muy importantes. De su padre. De mi pelo. De Madrid. De por qué él se quedó y yo me fui.

Y cuando el vino se acaba y el frío empieza a notarse, bajamos del mirador cogidos de la mano.

Como dos bua bua críos.

Como dos personas que no saben lo que hacen pero lo hacen igual.

Me acompaña hasta la puerta de Loli. Se queda ahí. Mirándome.

—¿Mañana? —pregunta.

—Mañana.

—¿Otra cita?

—Si quieres.

—Quiero.

Sonrío. Él sonríe. Y me doy cuenta de que esto ya no es odio.

Ni siquiera es el perdón que le debo o no le debo.

Es otra cosa.

Algo nuevo.

Algo que da miedo.

Pero de los miedos buenos.

De esos que merece la pena sentir.

Capítulo 13

Lo que dejé en Madrid

Llevamos una semana.

Una semana de citas. De besos robados detrás del chiringuito. De mensajes a las tres de la mañana que no dicen nada importante y lo dicen todo.

Una semana de Nico Herrera.

Y es raro. Es tan raro. Porque mi cerebro todavía no ha procesado que el tío que me destrozó la adolescencia ahora me manda memes de gatos y me pregunta qué tal he dormido.

Es como vivir en una realidad alternativa.

Una en la que todo tiene sentido y nada tiene sentido a la vez.

Estoy detrás de la barra, secando vasos, pensando en él, cuando suena el móvil.

Un número de Madrid.

No lo reconozco. Pero algo en el estómago se me encoge.

—¿Sí?

—Mari. Soy Álvaro.

Se me cae el vaso.

No literalmente. Pero casi. Lo dejo en la barra con un golpe seco que hace que Kevin me mire desde la cocina.

—¿Mari? ¿Estás ahí?

—Sí. Estoy aquí.

—Tenemos que hablar.

Álvaro.

Álvaro Mendoza.

Mi ex. El tío con el que estuve tres años en Madrid. El que me dejó por una compañera de trabajo. El que me dijo que era "demasiado intensa" y que necesitaba "espacio para crecer".

Gilipollas.

—No tenemos nada de qué hablar —digo.

—Mari, por favor.

—No.

—Es importante.

—Me la suda.

—Voy a ir a Agua Dulce.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Que voy a ir. Este fin de semana. Necesito verte.

—No. No, no, no. No puedes venir aquí.

—Ya he comprado el billete.

Me quedo muda. Sin palabras. Con el teléfono pegado a la oreja y el cerebro en blanco.

Álvaro. En Agua Dulce. Este fin de semana.

No.

No, no, no.

Cuelgo.

Sin despedirme. Sin explicaciones. Cuelgo y me quedo mirando el teléfono como si fuera una bomba a punto de explotar.

Kevin sale de la cocina.

—¿Todo bué?

—No.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Mari.

—Que nada, Kevin. Déjame.

Me meto en el almacén. Cierro la puerta. Me apoyo contra la pared.

Respira.

Respira, joder.

Álvaro.

No he pensado en él en meses. Desde que llegué a Agua Dulce, desde que empezó todo con Nico, se ha convertido en un fantasma. Algo que pasó en otra vida. A otra persona.

Pero ahora viene.

Y no sé qué hacer.

Saco el móvil. Marco el número de Nico. Cuelgo antes de que suene.

No puedo contárselo.

O sí.

O no.

Joder.

¿Qué le digo? ¿Oye, mi ex de Madrid viene este finde, el que me dejó por otra y me hizo sentir como una mierda durante meses? No te preocupes, no pasa nada, solo viene a "hablar".

Suena patético.

Es patético.

Yo soy patética.

Suena el teléfono. Es él. Nico.

—Hey.

—Hey.

—¿Estás bien? Te noto rara.

—Estoy bien.

—Mari.

—Que estoy bien.

Puedo oír su respiración al otro lado. Puedo imaginarme su cara. Esa ceja levantada que pone cuando sabe que miento.

—¿Quedamos luego? —pregunta.

—Sí. Claro.

—¿A las nueve?

—Vale.

—Mari.

—¿Qué?

—Si pasa algo, me lo cuentas. ¿Vale?

—Vale —digo.

Mentira.

Cuelgo. Me quedo en el almacén. Mirando las cajas de aceitunas. Los barriles de cerveza. El polvo que flota en el rayo de luz que entra por la ventana.

Álvaro viene.

Y yo no sé qué coño hacer.

A las nueve quedo con Nico en el paseo.

Intento actuar normal. Sonreír. Besarle cuando me ve. Fingir que todo está bien.

Pero él lo nota. Claro que lo nota.

—¿Qué pasa? —pregunta a los cinco minutos.

—Nada.

—Mari.

—Que nada.

—Llevas media hora mirando el móvil.

Mierda.

—Es que... —empiezo.

No termino.

No sé cómo.

Caminamos en silencio. El paseo está lleno de gente. Turistas. Familias. Críos corriendo con helados que se derriten.

—¿Es por mí? —pregunta Nico.

—¿Qué? No.

—¿He hecho algo mal?

—No. Joder, no. Es que...

Me paro. Le miro. Él me mira.

Debería contárselo. Es lo correcto. Es lo que haría alguien normal en una relación normal.

Pero es que no sé si esto es una relación.

No sé qué somos.

No sé nada.

—Mi ex me ha llamado —digo al final.

Silencio.

La cara de Nico no cambia. O cambia tan poco que no lo noto.

—¿Tu ex?

—De Madrid. Álvaro.

—Vale.

—Dice que viene este finde.

Más silencio.

Nico mira al mar. Luego me mira a mí.

—¿Y tú quieres que venga?

—No.

—¿Entonces?

—Pues que viene igual. Que ha comprado el billete. Que quiere "hablar".

—¿De qué?

—No lo sé. No le he dejado terminar.

Silencio otra vez.

Odio estos silencios. Los que no sé leer. Los que podrían significar cualquier cosa.

—¿Estás enfadado? —pregunto.

—No.

—Pareces enfadado.

—No estoy enfadado. Estoy... —Se calla. Busca la palabra—. Procesando.

—¿Procesando qué?

—Que tu ex viene a verte. Que no me lo has contado hasta ahora. Que llevas toda la tarde rara y yo pensando que era por mí.

—No es por ti.

—Ya lo sé. Ahora.

El mar suena. Una gaviota. Un crío llorando en alguna parte.

—¿Te importa? —pregunto.

—¿El qué?

—Que venga.

Nico me mira. Y por primera vez desde que empezamos esta cosa, esta lo-que-sea, veo algo parecido al miedo en sus ojos.

—Sí —dice—. Me importa.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Joder, Mari. Porque me gustas. Porque llevamos una semana y todavía no sé qué somos pero sé que no quiero perderte. Y ahora viene tu ex de Madrid y...

Se calla.

Respira.

—Y me da miedo —dice al final—. ¿Vale? Me da miedo que le veas y te acuerdes de por qué estuviste con él tres años. Me da miedo que yo solo sea... no sé. El tío del pueblo. El que está aquí porque no hay nada mejor.

Me quedo helada.

—Nico...

—No tienes que decir nada.

—Sí tengo.

—Mari.

—Cállate y escucha.

Le cojo de la mano. Le miro a los ojos.

—No eres el tío del pueblo —digo—. No eres el que está aquí porque no hay nada mejor. Eres... joder, Nico. Eres el tío que me preparó un picnic en el mirador. El que me pide permiso para besarme. El que me mira como si fuera algo bueno.

—Es que eres algo bueno.

—Déjame terminar.

Se calla.

—Álvaro me dejó porque era "demasiado intensa". Porque le pedía demasiado. Porque quería alguien que estuviera ahí y él no quería estar. Me hizo sentir que era demasiado. Que nadie iba a quererme como soy.

—Y luego llegué aquí. Y estabas tú. El último tío que esperaba. El que más daño me había hecho. Y resulta que... resulta que contigo no me siento demasiado. Me siento... bien. Normal. Yo.

Nico no dice nada. Solo me mira. Y hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo que parece alivio y miedo y otra cosa que no sé nombrar.

—Álvaro puede venir —digo—. Puede decir lo que quiera. Pero no va a cambiar nada. Porque yo no quiero volver con él. Quiero estar aquí. Contigo. Aunque me hicieras la vida imposible. Aunque seas un borde. Aunque esto sea una locura.

Silencio.

El mar. Las gaviotas. El mundo siguiendo sin nosotros.

—¿Lo dices en serio? —pregunta.

—Sí.

—¿Segura?

—Nico.

—Es que...

—Que sí, joder. Que lo digo en serio.

Me besa.

Ahí. En medio del paseo. Delante de todo el mundo. Con todo Agua Dulce mirando.

Y me da igual.

Me da igual todo.

Solo me importa esto. Él. Sus labios. Sus manos en mi cara. Esta sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, estoy donde tengo que estar.

Nos separamos.

—Bua —dice.

—Sí.

—Eso ha sido...

—Cursi.

—Iba a decir intenso.

—Eso también.

Sonríe. Yo sonrío. Y el nudo que tenía en el estómago se afloja un poco.

Álvaro viene el fin de semana.

No sé qué quiere.

No sé qué va a pasar.

Pero sé que Nico va a estar ahí. Y eso, de alguna forma, lo hace todo menos terrible.

O eso espero.

Capítulo 14

El regreso del gilipollas

Álvaro llega el sábado a las doce.

Lo sé porque me manda un mensaje en cuanto baja del autobús: "Ya estoy aquí. ¿Dónde nos vemos?".

No contesto.

Bué, no contesto inmediatamente. Me quedo mirando el móvil durante cinco minutos mientras limpio la misma mesa tres veces. Kevin me mira raro. Yo finjo que no pasa nada.

Al final contesto: "En el paseo. Media hora".

Público. Neutro. Con testigos.

Nico se ha ofrecido a venir. Le he dicho que no. Esto tengo que hacerlo sola. Necesito cerrar esta puerta yo misma, sin ayuda, sin muletas.

Pero me ha hecho prometer que le llamo si lo necesito.

Y eso ayuda.

Llego al paseo a las doce y veinticinco. Álvaro ya está ahí.

Le veo antes de que él me vea. Está sentado en un banco, mirando el móvil, con esa postura de

tío importante que siempre tenía. Lleva camisa, pantalón de pinzas, zapatos de cuero. Como si Agua Dulce fuera una reunión de trabajo y no un pueblo playero en agosto.

Siempre fue así.

Siempre intentando impresionar.

Siempre fallando.

Me acerco.

—Hola.

Levanta la vista. Sonríe. Esa sonrisa que antes me derretía y ahora me parece vacía.

—Mari. Estás...

—¿Qué?

—Diferente.

—Ya. Han pasado cosas.

Se levanta. Intenta darme dos besos. Yo doy un paso atrás.

—¿Qué quieres, Álvaro?

—¿Podemos sentarnos? ¿Hablar tranquilos?

—No. Dime qué quieres.

Su sonrisa flaquea. No está acostumbrado a esto. A la Mari que no se deja. A la Mari que no tiene tiempo para bua gilipolleces.

—He cometido un error —dice.

—¿Cuál de todos?

—Dejarte.

Me quedo mirándole.

Esperando.

Esperando el pinchazo. El dolor. Las ganas de llorar que me daban cada vez que pensaba en él durante los primeros meses.

Pero no llega nada.

Solo un vacío sordo. Como mirar una foto antigua de alguien que ya no reconoces.

—¿Y? —digo.

—¿Cómo que y?

—Que me has dejado. Hace siete meses. Y ahora vienes a decirme que fue un error. ¿Y qué quieres que haga con eso?

—Que me perdones. Que me des otra oportunidad.

Me río.

No es una risa amable. Es una risa seca, corta, de esas que suenan a portazo.

—No.

—Mari...

—He dicho que no.

—Pero ni siquiera me has escuchado.

—No necesito escucharte. Ya sé lo que vas a decir. Que te equivocaste. Que lo de Laura no significaba nada. Que me echas de menos. Que quieres volver a intentarlo.

Lo he clavado. Lo veo en su cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco, Álvaro. Mejor de lo que te gustaría.

Se pasa la mano por el pelo. Ese gesto que hacía cuando las cosas no salían como él quería. Cuando el mundo no se ajustaba a su plan.

—Has cambiado —dice.

—Sí.

—Antes no eras así.

—Antes dejaba que me trataras como si fuera un problema. Como si ser "intensa" fuera algo malo. Como si quererte significara ser demasiado.

—Yo nunca dije...

—Sí dijiste. Dijiste exactamente eso. Y yo me lo creí. Durante tres años me lo creí. Pensaba que algo estaba mal conmigo. Que tenía

que ser menos. Pedir menos. Sentir menos.

Álvaro me mira como si me viera por primera vez.

—¿Y ya no lo piensas?

—No. Ya no lo pienso.

Hay alguien detrás de mí.

Lo sé antes de verlo. Por cómo cambia la cara de Álvaro. Por el calor que noto en la espalda. Por ese sexto sentido que te dice que él está cerca.

—¿Todo bien? —dice Nico.

Me giro. Está ahí. Con vaqueros y camiseta negra. Con cara de preocupación que intenta disimular.

—Te dije que no vinieras.

—Ya. Pero estaba cerca.

Mentira. Su chiringuito está en la otra punta del paseo. No estaba cerca de nada.

Pero no me enfado.

Álvaro nos mira. A él. A mí. A la poca distancia que hay entre nosotros.

—¿Y este quién es?

—Nico —digo—. Mi... —Me callo. No sé cómo terminar la frase.

—Su novio —dice Nico.

Le miro. Él me mira. No hemos hablado de eso. No hemos puesto etiquetas. Pero ahora, aquí, delante de Álvaro, suena bien.

Suena correcto.

—¿Tu novio? —Álvaro se ríe—. ¿Llevas aquí qué, un mes? ¿Y ya tienes novio?

—Nos conocemos de antes —digo.

—¿De antes?

—Del instituto.

Álvaro me mira. Luego mira a Nico. Algo cambia en su cara.

—Espera. ¿Este es el tío que...?

—Sí.

—¿El que te hacía bullying?

—Sí.

—¿Y ahora estás con él?

Silencio.

Nico se tensa a mi lado. Puedo sentirlo. La vergüenza. La culpa. Todo lo que hemos trabajado para superar, expuesto por Álvaro en tres segundos.

Gilipollas.

—Sí —digo—. Estoy con él.

—Esto es increíble. —Álvaro se ríe otra vez. Esa risa condescendiente que usaba cuando pensaba que sabía más que yo —. Te dejo y te vas corriendo al tío que te destrozó la vida. Eso es... no sé, Mari. Patético.

Algo se rompe dentro de mí.

Algo que llevaba años aguantando.

—¿Patético? —digo—. ¿Patético es perdonar a alguien que ha cambiado? ¿Patético es darle una segunda oportunidad a una persona que me ha pedido perdón de verdad? ¿Eso es patético?

—Mari...

—No, Álvaro. Escúchame tú a mí. Porque no te lo voy a repetir.

Doy un paso hacia él. Álvaro retrocede.

—Nico me hizo daño hace quince años. Era un crío. Un crío con una vida de mierda que no sabía gestionar. Y me pidió perdón. De

verdad. Mirandome a los ojos. Sabiendo que podía decirle que no. Que podía mandarle a la mierda para siempre.

Respiro.

—Tú me hiciste daño hace siete meses. Eras un adulto. Con trabajo, con piso, con todo lo que se supone que te hace maduro. Y nunca me pediste perdón. Ni una vez. Simplemente te fuiste. Y ahora vienes aquí, a mi pueblo, esperando que te reciba con los brazos abiertos porque has decidido que me echas de menos.

Álvaro no dice nada. No puede. Le he quitado todas las palabras.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre vosotros dos? —digo—. Nico sabe que me hizo daño. Lo lleva encima. Cada día. Y trabaja para ser mejor. Tú ni siquiera crees que me hiciste daño. Crees que tenías razón. Que yo era el problema. Que ser "demasiado intensa" era un defecto que debía corregir.

—Mari, no es así...

—Sí es así. Y lo peor es que casi te creo. Casi me convenciste de que había algo mal en mí. De que pedir amor era pedir demasiado.

Me giro. Miro a Nico. Está ahí. Callado. Con los puños apretados y algo en los ojos que no sé nombrar.

—Pero él no piensa eso —digo—. Él no me hace sentir que soy demasiado. Me hace sentir que soy suficiente. Y eso vale más que todos tus "lo siento" vacíos.

Me vuelvo hacia Álvaro.

—Vete a Madrid. No me llames. No me escribas. No vuelvas a aparecer en mi vida pensando que tienes derecho a entrar. Porque no lo tienes.

Álvaro me mira. Abre la boca. La cierra.

—Vale —dice al final.

—Vale.

Se da la vuelta. Se va.

Así de simple.

Sin drama. Sin gritos. Sin escenas de culebrón.

Solo se va.

Y yo me quedo ahí. Temblando. Con el corazón a mil y las manos sudadas.

—Joder —dice Nico.

—Sí.

—Eso ha sido...

—¿Mucho?

—Increíble.

Le miro. Tiene una sonrisa rara. Mezcla de orgullo y sorpresa y algo más que no sé leer.

—¿Increíble?

—Mari, le has dejado sin palabras. Literalmente. El tío ha venido desde Madrid para recuperarte y le has mandado a la mierda en cinco minutos.

—Cuatro.

—¿Qué?

—Han sido cuatro minutos. He contado.

Se ríe. Yo también. Nos reímos ahí, en medio del paseo, mientras Álvaro desaparece en dirección a la estación de autobuses.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por defenderme. Cuando ha dicho lo del bullying. Podrías haber...

—No. No podría. —Le cojo la mano—. Eres más que lo que hiciste con quince años. Y el primero que tiene que creérselo eres tú.

Silencio.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece a punto de romperse.

—Te quiero —dice.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Que te quiero. Joder, Mari. Te quiero.

El mar. Las gaviotas. El mundo entero esperando mi respuesta.

—Yo también te quiero —digo.

Y es verdad.

Joder, es verdad.

Me besa. Ahí. En el paseo. Con todo el pueblo mirando otra vez.

Y me da igual.

Me da igual todo.

Porque Álvaro se ha ido.

Y Nico está aquí.

Y le quiero.

Joder.

Le quiero.

Capítulo 15

La casa azul

Nos queremos.

Suena raro decirlo. Suena raro pensarlo. Pero es verdad.

Han pasado tres días desde lo de Álvaro. Tres días de besos, de mensajes tontos, de mirarnos como imbéciles. Loli dice que damos asco. Lo dice con cariño.

Hoy es miércoles. Mi día libre. Nico también libra.

—Quiero enseñarte algo —dice cuando paso a buscarle.

—¿El qué?

—Mi casa.

Se me tensa el pecho.

Su casa. La casa donde creció. La de su padre.

—¿Estás seguro?

—No. Pero quiero hacerlo igual.

Caminamos por el pueblo viejo, subiendo calles estrechas que huelen a jazmín y a sal. Conozco esta zona. De crías veníamos aquí a buscar gatos callejeros. A espiar a los vecinos. A hacer el imbécil.

Pero nunca entré en la casa de Nico.

Nadie entraba en la casa de Nico.

Giramos una esquina y la veo.

Es azul.

Un azul desgastado, como el cielo después de una tormenta. Tiene persianas blancas y una puerta de madera con la pintura descascarillada. Hay macetas en el balcón, pero las plantas están muertas.

—Era de mi abuela —dice Nico—. Luego de mi padre. Ahora es mía.

—Es bonita.

—Era bonita. Ahora es un desastre.

Abre la puerta. El olor a cerrado me golpea la cara. Polvo, humedad, algo más que no sé identificar.

—No he tocado nada desde que murió —dice—. No he podido.

Entramos.

El salón es pequeño. Hay un sofá viejo, una tele antigua, fotos en las paredes. Fotos de Nico de niño. De su madre, supongo. De un hombre que debe ser su padre.

—Era carpintero —dice Nico, siguiendo mi mirada—. Hacía muebles. Buenos muebles. Antes de que todo se fuera a la mierda.

—¿Qué pasó?

—El alcohol. La rabia. No sé qué vino primero. Supongo que da igual.

Camino por el salón. Toco los muebles. El polvo se me queda en los dedos.

—¿Por qué me traes aquí? —pregunto.

—Porque quiero que lo sepas todo.

Me giro. Nico está en medio de la habitación. Con las manos en los bolsillos. Con esa cara de estar a punto de romperse.

—Lo que te hice en el instituto —dice—. Volvía a casa y él me hacía lo mismo. Peor. Mucho peor.

—Nico...

—No te lo digo para que me perdones. Ya me has perdonado. Te lo digo porque quiero que entiendas de dónde vengo. Por qué soy como soy.

El polvo flota en el rayo de luz que entra por la ventana.

—Me pegaba —dice—. Con el cinturón. Con las manos. Con lo que tuviera cerca. Y luego lloraba y me pedía perdón. Y yo le perdonaba. Siempre le perdonaba.

Se me rompe algo por dentro.

—Nico.

—Y cuando murió, hace dos años, pensé que iba a sentirme libre. Pero no. Me sentí vacío. Como si toda mi vida hubiera girado alrededor de él y ahora no supiera quién soy sin esa órbita.

Se sienta en el sofá. Levanta una nube de polvo. No le importa.

—Por eso no he tocado nada —dice—. Porque no sé qué hacer con todo esto. Con la casa. Con los recuerdos. Con la rabia que todavía siento.

Me siento a su lado.

No digo nada. No hay nada que decir. Solo le cojo la mano y la aprieto.

—Mi terapeuta en Madrid —digo después de un rato— me dijo una cosa que me ayudó mucho.

—¿Qué?

—Que el trauma no es una excusa. Pero sí es una explicación. Y que entender de dónde viene el dolor es el primer paso para sanarlo.

Silencio.

Nico me mira. Tiene los ojos brillantes. No llora, pero está cerca.

—¿Y funciona?

—A veces. Otras veces no. Pero es mejor que guardárselo todo dentro.

Silencio otra vez.

El reloj de la pared hace tic-tac. Está parado a las tres y cuarto. Me pregunto cuánto tiempo lleva así.

—Deberías ir a terapia —digo.

—Lo sé.

—En serio.

—Lo sé. —Pausa—. Es solo que me da miedo.

—¿Miedo de qué?

—De lo que pueda salir. De tener que enfrentarme a todo esto. De no ser capaz.

Le aprieto la mano más fuerte.

—Eres capaz. Eres más fuerte de lo que crees.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sigues aquí. Después de todo lo que has pasado, sigues aquí. Eso requiere fuerza.

Nico me mira. Y hay algo en sus ojos que parece esperanza. Pequeña, frágil, pero esperanza al fin y al cabo.

—¿Me acompañarías? —pregunta—. A la primera cita. Si algún día voy.

—Claro.

—¿Aunque sea un coñazo?

—Aunque sea un coñazo.

Sonríe. Esa sonrisa pequeña que ya conozco. Esa que me hace cosas en el estómago.

—¿Sabes qué? —dice.

—¿Qué?

—Quiero pintar la casa.

—¿Pintarla?

—Sí. De otro color. Azul no. Algo nuevo. Algo que sea mío.

Le miro. Él mira las paredes.

—Me parece bien —digo.

—¿Me ayudas?

—¿A pintar?

—Sí.

—Nico, nunca he pintado una casa en mi vida.

—Yo tampoco. Podemos aprenderlo juntos.

Y entonces me río. No sé por qué. Quizás por lo absurdo de todo esto. Quizás porque hace un mes estaba en Madrid llorando por un gilipollas y ahora estoy aquí, en una casa llena de fantasmas, prometiendo pintarla con el tío que me destrozó la adolescencia.

La vida es muy borde.

—Vale —digo—. Te ayudo.

—¿En serio?

—En serio.

Se levanta. Me da la mano. Me levanta del sofá.

—Gracias —dice—. Por escuchar. Por estar aquí. Por todo.

—De nada.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Me besa. Ahí. En medio de esa casa llena de polvo y recuerdos y dolor. Me besa como si fuera lo único que sabe hacer bien.

Y quizás lo es.

Quizás esto es lo que hacemos. Nos rompemos y nos arreglamos. Nos hacemos daño y nos curamos. Nos perdemos y nos

encontramos.

Es un desastre.

Pero es nuestro desastre.

Y eso, de alguna forma, lo hace perfecto.

Salimos de la casa. El sol nos golpea la cara. El aire huele a mar y a verano.

—¿Qué color? —pregunto.

—¿Eh?

—Para pintar la casa. ¿Qué color?

Nico piensa. Mira la fachada. Mira el cielo.

—Amarillo —dice—. Como el sol.

Sonrío.

—Amarillo me gusta.

—¿Aunque sea

hortera?

—Sobre todo porque es hortera.

Se ríe. Yo también. Bajamos por las calles estrechas, cogidos de la mano, dejando la casa azul atrás.

Pronto será amarilla.

Pronto será nueva.

Como nosotros.

Capítulo 16

Amarillo

El Leroy Merlin más cercano está en la capital. A cuarenta minutos en la furgoneta de Nico.

Cuarenta minutos de carretera con él. Con su música. Con sus silencios.

Debería ser incómodo.

No lo es.

—¿Qué amarillo? —pregunta mientras conduce.

—¿Hay más de uno?

—Hay como ochenta.

—Joder.

—Sí.

Silencio. La carretera pasa. Los campos de girasoles. Las vacas que nos miran con esa cara de estar juzgándote.

—Uno alegre —digo al final—. Pero no chillón. Que no parezca un McDonald's.

—Amarillo McDonald's. Anotado.

—He dicho que NO parezca un McDonald's.

—Ya lo sé. Te estoy tocando las narices.

—Gilipollas.

Sonríe. Esa sonrisa de medio lado. Esa que me hace cosas.

Llegamos al Leroy Merlin. Es enorme. Huele a madera y a ambientador industrial. Hay familias con carros llenos de tablones y parejas discutiendo sobre azulejos.

La sección de pinturas es un laberinto de colores.

—Joder —digo.

—Sí.

—Son muchos amarillos.

—Sí.

Nos quedamos ahí parados. Mirando las muestras. Amarillo limón. Amarillo vainilla. Amarillo miel. Amarillo sol. Amarillo mostaza. Amarillo ocre. Amarillo canario.

—¿Cuál te gusta? —pregunto.

—No sé. Nunca he elegido un color para nada.

—¿Nunca?

—En mi casa elegía mi padre. Y luego ya... no sé. No me importaba.

Cojo una muestra. Amarillo trigo. Se la enseño.

—¿Este?

—Es muy pálido.

—Vale.

Cojo otra. Amarillo girasol.

—¿Este?

—Demasiado intenso.

—Nico, tienes que decidirte por algo.

—Ya lo sé.

—Pues decide.

Me mira. Luego mira las muestras. Luego me mira otra vez.

—El que tú quieras —dice.

—No. Esta es tu casa. Tu decisión.

—Pero...

—Nada de peros. Elige.

Silencio.

Nico mira las muestras. Pasa los dedos por ellas. Como si pudiera sentir el color.

Y entonces lo veo.

Hay uno que no tiene nombre. Solo un código. Pero es perfecto. Amarillo cálido. Como la luz de la tarde. Como el pan recién hecho. Como el verano.

—Ese —dice Nico.

—¿Cuál?

—El que estás mirando.

Me giro. Él me mira. Y hay algo en sus ojos que parece alivio.

—Ese es el que quiero.

Sonrío.

—Pues ese.

Compramos la pintura. Y brochas. Y rodillos. Y cinta de carrocero. Y un mono de trabajo que Nico dice que es innecesario pero yo insisto porque no pienso destrozar mi ropa.

En el coche de vuelta, con el maletero lleno de botes, Nico está callado.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí.

—Pareces nervioso.

—Es que lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque es real —dice al final—. Voy a pintar la casa. Voy a cambiarla. Voy a hacer algo con mi vida que no sea solo... existir.

Se me encoge el pecho.

—Eso es bueno.

—Ya lo sé. Pero da miedo.

—El miedo es normal.

—Ya lo sé.

La carretera. Los girasoles. Las vacas.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Estoy orgullosa de ti.

No contesta. Pero sonríe. Y eso basta.

Empezamos a pintar el sábado.

Hace calor. Mucho calor. Ese calor de agosto que te empapa la camiseta antes de las diez de la mañana.

Pero ahí estamos. Nico y yo. Con monos de trabajo. Con brochas. Con música sonando en un altavoz viejo.

—Primero hay que lijar —dice Nico.

—¿Lijar?

—La pintura vieja. Hay que quitarla antes de poner la nueva.

—Nadie me dijo nada de lijar.

—Te lo digo ahora.

—Gilipollas.

Sonríe. Me pasa una lija. Y nos ponemos a ello.

Es un trabajo de mierda. La pintura azul se resiste. El polvo se me mete en los ojos, en la nariz, en todas partes. Sudo como si estuviera en una sauna.

Pero hay algo terapéutico en ello.

En destruir lo viejo. En preparar el terreno para lo nuevo.

A mediodía paramos a comer. Bocadillos de tortilla que ha traído Loli. Cruzcampos frías del chiringuito de Nico.

—Esto va a tardar semanas —digo.

—Lo sé.

—¿No te importa?

—No.

Silencio.

Nos sentamos en el suelo del jardín. Mirando la fachada a medio lijar. Azul desgastado arriba. Cemento gris abajo.

—Es fea —digo.

—Ahora sí.

—Pero va a ser bonita.

—Eso espero.

Silencio otra vez.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—Gracias por hacer esto conmigo.

—De nada.

—En serio. Podías estar en la playa. O descansando. O...

—Podía. Pero quiero estar aquí.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece gratitud. Y otra cosa. Algo más profundo.

—Te quiero —dice.

—Ya lo sé.

—¿No me lo dices tú?

—No. Te lo tienes que ganar.

—¿Cómo?

—Pintando más rápido.

Se ríe. Yo también. Y volvemos al trabajo.

Al final del día, cuando el sol empieza a bajar, tenemos media fachada lijada.

Estamos destrozados. Cubiertos de polvo. Con los brazos doloridos y la espalda hecha polvo.

Pero miramos la casa y sonreímos.

—Mañana más —dice Nico.

—Mañana más.

Me acompaña a casa de Loli. Caminamos despacio. Cogidos de la mano. Sin prisa.

—Oye —digo antes de entrar.

—¿Qué?

—También te quiero.

Sonríe. Esa sonrisa grande que casi nunca usa. Esa que le cambia toda la cara.

—Ya lo sabía.

—Entonces ¿por qué me lo has preguntado antes?

—Porque me gusta oírlo.

—Eres un borde.

—Sí.

Me besa. Un beso corto. Suave. De esos que saben a promesa.

—Hasta mañana —dice.

—Hasta mañana.

Entro en casa. Loli me mira desde su silla.

—Estás hecha un desastre —dice.

—Lo sé.

—¿Qué tal la pintura?

—Todavía no hemos pintado. Estamos lijando.

—Ah.

—¿Estás feliz? —pregunta.

Me quedo pensando. Feliz. Es una palabra grande. Una palabra que no he usado mucho en mi vida.

Pero ahora...

—Sí —digo—. Creo que sí.

Loli sonríe. Esa sonrisa de abuela que lo sabe todo.

—Me alegro —dice—. Te lo mereces.

Y por primera vez en mucho tiempo, le creo.

Me lo merezco.

Esto.

Él.

Todo.

Capítulo 17

Septiembre

El amarillo queda bien.

Mejor que bien. Queda perfecto.

Hemos tardado dos semanas. Dos semanas de lijar, de dar imprimación, de primera capa, de segunda capa. Dos semanas de calor, de sudor, de Cruzcampos al atardecer mirando la fachada.

Y ahora está terminada.

La casa ya no es azul.

La casa es amarilla.

—Joder —dice Nico.

—Sí.

—Es...

—Sí.

Nos quedamos ahí parados. En medio de la calle. Mirando la fachada como si fuera la Capilla Sixtina.

—La has cagado con esa esquina —digo.

—¿Qué esquina?

—Esa. Hay un churrete.

—No hay ningún churrete.

—Que sí.

—Que no.

Me acerco. Le señalo. Una gota seca que baja desde la ventana.

—Eso no es un churrete —dice—. Es carácter.

—Es dejadez.

—Es personalidad.

—Es que no sabes pintar.

—Tú tampoco.

—Ya lo sé. Por eso no he pintado esa esquina.

Nos miramos.

Y nos reímos.

Porque es absurdo. Porque la casa es amarilla. Porque hace un mes era azul y ahora es amarilla y eso significa algo. Algo importante. Algo que ninguno de los dos sabe nombrar todavía.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—Gracias.

—Ya me has dado las gracias como ochenta veces.

—Pues te las doy otra vez.

—Borde.

—Sí.

Esa noche cenamos en la terraza de la casa amarilla.

Nico ha comprado velas. Y vino. Y queso de ese caro que venden en el Mercadona gourmet.

—Esto es muy cursi —digo.

—Lo sé.

—No me quejo.

—Ya lo sé.

El pueblo está abajo. Las luces del paseo. Los chiringuitos. El mar que no se ve pero se huele.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—¿Qué pasa cuando acabe el verano?

Silencio.

Nico deja la copa en la mesa. Me mira.

—¿A qué te refieres?

—A mí. A lo mío. A Madrid.

Silencio otra vez.

No hemos hablado de esto. En todo el mes que llevamos juntos, no hemos hablado de lo que pasa después. De septiembre. De mi vida en Madrid. De mi trabajo. De todo lo que dejé cuando vine a cuidar a Loli.

—¿Tienes que volver? —pregunta.

—No lo sé. Supongo. Tengo un piso. Un trabajo. Una vida.

—¿La echas de menos?

—¿A cuál?

—A la vida.

Pienso. Madrid. Mi piso pequeño en Lavapiés. Mi trabajo de copywriter para una agencia que me pagaba fatal. Mis amigas que ya no llaman tanto. Mis domingos sola en el sofá viendo Netflix.

—No —digo—. No la echo de menos.

—¿Entonces?

—Entonces no sé. No sé qué hacer. No sé qué quiero.

Nico coge su copa. Bebe. Mira el pueblo.

—Yo sí sé lo que quiero —dice.

—¿Qué?

—Que te quedes.

Se me para el corazón.

—Nico...

—No tienes que contestar ahora. No tienes que contestar nunca si no quieres. Solo... quería que lo supieras.

Silencio.

Le miro. Él mira el pueblo. Tiene esa cara de estar lejos, aunque esté aquí.

—¿Y qué haría yo en Agua Dulce? —pregunto.

—No lo sé. Lo que quieras. Podrías trabajar en el bar. O en otro sitio. O montar algo tuyo. Lo que sea.

—¿Montar algo mío?

—Eres copywriter. Eso se puede hacer desde cualquier parte.

No había pensado en eso. En trabajar por mi cuenta. En no depender de una agencia que me trata como una mierda. En ser mi propia jefa.

—¿Y Loli? —pregunto.

—¿Qué pasa con Loli?

—Que no puedo quedarme solo por ella. No puedo basar toda mi vida en cuidar a mi abuela.

—No te estoy pidiendo que te quedes por ella. Te estoy pidiendo que te quedes por ti. Y por mí. Si quieres.

El vino. Las velas. El pueblo a nuestros pies.

—Es muy pronto —digo.

—Lo sé.

—Llevamos un mes.

—Lo sé.

—Podríamos acabar odiándonos.

—También podríamos acabar bien.

—Nico.

—¿Qué?

—Esto me da miedo.

Silencio.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece miedo también. Pero también otra cosa. Algo que parece esperanza.

—A mí también —dice—. Pero prefiero tener miedo contigo que estar tranquilo sin ti.

Joder.

¿Por qué tiene que decir cosas así?

—No voy a contestarte ahora —digo.

—Vale.

—Necesito pensarlo.

—Vale.

—Pero no es un no.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que cambia. Que se abre.

—¿No es un no?

—No es un no.

—Entonces es un...

—Es un lo voy a pensar. Que no es lo mismo que no. Pero tampoco es sí. Es un quizás. Un puede. Un vamos a ver.

Sonríe. Esa sonrisa pequeña que ya conozco.

—Me vale —dice.

—¿Te vale?

—Me vale.

—Eres fácil de contentar.

—No. Es que tú vales mucho.

Joder.

Otra vez.

Me acerco. Le beso. Sabe a vino y a queso caro y a futuro. Un futuro que todavía no sé cómo es. Que me da miedo. Que también me emociona.

Nos separamos.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—La casa tiene habitación de sobra.

—¿Qué?

—Que si te quedas, podrías... no sé. Quedarte aquí. Conmigo.

Silencio.

Le miro. Él me mira.

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo?

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí.

—Nico, llevamos un mes.

—Ya lo sé.

—Eso es una locura.

—Ya lo sé.

—No puedes pedirme que me mude contigo después de un mes.

—Técnicamente no te lo he pedido. He dicho que podrías. Si quisieras. Que no es lo mismo.

Le miro. Y me río. Porque es absurdo. Porque este tío me está pidiendo que deje mi vida en Madrid y me mude a una casa amarilla con él después de treinta días de relación.

Y lo peor es que una parte de mí quiere decir que sí.

Una parte bastante grande.

—También voy a pensarme eso —digo.

—Vale.

—Y tampoco es un no.

—Vale.

Sonreímos. Como dos imbéciles. Como dos críos. Como dos personas que no saben lo que hacen pero lo hacen igual.

Septiembre está a la vuelta de la esquina.

Y yo tengo decisiones que tomar.

Pero esta noche no.

Esta noche solo quiero estar aquí. Con él. En la terraza de la casa amarilla. Mirando las estrellas.

El resto puede esperar.

Capítulo 18

La llamada

Llevo tres días dándole vueltas.

Tres días mirando el techo. Tres días de listas mentales que no llegan a ninguna parte. Tres días de Loli preguntándome qué me pasa y yo diciendo que nada.

Quedarme.

En Agua Dulce.

Con Nico.

En la casa amarilla.

Suena a locura. Suena a decisión de cría. Suena a error.

Pero también suena a algo bueno.

Estoy detrás de la barra, secando vasos que ya están secos, cuando suena el móvil.

Número de Madrid.

El corazón me da un salto.

—¿Sí?

—¿Mari? Soy Claudia. De la agencia.

Claudia. Mi jefa. Exjefa. La tía que me pagaba una miseria por escribir eslóganes para empresas de colchones.

—Hola.

—Oye, te llamo porque ha pasado una cosa.

Espero. Con el trapo en la mano. Con el corazón acelerado.

—Laura se ha ido.

Laura. La compañera por la que Álvaro me dejó. La que me quitó el puesto de directora creativa cuando yo llevaba tres años esperándolo.

—Ah.

—Sí. Ha aceptado una oferta en Barcelona. Se va la semana que viene.

—¿Y? —pregunto.

—Pues que el puesto está libre. Y he pensado en ti.

Se me para el corazón.

—¿En mí?

—Sí. Eres buena, Mari. Siempre lo has sido. Y sé que las cosas no acabaron bien, pero...

—Me pagabais fatal.

—Lo sé. Por eso te ofrezco un cuarenta por ciento más. Y el puesto de directora.

Silencio.

El bar. Los vasos. Kevin mirándome desde la cocina.

—¿Mari? ¿Sigues ahí?

—Sí. Estoy aquí.

—¿Qué me dices?

—No lo sé. Necesito pensarlo.

—Claro. Pero no tardes mucho. Tengo que cubrir el puesto antes del quince.

El quince.

De septiembre.

Quedan diez días.

—Te llamo —digo.

—Vale. Pero piénsatelo, eh. Es una buena oferta.

Cuelgo.

Me quedo ahí parada. Con el móvil en la mano. Con el trapo en la otra. Con el cerebro en blanco.

Kevin sale de la cocina.

—¿Todo bien?

—No lo sé.

—¿Qué ha pasado?

—Me han ofrecido mi antiguo trabajo. Con un ascenso. Y un cuarenta por ciento más de sueldo.

Kevin me mira. Yo miro el móvil.

—Joder —dice.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

El bar está vacío. Es media tarde. Esa hora muerta en la que no pasa nada.

—¿Quieres hablar? —pregunta Kevin.

—No.

—Vale.

—Quiero pensar.

—Vale.

Me quito el delantal. Salgo del bar. Camino sin saber a dónde voy.

Y acabo donde siempre acabo últimamente.

En la casa amarilla.

Nico está dentro. Lijando algo. No sé qué. Siempre está lijando algo.

—Hola —digo desde la puerta.

Se gira. Sonríe. Esa sonrisa que me hace cosas.

—Hola. ¿No trabajabas?

—He salido antes.

—¿Por qué?

Silencio.

Me mira. Y algo cambia en su cara. Esa capacidad que tiene de leerme que me da miedo y me gusta a partes iguales.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Nada.

—Mari.

—Es que...

Me callo. No sé cómo decirlo. No sé si quiero decirlo.

—Me han llamado de Madrid —digo al final—. De mi antigua agencia. Me ofrecen el puesto de directora creativa. Y un cuarenta por ciento más de sueldo.

Nico deja la lija en la mesa. Se limpia las manos en el pantalón. Me mira.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. Algo.

Se acerca. Se sienta en una silla. Me mira desde abajo.

—¿Tú qué quieres? —pregunta.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Que no.

—Mari.

—Que no lo sé, joder. Por eso estoy aquí. Porque no sé qué hacer y necesito... no sé. Hablar. Pensar. Algo.

Silencio.

Nico me mira. Y hay algo en sus ojos que no sé leer. Algo que parece miedo y otra cosa que no reconozco.

—¿Quieres aceptar? —pregunta.

—No lo sé.

—¿Quieres volver a Madrid?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que sí sabes?

Le miro. Él me mira.

Y de repente lo sé.

—Sé que no quiero perderte —digo—. Sé que lo que tenemos es bueno. Sé que me da miedo joder esto.

—Entonces no lo jodas.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

Me siento a su lado. En otra silla. Mirando la habitación a medio reformar.

—Porque si me quedo, lo dejo todo. Mi piso. Mi vida. Todo lo que he construido en diez años.

—¿Y qué has construido?

Pienso. El piso pequeño que no termino de decorar. El trabajo que odio. Las amigas que ya no veo. Los domingos vacíos.

—No mucho —admito.

—Entonces no estás dejando mucho.

—Es fácil decirlo.

—No. No es fácil. Nada de esto es fácil.

Silencio.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que cambia.

—Mira —dice—. Yo quiero que te quedes. Ya te lo he dicho. Pero no voy a pedirte que rechaces una oportunidad así por mí. Eso no sería justo.

—¿Entonces?

—Entonces tienes que decidir tú. Lo que tú quieras. No lo que yo quiera. No lo que quiera Loli. No lo que quiera nadie. Tú.

Joder.

¿Por qué tiene que ser tan razonable?

—¿Y si me equivoco? —pregunto.

—Te equivocarás. Hagas lo que hagas, en algún momento te equivocarás. Así funciona la vida.

—Eso no ayuda.

—No pretendía ayudar. Pretendía ser honesto.

Silencio otra vez.

Le miro. Él me mira.

—Te quiero —digo.

—Ya lo sé.

—Sea lo que sea lo que decida, eso no va a cambiar.

—Ya lo sé.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Me vas a seguir queriendo si me voy a Madrid?

Nico me mira. Y por primera vez, veo algo parecido al dolor en sus ojos.

—Sí —dice—. Pero va a doler como la hostia.

Silencio.

Me levanto. Me acerco. Le beso la frente.

—Dame unos días —digo—. Para pensar.

—Vale.

—Y no te enfades conmigo.

—No me enfado.

—Pareces enfadado.

—Parezco asustado. Que no es lo mismo.

Joder.

Este tío.

Salgo de la casa amarilla. Camino de vuelta al pueblo. Con la cabeza llena de preguntas que no tienen respuesta.

Madrid o Agua Dulce.

El trabajo o Nico.

El pasado o el futuro.

Tengo diez días para decidir.

Diez días.

Debería ser suficiente.

Pero no lo es.

Capítulo 19

Loli

Loli lo sabe antes de que se lo diga.

Claro que lo sabe. Es mi abuela. Es bruja. Tiene ese sexto sentido de las abuelas que lo detectan todo.

—Siéntate —dice cuando entro en casa.

—¿Qué?

—Que te sientes. Y me lo cuentas.

Me siento. En la silla de siempre. Con las manos en el regazo como cuando tenía ocho años y me había peleado en el colegio.

—Me han ofrecido un trabajo en Madrid —digo.

—Ya.

—Directora creativa. Cuarenta por ciento más de sueldo.

—Ya.

—Y no sé qué hacer.

Loli me mira desde su silla de ruedas. Con esos ojos que han visto demasiado. Que han enterrado a un marido, criado a tres hijos, sobrevivido a una guerra que no le tocaba y a otra que sí.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Que no.

—Mari.

—Que no lo sé, Loli. Por eso estoy así. Si lo supiera no estaría comiéndome la cabeza.

Loli rueda hasta la cocina. Abre un armario. Saca una botella de anís.

—Son las cinco de la tarde —digo.

—¿Y?

—Que es pronto para beber.

—Nunca es pronto para beber cuando hay que pensar.

Sirve dos vasos. Me pasa uno. Bebe del suyo.

—Cuéntame —dice.

Le cuento. Todo. La llamada de Claudia. La oferta. Lo de Nico pidiéndome que me quede. Lo de la casa amarilla. Lo del miedo.

Loli escucha. Sin interrumpir. Sin juzgar. Solo escucha.

Cuando termino, silencio.

Bebe otro trago de anís. Me mira.

—¿Puedo decirte algo? —pregunta.

—Claro.

—Y no te vas a enfadar.

—Depende de lo que sea.

—Eres gilipollas.

Silencio.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. Eres gilipollas.

—Loli.

—No me vengas con Loli. Llevas treinta y cuatro años siendo gilipollas y alguien tiene que decírtelo.

Me quedo ahí. Con el vaso de anís en la mano. Sin saber qué decir.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice Loli—. Que piensas demasiado. Siempre ha sido tu problema. De cría eras igual. Dabas mil vueltas a todo antes de hacer nada. Y mientras tanto, la vida pasaba.

—Eso no es...

—Calla. Estoy hablando.

Me callo.

—Tu abuelo me pidió matrimonio después de tres meses. Tres meses. Yo tenía dieciocho años. No tenía trabajo, no tenía dinero, no tenía nada. Y me fui con él a un pueblo que no conocía a empezar una vida que no había planeado.

—¿Y sabes qué? —continúa—. Fueron los mejores cincuenta años de mi vida. No los más fáciles. No los más cómodos. Pero los mejores.

—Pero eso era otra época...

—¿Otra época? Mari, el amor es el amor. Da igual la época. Da igual si tienes veinte años o treinta y cuatro. Da igual si es un pueblo o una ciudad. El amor es el amor. Y cuando lo encuentras, lo agarras. Porque no viene muchas veces.

Silencio.

Miro el anís. Miro a Loli. Miro el anís otra vez.

—No es solo por el amor —digo—. Es por el trabajo. Por la oportunidad. Por todo lo que he currado para llegar hasta aquí.

—¿Hasta dónde?

—¿Qué?

—¿Hasta dónde has llegado, Mari? Dime. Porque yo lo que veo es una chica de treinta y cuatro años que odia su trabajo, que no tiene pareja, que vive en un piso que no le gusta, en una ciudad que le estresa, haciendo una vida que no ha elegido.

Joder.

Duele porque es verdad.

—No es tan simple —digo.

—No. No es simple. Pero tampoco es tan complicado como lo estás haciendo.

Loli bebe más anís. Me mira.

—¿Tú le quieres? —pregunta.

—Sí.

—¿Y él te quiere?

—Sí.

—¿Y eres feliz aquí?

Silencio.

Pienso. Este verano. Los atardeceres en el paseo. Las cenas con Loli. El trabajo en el bar que no es un trabajo, es un sitio donde estar. Nico. La casa amarilla. Los besos que saben a sal y a cerveza.

—Sí —digo—. Soy feliz.

—Pues ya está.

—No, no ya está. No es tan fácil.

—¿Por qué?

—Porque... porque no puedo tomar una decisión así en un mes. Porque no sé si esto va a durar. Porque la gente no hace estas cosas.

Loli me mira. Y sonríe. Esa sonrisa de abuela que ha visto demasiado.

—La gente hace estas cosas todo el rato —dice—. Lo que pasa es que a ti te da miedo.

—Claro que me da miedo.

—El miedo es normal. El problema es cuando dejas que el miedo decida por ti.

Silencio largo.

Miro el vaso. Ya casi vacío. Miro a Loli. Miro la ventana.

—¿Y si me equivoco? —pregunto.

—Te equivocarás.

—Eso no ayuda.

—No pretendo ayudar. Pretendo ser honesta. —Pausa—. Te equivocarás. Harás cosas mal. Habrá días que te arrepientas. Pero eso va a pasar hagas lo que hagas. Así que más vale equivocarte haciendo lo que quieres que equivocarte haciendo lo que otros esperan de ti.

Joder.

Loli debería tener un programa de radio.

—¿Y tú qué quieres? —pregunto—. ¿Que me quede?

—Yo quiero que seas feliz. Me da igual dónde.

—Pero si me voy a Madrid no voy a poder cuidarte.

—Mari. —Me mira seria—. Yo tengo setenta y ocho años. Me quedan dos telediarios. No quiero pasarme lo que me queda sabiendo que mi nieta ha dejado su vida por hacerme compañía.

—No es...

—Sí es. Viniste porque pensabas que me moría. Y mira. Aquí sigo. Más borde que nunca.

Silencio.

Sonrío. No puedo evitarlo.

—¿Y si él me hace daño? —pregunto.

—Te lo hará. Todos lo hacemos. La pregunta es si vale la pena.

—¿Y si no dura?

—¿Y si dura? ¿Y si es la mejor decisión de tu vida? ¿Y si dentro de cincuenta años estás aquí sentada, con tu nieta, contándole cómo lo

dejaste todo por un chico de un pueblo de mierda y fue lo mejor que hiciste nunca?

Se me llenan los ojos de lágrimas. No sé por qué. Bueno, sí lo sé.

—Te quiero, Loli.

—Ya lo sé. Yo también te quiero. Aunque seas gilipollas.

Río. Lloro. Las dos cosas a la vez.

—¿Sabes ya lo que vas a hacer? —pregunta.

La miro. Me mira.

—Creo que sí —digo.

Y por primera vez en días, lo creo de verdad.

Capítulo 20

La decisión

Corro.

No sé por qué corro, pero corro. Por las calles del pueblo. Por el paseo. Esquivando turistas y abuelas con carrito de la compra.

Corro hacia la casa amarilla.

Nico está en el jardín. Arreglando no sé qué. Siempre está arreglando algo. Se ha convertido en su forma de existir desde que pintamos la fachada.

Me ve llegar. Sudada. Sin aliento. Con cara de loca.

—¿Qué pasa? —dice, levantándose.

—Nada.

—Mari, vienes corriendo.

—Ya lo sé.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Segura?

—Sí.

Me mira. Yo le miro. Y no sé cómo decirlo. He venido corriendo y ahora no sé cómo decirlo.

—Me quedo —digo.

Nico no se mueve. No parpadea. No respira.

—¿Qué?

—Que me quedo. Aquí. Contigo. En Agua Dulce.

Silencio otra vez.

Y entonces algo cambia en su cara. Algo que no había visto nunca. Algo que parece alivio y miedo y alegría y todo a la vez.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y el trabajo?

—Que le den al trabajo.

—Mari.

—Que le den. En serio. Que le den a Claudia y a la agencia y a Madrid y a todo.

Silencio.

Me mira. Y veo que le tiembla algo. La mandíbula. Las manos. No sé.

—¿Estás segura? —pregunta.

—No. Pero lo hago igual.

Y entonces Nico hace algo que no esperaba.

Se ríe.

No una risa grande. Una pequeña. De alivio. De incredulidad. De algo que no sé nombrar.

—Joder —dice.

—Sí.

—Joder.

—Sí.

—Mari.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Ya lo sé.

—No. —Se acerca. Me coge la cara con las manos. Esas manos grandes que huelen a pintura y a madera—. Te quiero. De verdad. No como se dice cuando no sabes qué decir. Te quiero de verdad.

Y me besa.

Ahí. En el jardín de la casa amarilla. Con el sol cayendo. Con el olor a jazmín. Con todo.

Es un beso diferente a los otros. Más lento. Más profundo. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Porque ahora lo tenemos.

Nos separamos.

—¿Y tu piso? —pregunta.

—Lo alquilo.

—¿Y tus cosas?

—Voy a buscarlas. El finde que viene. Y las traigo.

—¿Aquí?

—Sí, borde. Aquí. ¿No me habías pedido que me mudara contigo?

—Sí. Pero no pensaba que ibas a decir que sí.

—Pues sorpresa.

Silencio.

Sonríe. Esa sonrisa grande que casi nunca usa. Esa que le cambia toda la cara.

—Esto es una locura —dice.

—Total.

—Llevamos un mes.

—Y medio.

—Podría salir fatal.

—Podría.

—¿Y no te da miedo?

—Me cago de miedo. Pero Loli dice que más vale equivocarse haciendo lo que quieres que haciendo lo que otros esperan de ti.

—Loli es muy sabia.

—Loli es bruja.

—También.

Entramos en la casa. Huele a pintura todavía. A nuevo. A futuro.

—Tengo que llamar a Claudia —digo.

—¿Ahora?

—Sí. Antes de que me arrepienta.

—¿Te vas a arrepentir?

—No. Pero quiero quitármelo de encima.

Cojo el móvil. Marco el número. Me tiemblan las manos.

Nico se sienta a mi lado. No dice nada. Solo está ahí.

—¿Sí?

—Claudia, soy Mari.

—¡Mari! ¿Qué me dices? ¿Has pensado en la oferta?

—Sí.

—¿Y?

Miro a Nico. Él me mira. Asiente. Despacio.

—No puedo aceptar —digo.

Silencio al otro lado.

—¿Perdona?

—Que no puedo aceptar. Lo siento. Pero no vuelvo a Madrid.

—Mari, es una oportunidad increíble. No sé si...

—Lo sé. Y te lo agradezco. De verdad. Pero mi vida ya no está ahí.

—¿Y dónde está?

Miro a Nico. Miro la casa amarilla. Miro el jardín por la ventana.

—Aquí —digo—. Está aquí.

—Bueno —dice Claudia al final—. Si cambias de opinión...

—No voy a cambiar.

—Vale. Pues nada. Suerte, supongo.

—Gracias. Igualmente.

Cuelgo.

Y ya está.

Así de fácil.

Así de difícil.

Me quedo mirando el móvil. Como si fuera a explotar. Como si acabara de hacer algo irreversible.

Porque lo he hecho.

—¿Estás bien? —pregunta Nico.

—Sí.

—¿Segura?

—No.

Silencio.

Me coge la mano. La aprieta.

—Gracias —dice.

—¿Por qué?

—Por elegirme.

Le miro. Él me mira.

—No te he elegido a ti —digo.

—¿No?

—No. Me he elegido a mí. Tú solo eres el bonus.

Sonríe.

—Me vale —dice.

—Más te vale que te valga.

—Borde.

—Aprendí del mejor.

Esa noche cenamos en el jardín.

Tortilla de patatas que ha traído Loli. Vino del pueblo. Pan con tomate.

Loli nos mira desde su silla. Con esa sonrisa de abuela bruja que lo sabe todo.

—Así que os mudáis juntos —dice.

—Sí.

—Después de un mes.

—Y medio —digo.

—Estáis locos —dice.

—Tú te casaste después de tres meses.

—Yo tenía dieciocho años. Era gilipollas.

—¿Y nosotros no?

—También. Pero al menos lo sabéis.

Silencio.

Sonreímos. Los tres. Como imbéciles. Como críos. Como gente que no sabe lo que hace pero lo hace igual.

—Oye —dice Loli.

—¿Qué?

—Que sepas que si le haces daño a mi nieta te corto los huevos.

Nico se queda blanco.

—Loli —digo.

—¿Qué? Es la verdad. Tengo unas tijeras de podar muy buenas.

—Entendido —dice Nico.

—Bien.

Y entonces Loli sonríe. Y Nico sonríe. Y yo sonrío.

Y todo está bien.

Todo está muy bien.

Miro la casa amarilla. Miro a Nico. Miro a Loli.

Esta es mi vida ahora.

Esta es mi decisión.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que he elegido bien.

Capítulo 21

Madrid

El AVE huele a café de máquina y a arrepentimiento.

O quizás el arrepentimiento soy yo.

No. No es arrepentimiento. Es otra cosa. Nostalgia anticipada, quizás. Esa sensación rara de echar de menos algo que todavía no has dejado.

Nico me ha acompañado hasta la estación de Sevilla. Ha insistido. Yo le he dicho que no hacía falta, que son solo tres días, que no soy una cría. Él ha dicho que le daba igual, que quería hacerlo.

Borde.

—Llámame cuando llegues —ha dicho en el andén.

—Vale.

—Y cuando salgas del piso.

—Vale.

—Y antes de dormir.

—Nico.

—¿Qué?

—Que son tres días. No me voy a la guerra.

Me ha mirado con esos ojos que tiene. Esos que parece que ven más de lo que deberían.

—Ya lo sé —ha dicho—. Pero es Madrid. Y tú allí eras otra persona. Y me da miedo que vuelvas y...

—¿Y qué?

—Nada.

—Nico.

—Que cambies de opinión.

Le he cogido la cara. Le he besado. Despacio. Con calma.

—No voy a cambiar de opinión —he dicho—. Voy a recoger cajas. Nada más.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale.

No parecía muy convencido. Pero el tren salía y no había tiempo para más.

Madrid me recibe con su olor a tubo de escape y a prisas.

Joder. Lo había olvidado.

Había olvidado el ruido. Los coches. La gente que camina como si llegara tarde a todas partes. El metro lleno. Los empujones. El estrés flotando en el aire como niebla.

¿Cómo he vivido aquí diez años?

Llego al piso de Lavapiés. Tercer piso sin ascensor. Escaleras estrechas que huelen a comida del vecino de abajo.

Abro la puerta.

Y es como entrar en la casa de una desconocida.

Todo está igual. El sofá gris. La mesa de Ikea. Las estanterías con libros que nunca terminé. Las plantas muertas que olvidé regar antes de irme.

Pero nada se siente mío.

Es raro. Viví aquí diez años. Lloré aquí. Reí aquí. Follé aquí. Me emborraché aquí. Pero ahora miro las paredes y no siento nada.

Nada.

¿Así de rápido se borra una vida?

Me siento en el sofá. Miro alrededor. Intento sentir algo. Nostalgia. Tristeza. Arrepentimiento. Algo.

Nada.

Solo ganas de acabar esto y volver.

Volver a casa.

Y casa ya no es esto. Casa es una fachada amarilla en un pueblo costero. Casa es Nico. Casa es Loli. Casa es otro sitio.

Joder.

Qué rápido cambian las cosas.

Al día siguiente viene Paula.

Paula es mi amiga de aquí. Mi mejor amiga de Madrid. La que me recogió del suelo cuando Álvaro me dejó. La que me emborrachó con vino malo y me dejó llorar en su hombro.

—Tía —dice cuando entra—. Estás morena.

—Es el sol.

—Y delgada.

—Es el curro. Currar de verdad, no de oficina.

—Y... ¿feliz?

Silencio.

La miro. Me mira.

—Sí —digo—. Creo que sí.

Paula sonríe. Y hay algo en su sonrisa que parece alivio.

—Me alegro —dice—. Te lo mereces.

Nos abrazamos. Huele a su perfume de siempre. A esa colonia de Zara que lleva usando desde que la conozco.

—Bué —dice—. Pues a empacar.

Empacamos.

O sea, ella empaca. Yo me quedo mirando cosas y diciendo "esto me lo quedo, esto lo tiro, esto no sé".

Es un proceso lento. Cada objeto tiene una historia. Cada libro, cada taza, cada camiseta. Diez años de vida metidos en cincuenta metros cuadrados.

—¿Y esto? —dice Paula, sacando una foto enmarcada.

Álvaro y yo. En la playa. Hace tres años.

—Tira —digo.

—¿Segura?

—Segura.

Paula la mete en una bolsa de basura. Sin ceremonias. Sin drama. Así, sin más.

Me gusta Paula.

—Oye —dice mientras sigue empacando—. ¿Y el tío ese? ¿Nico?

—¿Qué pasa con él?

—¿Es majo?

—Es borde.

—¿Borde borde o borde interesante?

—Borde interesante.

—Los mejores.

Sonrío. Paula sonríe.

—¿Le quieres? —pregunta.

—Sí.

—¿Y él?

—También.

—Pues bua. Qué fuerte. La Mari enamorada.

—Cállate.

—No me callo. Esto hay que celebrarlo.

—No hay nada que celebrar.

—Hay todo que celebrar. Llevas años siendo una amargada. Y ahora vienes con esa cara de gilipollas enamorada. Eso se celebra.

Silencio.

Y se celebra.

Esa noche salimos.

A un bar del centro. De esos con terraza y gente guapa y cócteles caros. De esos que antes me parecían el plan perfecto y ahora me parecen un coñazo.

Pero Paula quería. Y se lo debo.

—Por ti —dice, levantando su gin-tonic—. Por la nueva vida.

—Por la nueva vida.

Brindamos. Bebemos.

—¿No lo echas de menos? —pregunta.

—¿El qué?

—Esto. Madrid. El rollo.

Miro alrededor. La terraza llena. Las risas. Los tacones. El ruido de fondo.

—No —digo—. Creo que no.

—Que fuerte.

—Ya.

—Oye —dice Paula—. ¿Y si no funciona?

—¿El qué?

—Lo tuyo. Con el borde ese.

Pienso. Es una buena pregunta. Una que me he hecho mil veces.

—Pues no funciona —digo—. Y ya está.

—¿Ya está?

—Ya está. No voy a morirme. No voy a hundirme. Si no funciona, pues no funciona. Y busco otra cosa. Pero al menos lo habré intentado.

Paula me mira. Y hay algo en sus ojos que parece orgullo.

—Joder —dice—. Cómo has cambiado.

—¿Yo?

—Tú. Antes eras incapaz de tomar una decisión sin consultarla con todo el mundo. Y ahora vas y te mudas a un pueblo con un tío que conoces de hace dos meses.

—Mes y medio.

—Peor todavia.

Silencio.

Sonrío.

—Supongo que he aprendído —digo.

—¿A qué?

—A que la vida es muy corta para tener miedo.

Paula sonrie. Brindamos otra vez.

—Te voy a echar de menos —dice.

—Y yo a ti.

—Mas te vale venir a visitarme.

—Vendras tu a verme. Tengo playa.

—Eso es verdad.

Nos miramos. Y hay algo en sus ojos que parece despedida. Pero también otra cosa. Algo que parece orgullo.

—Estoy orgullosa de ti —dice.

—Para.

—No. Es verdad. Has tardado treinta y cuatro años, pero por fin has aprendído a elegirte a ti misma.

Se me llenan los ojos de lágrimas. No se por que. Bueno, si lo se.

—Gracias —digo.

—De nada. Y ahora bebamos. Que mañana tienes que hacer cajas y yo tengo resaca que cultivar.

Bebemos. Reimos. Lloramos un poco. Las dos cosas a la vez.

Madrid ya no es mi casa.

Pero siempre será el sitío donde aprendí quien no quería ser.

Y eso también vale.

Capítulo 22

La mudanza

El coche de alquiler pesa como si llevara un cadáver en el maletero.

Bueno, no un cadáver. Diez años de vida. Que viene a ser lo mismo.

Conduzco por la A-4 con las ventanillas bajadas y una playlist de Rosalía que no sé ni por qué he puesto. Quizás porque necesito algo que me impida pensar. Quizás porque el silencio me da miedo.

No sé.

Llevo cuatro horas conduciendo. Cuatro horas de dudas y de "¿qué coño estoy haciendo?" y de respuestas que no llegan. Cuatro horas de mirarme en el retrovisor y no reconocerme del todo.

La Mari de hace tres meses no habría hecho esto.

La Mari de hace tres meses estaba en Madrid, llorando por Álvaro, comiendo helado de pistacho del Mercadona y viendo realities de mierda.

Y ahora estoy aquí. Con todas mis cosas en el maletero. Yendo hacia un pueblo que hace tres meses ni sabía que existía. Hacia un tío que hace tres meses me caía fatal.

Joder.

Qué rápido cambia todo.

Llego a Agua Dulce a las siete de la tarde.

El sol está cayendo. Naranja. Dorado. Ese color que solo tiene el sur de España en septiembre.

Aparco frente a la casa amarilla. Y me quedo ahí. Sentada. Mirando.

Es bonita. Joder, qué bonita es.

La pintamos Nico y yo. Cada centímetro. Con nuestras manos. Con nuestro sudor. Con nuestras discusiones sobre si el amarillo era demasiado intenso o no.

Y ahora es mi casa.

Bueno, nuestra casa.

Suena raro. Nuestra casa. Con alguien. Con él.

La puerta se abre.

Nico sale. Con una camiseta vieja manchada de algo que parece salsa de tomate. Con el pelo revuelto. Con esa cara de que estaba haciendo algo y lo he interrumpido.

Me ve.

Y sonríe.

No una sonrisa grande. Una pequeña. De las suyas. De las que reserva para cuando nadie mira.

—Has llegado —dice.

—He llegado.

Nos miramos. Él desde la puerta. Yo desde el coche.

—¿Vas a salir o qué? —dice.

—Estoy procesando.

—¿El qué?

—Todo esto.

Se acerca. Abre mi puerta. Me mira desde arriba.

—Bienvenida a casa —dice.

Y algo se me rompe por dentro. Pero de la forma buena. De esa forma en la que las cosas se rompen para dejar entrar luz.

—Gracias —digo.

—De nada. Ahora ayúdame a bajar las cajas, borde. Que pesan un huevo.

Bajamos las cajas.

Son muchas. Demasiadas. No sabía que tenía tantas cosas. Libros. Ropa. Cachivaches que no sé ni por qué guardaba.

—¿Qué coño es esto? —dice Nico, sacando una lámpara con forma de flamenco.

—Un regalo de mi ex.

—¿Álvaro?

—No. Otro.

—¿Cuántos ex tienes?

—No quieras saberlo.

Silencio.

Sonríe. Yo también.

Seguimos bajando cajas. El sol sigue cayendo. El pueblo sigue oliendo a mar y a jazmín.

Y yo sigo sin creerme que esto es real.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Que nada.

—Nico.

—Que me alegro de que estés aquí.

Le miro. Él no me mira. Está muy ocupado fingiendo que la caja que lleva pesa más de lo que pesa.

—Yo también —digo.

—Vale.

—Vale.

Seguimos trabajando. Sin hablar. Pero cómodos. Como si esto fuera lo que siempre habíamos hecho. Como si no hubiera otra forma de estar.

Esa noche cenamos en la cocina.

Espaguetis con salsa de tomate. Por eso tenía la camiseta manchada. Estaba cocinando. Para mí.

—Está bueno —digo.

—No está tan bueno.

—Está bueno, borde.

—La pasta está pasada.

—Un poco.

—¿Ves?

—Pero la salsa está genial.

—La salsa es de bote.

—Bote de calidad.

Silencio.

Sonreímos. Los dos. Como imbéciles.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—¿Dónde pongo mis cosas?

—¿Tus cosas?

—Mis cosas. Mi ropa. Mis libros. Mis mierdas.

Nico me mira. Y hay algo en sus ojos que parece nerviosismo.

—He vaciado la mitad del armario —dice—. Y una estantería. Y dos cajones de la cómoda.

Le miro.

—¿Cuándo?

—Cuando te fuiste a Madrid.

—¿Por qué?

—Porque vuelves.

—Ya.

—Y necesitas sitio.

—Ya.

Silencio.

Y no sé qué decir. Porque Nico ha vaciado la mitad de su armario para mí. La mitad de su casa. La mitad de su vida.

Y eso es mucho.

Es demasiado.

Es exactamente lo que necesitaba.

—Gracias —digo.

—De nada.

—No. En serio. Gracias.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece amor. Pero no lo dice. Nunca lo dice así, directo. Lo dice con armarios vacíos. Con salsa de bote. Con sitio para mis libros.

—Come —dice—. Que se enfría.

Como.

Y todo sabe a casa.

Más tarde, desempaco.

Bueno, intento desempacar. Es más difícil de lo que parece. Cada cosa tiene un recuerdo. Cada libro, cada camiseta, cada gilipolleces que he ido guardando.

Nico se sienta en la cama. Me mira.

—¿Necesitas ayuda? —dice.

—No.

—Vale.

No se va. Se queda ahí. Mirándome.

—¿Qué? —digo.

—Nada.

—¿Por qué me miras?

—Porque me gusta.

Le miro. Él me mira.

—Eres muy cursi cuando quieres —digo.

—Soy realista.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Silencio.

Sigo desempacando. Él sigue mirándome.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—¿Esto va a funcionar?

Nico no contesta inmediatamente. Se queda pensando. Con esa cara que pone cuando está procesando algo importante.

—No lo sé —dice al final—. Pero quiero intentarlo.

—¿Y si no funciona?

—Pues no funciona.

—¿Así de fácil?

—No es fácil. Pero tampoco es el fin del mundo. Si no funciona, aprendemos. Y seguimos adelante. Pero separados nos quedamos igual. Juntos al menos tenemos una oportunidad.

Le miro. Y hay algo en sus palabras que suena a verdad. A esa verdad incómoda que no quieres oír pero necesitas.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio? —digo.

—No soy sabio. Soy práctico.

—Es lo mismo.

—Que no lo es, borde.

Silencio.

Sonreímos.

Y sigo desempacando. Y él sigue mirándome. Y todo está bien.

Todo está muy bien.

Capítulo 23

La primera pelea

Llevamos una semana viviendo juntos.

Una semana.

Siete días.

Y ya me está volviendo loca.

No por las cosas grandes. Las cosas grandes van bien. El sexo. Las conversaciones. Las cenas en el jardín con Loli.

Es por las pequeñas.

Las mierdas pequeñas que nadie te cuenta.

Por ejemplo: Nico deja la tapa del váter levantada. Siempre. Cada puta vez. Y yo me siento sin mirar y casi me caigo dentro.

Por ejemplo: Nico pone la música altísima cuando cocina. Flamenco. A las siete de la mañana. Cuando yo todavía estoy intentando ser persona.

Por ejemplo: Nico dobla la ropa de una manera que no tiene ningún sentido. La dobla mal. Toda. Absolutamente toda.

Son gilipolleces.

Lo sé.

Pero las gilipolleces se acumulan. Y de repente un día estás gritando por un calcetín y no sabes ni cómo has llegado ahí.

Hoy ha sido el calcetín.

Un calcetín. Uno solo. En medio del salón. Tirado. Como si nada.

Y he explotado.

—¿Es que no puedes recoger tu mierda? —he dicho. Gritando. Más de lo necesario.

Nico me ha mirado. Con esa cara que pone cuando no entiende qué pasa.

—Es un calcetín —ha dicho.

—Ya sé que es un calcetín.

—Pues lo recojo y ya está.

—No es el calcetín, Nico.

—¿Entonces qué es?

Y ahí me he quedado. Porque no sabía qué decir. Porque no era el calcetín. Era todo. Era la tapa del váter. Era el flamenco a las siete. Era la ropa mal doblada. Era que llevaba una semana conviviendo con alguien después de años sola y no sabía cómo hacerlo.

—No sé —he dicho al final—. No sé qué es.

Nico me ha mirado. Y ha hecho algo que no esperaba.

Se ha sentado.

—Vale —ha dicho—. Pues hablemos.

—¿De qué?

—De lo que te pasa.

—No me pasa nada.

—Mari.

—Que no me pasa nada.

—Estás gritando por un calcetín.

Silencio.

Mierda.

Tiene razón.

Me siento a su lado. En el sofá. Ese sofá que era suyo y ahora es nuestro.

—Es que no sé hacer esto —digo.

—¿El qué?

—Convivir. Con alguien. Llevo años sola. Y ahora de repente hay otra persona. Todo el rato. Aquí. Y no sé cómo se hace.

Nico me mira. Y hay algo en sus ojos que parece comprensión.

—Yo tampoco sé —dice.

—¿No?

—No. Nunca he vivido con nadie. Desde que me fui de casa de mi padre. Nunca.

No lo sabía.

Bueno, sí lo sabía. Pero no lo había pensado así.

—O sea que los dos somos novatos —digo.

—Los dos somos novatos.

—Genial.

—Sí.

Silencio.

Y entonces Nico hace algo que no esperaba. Se ríe. Una risa pequeña. Casi un resoplido.

—¿De qué te ríes? —digo.

—De nosotros.

—¿Por qué?

—Porque somos imbéciles.

—Habla por ti.

—Hablo por los dos. Mira. Tú estás gritando por un calcetín. Yo estoy intentando entender por qué gritas por un calcetín. Y ninguno de los dos sabe lo que hace.

Tiene razón. Otra vez.

—Vale —digo—. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer?

—No sé. Por eso pregunto.

—Pues yo tampoco sé. Pero podemos ir aprendiendo juntos. Sobre la marcha.

Le miro.

—Eso suena a algo que diría un coach de esos de Instagram —digo.

—Que te den.

—Borde.

Nos quedamos ahí. En el sofá. Sin hablar. Pero juntos.

Y poco a poco la rabia se va. Como se van las nubes. Sin hacer ruido.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Lo de la tapa del váter.

—¿Qué pasa con la tapa del váter?

—Que la dejas levantada. Siempre.

Silencio.

—¿Y?

—Que casi me caigo dentro. Dos veces.

Nico me mira. Y veo que está intentando no reírse.

—No tiene gracia —digo.

—Un poco sí tiene.

—No la tiene.

—Vale. Bajo la tapa.

—¿En serio?

—En serio.

—Gracias —digo.

—De nada. ¿Algo más?

—El flamenco a las siete de la mañana.

—Eso no lo negocio.

—Nico.

—El flamenco es sagrado.

—Son las siete de la mañana.

—Pues ponte tapones.

Silencio.

Le miro. Él me mira. Y los dos sabemos que esto no va a cambiar. Que hay cosas que no van a cambiar. Y que está bien.

—Vale —digo—. Me pongo tapones.

—Vale.

—Pero a cambio tú recoges tus calcetines.

—Hecho.

—Y aprendes a doblar la ropa.

—Eso ya es mucho pedir.

—Nico.

—Vale. Aprendo a doblar la ropa.

Y así. Así de fácil. Así de difícil. Hemos tenido nuestra primera pelea. Y hemos sobrevivido.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—¿Estamos bien?

Le miro. Y hay algo en sus ojos que parece miedo. Ese miedo que tiene siempre. El de que todo se rompa. El de que yo me vaya.

—Estamos bien —digo.

—¿Segura?

—Segura.

Me acerco. Le beso. Despacio.

—Las parejas se pelean —digo—. Es normal.

—Ya lo sé.

—Pues eso.

—Pues eso.

Silencio.

Y todo vuelve a estar bien.

No perfecto. Pero bien.

Y a lo mejor eso es suficiente.

Capítulo 25

Las fiestas

Agua Dulce tiene fiestas.

No lo sabía. Bueno, sí lo sabía. Loli lleva semanas hablando de las fiestas. De los farolillos. Del concurso de tortillas. De que hay que comprar un vestido nuevo porque el del año pasado ya no le vale.

Pero no lo sabía de verdad. No sabía que las fiestas de un pueblo son otra cosa. Otra dimensión. Otro universo.

El pueblo entero huele a churros y a pólvora. Hay guirnaldas en todas las calles. Música que sale de todas partes. Niños corriendo. Abuelas en sillas de plástico. Adolescentes fingiendo que no les importa nada mientras les importa todo.

Es como volver a tener quince años.

Pero sin el acné y sin el novio gilipollas.

Bueno, tengo novio. Pero no es gilipollas.

Es borde.

Que es diferente.

Nico me lleva de la mano.

Por las calles. Entre la gente. Saludando a todo el mundo. A Manolo del bar. A Paqui la de la pescadería. A don Antonio, que resulta que es el cura y que tiene cara de haber visto cosas.

—Esta es Mari —dice Nico. A todos. Una y otra vez—. Mi novia.

Mi novia.

Suena raro. Suena bien. Suena a algo que no había oído en mucho tiempo.

—La madrileña —dice Paqui, mirándome de arriba abajo—. La que se ha quedado.

—La que se ha quedado —confirma Nico.

—Bien hecho, hijo. Ya era hora de que sentaras la cabeza.

Nico no dice nada. Yo tampoco. Pero nos miramos. Y hay algo en esa mirada que dice más que las palabras.

Seguimos caminando.

—¿Siempre es así? —pregunto.

—¿El qué?

—Esto. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Todo el mundo opina.

—Siempre.

—Joder.

—Ya te acostumbrarás.

—¿Y si no me acostumbro?

—Te acostumbrarás.

Suena a amenaza. Pero también a promesa.

Encontramos a Loli en la plaza.

Está sentada con sus amigas. Las otras abuelas. Las que llevan toda la vida aquí. Las que saben todo de todos.

—¡Niña! —grita cuando me ve—. ¡Ven aquí!

Voy.

Me presenta. A Carmela. A Dolores. A Pepi. Nombres de otra época. Caras de mil historias.

—Así que tú eres la que ha cazado al Nico —dice Carmela.

—No lo he cazado.

—Ya. Eso dicen todas.

Risas. De todas. Menos de mí.

—Déjala en paz —dice Loli—. Que la niña es tímida.

—No soy tímida.

—Pues lo pareces.

Silencio.

Las miro. Me miran. Y hay algo en sus ojos que parece aprobación. O al menos curiosidad.

—Siéntate —dice Pepi—. Cuéntanos cosas de Madrid.

—¿Qué cosas?

—No sé. Cómo es vivir allí. Si es verdad que todo el mundo va corriendo. Si hay tantos bares como dicen.

Me siento.

Y cuento.

Cosas de Madrid. Del metro. Del ruido. De los pisos pequeños y los alquileres imposibles. De las cañas a tres euros y las terrazas llenas.

Escuchan. Preguntan. Se ríen.

Y por primera vez desde que llegué, siento que pertenezco a algo.

No a Madrid. Ni a Agua Dulce exactamente.

A esto. A este grupo de mujeres que llevan toda la vida aquí y que me están dejando entrar.

Por la noche hay baile.

En la plaza. Con una orquesta de esas que tocan de todo. Desde pasodobles hasta reggaetón. Desde Camela hasta Rosalía.

Loli me ha obligado a ponerme un vestido. Uno suyo. De flores. Que me queda grande de arriba y justo de abajo.

—Estás guapísima —dice.

—Parezco una cortina.

—Una cortina muy mona.

Loli sonríe. Yo también. Porque tiene razón. Parezco una cortina. Pero una cortina mona.

Nico me espera en la puerta. Con una camisa blanca que no le había visto nunca. Con el pelo peinado. Con cara de incómodo.

—Estás... —dice.

—¿Parezco una cortina?

—Iba a decir guapa.

—Ah.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que dice más que las palabras.

—Tú también estás guapo —digo.

—Cállate.

—Es verdad.

—Que te calles.

Silencio.

Sonreímos. Los dos. Como imbéciles.

El baile está lleno.

Todo el pueblo. Desde los críos hasta los abuelos. Todos bailando. O intentándolo.

Nico me lleva a una esquina. Cerca de la barra. Donde hay menos gente.

—No bailo —dice.

—Ya.

—En serio. No bailo.

—Vale.

Le miro. Él mira a la pista. A la gente bailando. A los que se ríen. A los que tropiezan.

—Nunca he bailado —dice.

—¿Nunca?

—Nunca. Mi padre decía que los hombres no bailan.

Y ahí está otra vez. El padre. La sombra. Esa voz que sigue dentro de su cabeza aunque lleve dos años muerto.

—Tu padre era gilipollas —digo.

—Ya lo sé.

—Pues entonces.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé.

Silencio.

La orquesta empieza a tocar algo lento. Una balada. De esas cursis que ponen en las bodas. De esas que antes odiaba y ahora no sé si odio o no.

—Ven —digo.

—No.

—Nico.

—Que no.

—Nadie te está mirando.

—Todo el mundo está mirando.

—Me la suda.

Le cojo la mano. La aprieto. Y tiro de él hacia la pista.

—Mari —dice.

—Cállate y baila.

—No sé bailar.

—Yo tampoco. Nadie sabe. Solo se mueven y ya está.

Y entonces hace algo que no esperaba.

Viene.

Bailamos.

Bueno, nos movemos. Torpemente. Sin ritmo. Pisándonos los pies.

Pero bailamos.

Nico me tiene cogida de la cintura. Yo tengo los brazos alrededor de su cuello. Nos movemos despacio. Sin hablar.

Y a nuestro alrededor está todo el pueblo. Mirando. Porque por supuesto que están mirando. Porque Nico nunca baila. Y ahora está bailando. Conmigo.

—Te están mirando —susurro.

—Ya lo sé.

—¿Estás bien?

Silencio.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que nunca había visto. Algo que parece libertad.

—Estoy bien —dice.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y seguimos bailando. Mal. Torpe. Pero bailando.

Y en algún momento la canción cambia. Y luego otra. Y otra. Y nosotros seguimos ahí. Moviéndonos. Sin hablar. Sin necesitar hablar.

Porque a veces las palabras sobran.

A veces solo hace falta esto.

Dos personas. Una pista de baile. Una noche de septiembre.

Y la sensación de que todo está exactamente donde tiene que estar.

—Oye —dice Nico al final.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por obligarme.

Le miro. Y hay algo en su cara que parece paz. Esa paz que casi nunca tiene.

—De nada —digo—. Borde.

—Borde.

Silencio.

Y seguimos bailando.

Hasta que la música para. Hasta que la gente se va. Hasta que solo quedamos nosotros y el eco de lo que ha sido esta noche.

Una noche de fiestas.

Una noche en la que Nico ha bailado por primera vez.

Una noche en la que he dejado de ser la madrileña y he empezado a ser algo más.

Algo que todavía no sé nombrar.

Pero que se siente como casa.

Capítulo 26

El trabajo

Llevo un mes sin trabajar.

Un mes.

Treinta días mirando el techo. Haciendo la comida. Ayudando a Loli con el huerto. Viendo series de mierda en el portátil mientras Nico trabaja.

Y me estoy volviendo loca.

No de la manera mala. De la otra. De esa manera en la que no sabes quién eres si no estás haciendo algo. Si no estás produciendo. Si no estás siendo útil.

Mi terapeuta de Madrid diría que es un patrón de autoexigencia. Que mi valor no depende de mi productividad. Que tengo que aprender a estar sin hacer.

Mi terapeuta de Madrid me caía bien. Pero a veces no tenía ni puta idea.

Porque sí. Mi valor no depende de mi productividad. Pero también necesito hacer algo con mi vida. Algo que sea mío. Algo que no sea solo ser la novia de Nico en el pueblo de Nico con la abuela de Nico.

Necesito algo mío.

Se lo cuento a Loli.

Porque Loli siempre sabe qué decir. O al menos sabe escuchar, que a veces es lo mismo.

—Es que no sé qué hacer —digo—. En Madrid era copywriter. Escribía textos para anuncios. Para webs. Para cosas que nadie lee.

—¿Y te gustaba?

—No.

—¿Entonces?

Buena pregunta.

—Es que no sé hacer otra cosa —digo.

—¿No sabes o no has probado?

Otra buena pregunta.

—A ver —dice Loli, sirviendo más café—. ¿Qué te gusta hacer? Sin pensar en dinero. Sin pensar en nada. ¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Silencio.

Pienso. Es difícil. Es difícil pensar en lo que te gusta cuando llevas años pensando solo en lo que tienes que hacer.

—Escribir —digo al final—. Me gusta escribir. Pero no anuncios. Historias. Cosas que importen.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no pagan.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Que qué más da si no pagan. Tienes casa. Tienes comida. Tienes tiempo. ¿Qué más necesitas?

La miro. Y hay algo en sus ojos que parece muy simple. Demasiado simple.

—No es tan fácil —digo.

—No es tan difícil.

—Loli.

—¿Qué? Es verdad. Llevas toda la vida haciendo lo que tenías que hacer. Quizás es hora de hacer lo que quieres hacer.

Y no sé qué decir. Porque tiene razón. Pero también es aterrador.

Esa noche le cuento a Nico.

Estamos en la cama. Con la ventana abierta. Con el ruido del mar de fondo.

—Quiero escribir —digo.

—¿Escribir qué?

—No sé. Historias. Cosas.

Silencio.

Nico me mira. Y no hay juicio en sus ojos. Solo curiosidad.

—Pues escribe —dice.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

—Porque nadie me va a pagar por eso. Porque no sé si soy buena. Porque llevo años sin escribir nada que no sea un puto eslogan.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Que qué más da. Escribe. Si eres buena, ya veremos. Si no eres buena, al menos lo habrás intentado.

Le miro. Y me doy cuenta de que ha dicho casi exactamente lo mismo que Loli. Debe ser genético.

—¿Y si fracaso? —digo.

—Pues fracasas.

—Qué ánimos.

—No te estoy dando ánimos. Te estoy diciendo la verdad. Puedes fracasar. Pero también puedes no hacerlo. Y si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Silencio.

Tiene razón. Otra vez. Es irritante lo mucho que tiene razón últimamente.

—¿Tú qué escribirías? —pregunta.

—No sé. Historias de amor, quizás. De esas cursis con final feliz.

—¿Como la nuestra?

Le miro. Y hay algo en su cara que parece una sonrisa. Una pequeña. De las suyas.

—No sabía que nuestra historia tuviera final feliz —digo.

—Todavía no. Pero vamos por buen camino.

Y no sé qué decir. Porque tiene razón. Vamos por buen camino.

—Borde —digo.

—Borde.

Al día siguiente empiezo.

Abro el portátil. Un documento en blanco. El cursor parpadeando.

Y nada.

No sale nada.

Estoy ahí una hora. Dos. Tres. Mirando el cursor. Intentando escribir algo. Cualquier cosa.

Nada.

Cierro el portátil. Me voy a dar un paseo. Por el pueblo. Por la playa. Por los sitios que ya empiezan a ser míos.

Y mientras camino, pienso.

Pienso en lo que quiero escribir. En las historias que tengo dentro. En las cosas que nunca he contado a nadie.

Y de repente, sin avisar, aparece una frase.

Una sola frase.

Vuelvo corriendo a casa. Abro el portátil. Y escribo.

No mucho. Doscientas palabras. Trescientas. Una mierda, probablemente.

Pero es algo.

Es un comienzo.

Esa noche le enseño a Nico lo que he escrito.

Me tiemblan las manos. No sé por qué. Bueno, sí lo sé. Porque es mío. Porque nunca le he enseñado a nadie nada que sea solo mío.

Lee en silencio. Sin decir nada. Con esa cara que pone cuando está procesando.

—¿Y bien? —digo cuando termina.

Silencio.

Joder. Silencio. Eso no puede ser bueno.

—Es bueno —dice.

—No me mientas.

—No te miento.

—Nico.

—Mari. Es bueno. No sé mucho de esto. Pero me ha enganchado. He querido seguir leyendo.

Le miro. Y hay algo en sus ojos que parece sinceridad.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿No lo dices porque eres mi novio y tienes que decirlo?

—No. Lo digo porque es verdad. Y porque si fuera una mierda te lo diría. Ya me conoces.

Es verdad. Ya le conozco. Nico no miente. No sabe. Es incapaz de decir algo que no piensa.

—Gracias —digo.

—De nada. Ahora sigue escribiendo.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Antes de que te entre el miedo y lo dejes.

Silencio.

Tiene razón. Otra vez.

Me siento. Abro el portátil. Y sigo escribiendo.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy haciendo algo que importa.

No porque vaya a cambiar el mundo. Ni porque vaya a hacerme rica.

Sino porque es mío.

Solo mío.

Y eso es suficiente.

Capítulo 28

Tres meses

Tres meses.

Noventa días.

No sé cuántas horas. No soy de esas que cuentan las horas. Pero sí sé que han sido suficientes para que esto deje de sentirse como una locura y empiece a sentirse como mi vida.

Es octubre. El pueblo ha cambiado. Ya no hay turistas. Ya no hay colas en el chiringuito de Manolo. Ya no hay críos gritando en la playa a las ocho de la mañana.

Ahora hay silencio. Y lluvia. Y ese olor a tierra mojada que no sabía que echaba de menos hasta que lo olí.

Madrid parece otra vida. Otra persona. Otra Mari que tomaba el metro a las ocho y comía tuppers tristes en una oficina gris.

Ahora como con Loli. Escribo por las mañanas. Paseo por las tardes. Y por las noches, Nico.

Siempre Nico.

Hoy es sábado.

Y Nico está raro.

No raro malo. Raro raro. De esos raros que no sabes si es porque está pensando algo o porque se ha olvidado de algo o porque tiene gases.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí.

—No pareces bien.

—Estoy bien.

—Nico.

—Mari.

Le miro. Él no me mira. Está muy ocupado mirando su café como si fuera lo más interesante del mundo.

—¿Qué pasa? —digo.

—Nada.

—Algo pasa.

—No pasa nada.

—Tienes cara de que pasa algo.

Suspira. De esa manera que suspira cuando sabe que no va a poder escapar.

—Es que tengo que enseñarte una cosa —dice.

—¿Qué cosa?

—Una cosa.

—Nico.

—Ven. Te lo enseño.

Se levanta. Yo le sigo. Sin saber muy bien qué esperar.

Porque con Nico nunca sé qué esperar.

Y eso, en el fondo, me encanta.

Me lleva al piso de arriba.

A esa habitación que usamos de trastero. Donde guardamos las cajas que no hemos abierto. Los muebles que no sabemos dónde poner. Las cosas que no tienen sitio.

Pero cuando abre la puerta, ya no es un trastero.

Es otra cosa.

Las paredes están pintadas de blanco. Hay una mesa junto a la ventana. Una silla. Una estantería con mis libros. Mis libros. Los que estaban en cajas.

Y hay luz. Mucha luz. Esa luz de octubre que entra por la ventana y lo llena todo.

—He pensado que necesitabas un sitio —dice Nico. Detrás de mí. Sin mirarme—. Para escribir. Un sitio tuyo.

Silencio.

No digo nada. No puedo. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de Andalucía.

—Si no te gusta puedo cambiarlo —dice—. El color. O la mesa. O lo que sea. Es solo que pensé que...

—Nico.

—¿Qué?

—Cállate.

Me giro. Le miro. Y hay algo en mis ojos que debe de parecer mucho, porque él se queda quieto.

—¿Te gusta? —dice. Con esa voz de niño pequeño que a veces tiene. Esa que esconde debajo de todo lo demás.

—Me gusta.

—¿Segura?

—Segura.

Y entonces hago lo único que tiene sentido.

Le beso.

Fuerte. Con todo. Con las gracias que no sé decir y el te quiero que a veces se me olvida y el joder qué suerte tengo de que existas.

Todo eso. En un beso.

Más tarde, cuando estamos tumbados en el sofá, le pregunto.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando esto?

—Un mes.

—¿Un mes?

—Un mes. Mientras trabajabas en el portátil abajo. Yo subía y pintaba. Y montaba muebles. Y sacaba la mierda de las cajas.

Silencio.

Un mes. Llevaba un mes haciendo esto. Sin decir nada. Sin que yo me enterara.

—¿Por qué no me dijiste nada? —digo.

—Porque quería que fuera una sorpresa.

—No te van las sorpresas.

—Ya. Pero a ti sí.

Le miro. Y hay algo en sus ojos que parece orgullo. Ese orgullo pequeño de cuando hace algo bien y no sabe cómo decirlo.

—Eres borde —digo.

—Ya lo sé.

—Pero del bueno.

—Del único que hay.

Sonreímos. Los dos. Como imbéciles. Como llevamos haciendo tres meses. Como espero que sigamos haciendo mucho tiempo.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—¿Eres feliz?

Silencio.

Es una pregunta rara. De esas que Nico no hace nunca. De esas que cuestan.

—Sí —digo—. Creo que sí.

—¿Crees?

—Sé. Sé que soy feliz.

Me mira. Y hay algo en su cara que parece alivio. Como si hubiera estado esperando esa respuesta. Como si la necesitara.

—Bien —dice.

—¿Bien?

—Bien.

—Borde.

—Borde.

Y nos quedamos ahí. En el sofá. Con la lluvia de octubre golpeando la ventana. Con el olor a café y a nosotros.

Y pienso que esto es. Esto es lo que la gente llama felicidad. No fuegos artificiales. No grandes gestos. Esto. Un sofá. Una habitación con luz. Un tío que pinta paredes en secreto.

Esto es todo.

Y es suficiente.

Es más que suficiente.

Capítulo 29

Loli

Loli está rara.

Lleva días rara. Más callada de lo normal. Más lenta. Con esa mirada perdida que pone a veces cuando piensa en cosas que no cuenta.

Al principio no le doy importancia. Tiene ochenta y tres años. A los ochenta y tres años tienes derecho a estar rara cuando te dé la gana.

Pero hoy es diferente.

Hoy estamos en su cocina. Las dos solas. Nico ha ido al pueblo a por no sé qué. Y Loli me ha pedido que venga. Que tiene que enseñarme una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunto.

—Una cosa. Siéntate.

Me siento.

Y Loli saca una caja.

Una caja vieja. De madera. Con el barniz descascarillado y las esquinas gastadas. De esas cajas que tienen más años que yo.

—Esto era de mi madre —dice—. Y de su madre antes. Y ahora es mío.

—¿Qué hay dentro?

—Cosas.

—Loli.

—Cosas importantes.

Abre la caja.

Y dentro hay cartas.

Muchas cartas. Amarillentas. Dobladas. Con letra que no reconozco.

—Son de tu abuelo —dice Loli—. De cuando éramos novios. Antes de casarnos.

—No sabía que os escribierais cartas.

—Claro que no lo sabías. No se lo he contado a nadie.

Cojo una carta. Con cuidado. Como si fuera a romperse.

La letra es pequeña. Apretada. De alguien que no tenía mucho papel y quería aprovecharlo.

—Nos conocimos en las fiestas del pueblo —dice Loli—. Yo tenía diecisiete años. Él tenía veinte. Era pescador. Como su padre. Como el padre de su padre.

—Como Nico.

—Como Nico.

Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece muy lejano.

—Me dijo que era borde —dice—. Que no sabía hablar con chicas. Que le perdonara si decía tonterías.

—Suena familiar.

—Ya.

Silencio.

Sonríe. Yo también.

—Nos casamos tres meses después —dice—. Todo el mundo dijo que estábamos locos. Que era demasiado pronto. Que no nos conocíamos.

—¿Y teníais razón?

—Claro que no. Estábamos locos. No nos conocíamos. Pero nos queríamos. Y eso era suficiente.

—Cincuenta y dos años —dice—. Cincuenta y dos años juntos. Con peleas. Con gritos. Con noches en las que dormíamos de espaldas. Pero juntos. Siempre juntos.

—Le echas de menos.

No es una pregunta. Es un hecho.

—Cada día —dice—. Cada puto día de mi vida.

Y hay algo en su voz que me rompe un poco. Esa fragilidad que esconde debajo de todo. Esa que casi nunca deja ver.

—¿Por qué me enseñas esto? —pregunto.

Loli no contesta inmediatamente. Se queda mirando las cartas. Con esa expresión que tiene cuando está buscando las palabras.

—Porque quiero que las tengas —dice al final.

—¿Yo?

—Tú.

—Loli, no puedo...

—Puedes y vas a hacerlo.

Silencio.

La miro. Y hay algo en sus ojos que no admite discusión.

—Son tuyas —digo—. Son de tu madre. De tu abuela. De tu marido.

—Ya lo sé. Por eso te las doy a ti.

—No lo entiendo.

Loli suspira. De esa manera que suspira cuando tiene que explicar algo que para ella es obvio.

—Mira —dice—. Yo no voy a vivir para siempre.

—Loli.

—Déjame terminar. No voy a vivir para siempre. Y cuando me muera, estas cartas se quedarán aquí. En esta casa. Con mis cosas. Y alguien tendrá que decidir qué hacer con ellas.

—Tu madre no las quiere —dice—. Nunca le han interesado estas cosas. Luna es demasiado joven. Todavía no entiende. Pero tú... tú eres diferente.

—¿Diferente cómo?

—Diferente. Escribes historias. Entiendes lo que significan las palabras. Lo que significan las cartas.

Silencio.

No sé qué decir.

—Además —dice Loli—, eres la única que se ha quedado.

—¿Cómo?

—Que eres la única que se ha quedado. Aquí. En el pueblo. Con Nico. En esta casa amarilla que parece un puto limón.

Me río. No sé por qué. Bueno, sí lo sé. Porque tiene razón. La casa parece un puto limón.

—Te has quedado —repite—. Y eso significa algo.

Nos quedamos en silencio. Las dos. Con las cartas entre nosotras. Con los años entre nosotras.

—Oye —digo—. Cuando dices que me he quedado...

—¿Qué?

—¿Quieres decir para siempre?

Loli me mira. Y hay algo en sus ojos que parece muy simple.

—No lo sé —dice—. Nadie sabe lo que es para siempre. Pero te has quedado hoy. Y ayer. Y la semana pasada. Y eso es lo único que importa.

Silencio.

—Mi marido me decía una cosa —dice—. Me decía que el amor no es una decisión que tomas una vez. Es una decisión que tomas cada día. Cada mañana te levantas y decides quedarte. O decides irte. Y mientras decidas quedarte, el amor sigue.

La miro. Y hay algo en sus palabras que suena a verdad. A esa verdad antigua que la gente mayor tiene y que los jóvenes no queremos escuchar.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Decidiste quedarte cada día?

—Cada puto día de mi vida —dice—. Incluso los días que quería matarle. Incluso los días que dormíamos de espaldas. Incluso entonces.

—¿Y mereció la pena?

Loli sonríe. Y hay algo en su sonrisa que parece muy lejano y muy presente a la vez.

—Cada puto día de mi vida —repite.

Silencio.

Y no hace falta decir más.

Esa noche le cuento a Nico.

Estamos en la cama. Con la ventana cerrada porque ya hace frío. Con el ruido de la lluvia de fondo.

—Tu abuela me ha dado unas cartas —digo.

—¿Qué cartas?

—De tu abuelo. De cuando eran novios.

Nico no dice nada. Se queda mirando el techo. Procesando.

—Nunca me las había enseñado —dice al final.

—Ya.

—A nadie.

—Ya lo sé.

—¿Por qué a ti? —pregunta. Y no suena a celos. Suena a curiosidad.

—Dice que soy la que se ha quedado.

Silencio.

Nico se gira. Me mira. Y hay algo en sus ojos que parece mucho.

—Te has quedado —dice.

—Me he quedado.

—¿Te arrepientes?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

Me mira. Y hay algo en su cara que parece alivio. Ese alivio que tiene siempre que le confirmo que sigo aquí. Que no me he ido. Que no voy a irme.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Tu abuela me ha dicho una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que el amor no es una decisión que tomas una vez. Es una decisión que tomas cada día.

Nico no dice nada. Se queda ahí. Mirándome. Con esa cara que pone cuando está pensando algo importante.

—Tiene razón —dice al final.

—Ya lo sé.

—Mi abuelo le decía eso.

—Ya lo sé.

—Y ella se lo creyó.

—Y funcionó.

Silencio.

—Cincuenta y dos años —dice.

—Cincuenta y dos años.

Y hay algo en ese número que suena a promesa. No a garantía. Pero sí a posibilidad.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—Mañana.

—¿Qué pasa mañana?

—Nada. Solo que mañana elijo quedarme. Otra vez.

Le miro. Y hay algo en sus ojos que nunca había visto.

Esperanza.

No la esperanza grande de las películas. La pequeña. La de cada día. La que dice que quizás esto funcione. Quizás.

—Yo también —digo—. Mañana elijo quedarme.

—¿Y pasado?

—También.

—¿Y el día después?

—También, borde. También.

Silencio.

Sonreímos. Los dos. En la oscuridad. Con la lluvia golpeando la ventana.

Y no hace falta decir más.

Porque a veces las palabras sobran.

A veces solo hace falta esto.

Dos personas que eligen quedarse.

Cada día.

Cada puto día de su vida.

Capítulo 30

Volví

Un año.

Ha pasado un año.

Trescientos sesenta y cinco días desde que llegué a este pueblo con un coche de mierda y el corazón roto. Trescientos sesenta y cinco días desde que vi a Loli en la puerta de su casa. Desde que conocí al borde del chiringuito. Desde que empezó todo esto.

Y ahora estoy aquí.

En la cocina de la casa amarilla. Con un café que se está enfriando. Con el sol de junio entrando por la ventana. Con el olor a mar y a jazmín que ya es el olor de mi vida.

Mi vida.

Suena raro. Suena bien. Suena a algo que hace un año no existía y ahora es lo único que tengo.

Nico está fuera. En el jardín. Haciendo algo con las plantas que no entiendo. Siempre está haciendo algo con las plantas. Es su manera de meditar, dice. Su manera de no pensar.

Loli vendrá luego. A comer. Como todos los domingos. Con una fuente de algo que dirá que no ha cocinado pero que obviamente ha cocinado.

Y yo estoy aquí.

Escribiendo.

Porque eso es lo que hago ahora. Escribo. Historias de amor con final feliz. Historias de tías que vuelven a sus pueblos y se enamoran

de bordes. Historias que se parecen mucho a la mía pero también no.

La primera se publica la semana que viene.

La semana que viene.

Todavía no me lo creo.

A veces pienso en la Mari de hace un año.

En esa tía que lloraba en el baño del curro. Que comía helado de pistacho del Mercadona a las tres de la mañana. Que pensaba que su vida había terminado porque un gilipollas llamado Álvaro la había dejado por una becaria.

Qué imbécil.

No Álvaro. Bueno, también Álvaro. Pero sobre todo yo. Qué imbécil era. Pensando que el fin del mundo era perder a alguien que ni siquiera me quería bien. Pensando que nunca iba a encontrar otra cosa.

Y mira.

Mira dónde estoy.

En un pueblo que hace un año ni sabía que existía. Con un tío que hace un año me caía fatal. Con una abuela prestada que me quiere más que la mía propia. Con un libro que se publica la semana que viene.

Con una vida.

Una vida de verdad.

Una vida que elegí.

Eso es lo que más me flipa. Que la elegí. Que tomé una decisión. Que dejé el trabajo seguro y el piso de Madrid y la vida que se suponía que tenía que vivir. Y elegí esto.

Y no me arrepiento.

Ni un poco.

Bueno, a veces echo de menos el metro. Y las cañas a tres euros en Malasaña. Y a Paula, aunque viene a verme cada dos meses y nos emborrachamos como si tuviéramos veinte años.

Pero el resto no. El resto no lo echo de menos para nada.

Nico entra por la puerta.

Con las manos llenas de tierra. Con el pelo revuelto. Con esa cara que pone cuando está contento pero no quiere admitirlo.

—¿Qué haces? —dice.

—Nada.

—Estás mirando al vacío.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cosas.

—Qué específica.

—Cállate.

Sonríe. Yo también.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Hace un año que llegué.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía.

Le miro. Y hay algo en sus ojos que dice que lleva pensando en esto todo el día. Que no se le ha olvidado. Que cuenta los días igual que yo.

—Borde —digo.

—Borde.

Se sienta a mi lado. Sin lavarse las manos. Sin quitarse nada. Solo se sienta.

—¿Te arrepientes? —pregunta.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Y tú?

—¿De qué me voy a arrepentir yo?

—No sé. De dejarme entrar. En tu casa. En tu vida. En tu familia.

Silencio.

Me mira. Y hay algo en su cara que parece muy serio.

—Nunca —dice—. Ni un segundo.

—Cursi.

—Es la verdad.

—Sigue siendo cursi.

—Que te den.

Sonreímos. Los dos. Como imbéciles. Como llevamos un año haciendo.

Loli llega a las dos.

Con una fuente de croquetas. Obviamente.

—No las he hecho yo —dice.

—Ya.

—Las ha hecho Paqui.

—Ya.

—Yo solo las he traído.

—Loli. Huelen a tu cocina.

Sonríe. Esa sonrisa de bruja que tiene. La de cuando sabe algo que tú no sabes.

—Bué, puede que haya ayudado un poco —dice.

—Un poco.

—Un poco mucho.

—Eso pensaba.

Silencio.

Se sienta a la mesa. En su sitio de siempre. Porque ya tiene un sitio de siempre. Porque ya es parte de esto.

—¿Qué celebramos? —pregunta.

—Nada.

—Nico ha puesto mantel bueno. Nico nunca pone mantel bueno.

—Es el aniversario —dice Nico.

—¿Qué aniversario?

—Un año —digo—. Hace un año que llegué.

Loli me mira. Y hay algo en sus ojos que parece mucho.

—Un año —repite.

—Un año.

—Joder.

—Ya.

—Pues brindemos —dice, cogiendo su copa—. Por un año.

—Por un año.

—Y por muchos más.

—Y por muchos más.

Brindamos. Los tres. En la cocina de la casa amarilla. Con las croquetas de Loli y el vino del pueblo y el sol de junio entrando por la ventana.

Y es perfecto.

No perfecto de película. Perfecto de verdad. Perfecto de esto es mi vida y me gusta.

Después de comer, Loli se echa la siesta en el sofá.

Nico friega los platos. Yo le ayudo. O intento ayudarle. Más que nada le paso las cosas y le miro el culo. Que también cuenta.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—He estado pensando.

—Eso es peligroso.

—Cállate. He estado pensando en el título.

—¿Qué título?

—Del libro. El que se publica la semana que viene.

—¿Y qué pasa con el título?

Silencio.

Le miro. Y hay algo que llevo meses queriendo decirle. Algo que no he sabido cómo.

—Se llama "Volví buenísima" —digo.

—Ya lo sé. Me lo dijiste.

—Ya. Pero no te dije por qué.

Se gira. Me mira. Con las manos mojadas y esa cara de que no entiende nada.

—Es por esto —digo—. Por todo esto. Por volver aquí. Por quedarme. Por elegir otra cosa.

—No lo pillo.

—Es que... —busco las palabras—. Cuando llegué aquí estaba hecha mierda. Rota. Pensando que mi vida había terminado. Y ahora... ahora no. Ahora estoy bien. Ahora tengo un libro. Y una casa. Y a ti. Y a Loli. Y todo esto que no sabía que necesitaba.

—Volví buenísima —repito—. No porque haya adelgazado o me haya operado las tetas o lo que sea. Buenísima porque estoy bien. Por dentro. Por fin.

Silencio.

Nico no dice nada. Se queda ahí. Mirándome. Con esa intensidad que tiene cuando está procesando algo importante.

—¿Y el chúpate esa? —pregunta.

—Eso es para Álvaro.

—¿Para Álvaro?

—Sí. Para que se joda. Para que sepa que lo que me hizo no me destruyó. Que salí mejor de lo que entré. Que puede irse a la mierda con su becaria.

Y entonces Nico hace algo que no esperaba.

Se ríe.

Una risa de verdad. De esas que casi nunca tiene. De esas que le cambian la cara entera.

—Joder —dice—. Te quiero.

—Ya lo sé.

—No. De verdad. Te quiero mucho.

Y no sé qué decir. Porque Nico no dice estas cosas. Casi nunca. Y cuando las dice, significan todo.

—Yo también te quiero —digo—. Borde.

—Borde.

Esa noche, cuando Loli se ha ido y todo está en silencio, salimos al jardín.

El jardín de la casa amarilla. Con el jazmín que ya ha florecido. Con las estrellas de junio arriba. Con el ruido del mar de fondo.

Nos sentamos en los escalones. Los dos. Sin hablar. Mirando la noche.

Y pienso en todo.

En el año que ha pasado. En la tía que era antes. En la que soy ahora. En Nico. En Loli. En esta casa que parece un puto limón y que ahora es mi hogar.

Pienso en las decisiones. En las pequeñas y las grandes. En la de quedarme. En la de escribir. En la de elegir esto en vez de lo otro.

Pienso en el amor. En que no es una decisión que tomas una vez. Es una decisión que tomas cada día. Cada mañana. Cada noche.

Y pienso en mañana.

Mañana me levantaré en esta casa. Haré café en esta cocina. Escribiré en mi habitación de las paredes blancas. Comeré con Loli. Ceñaré con Nico. Y por la noche volveré a este jardín.

Y pasado mañana igual.

Y el día después.

Y el día después de ese.

Hasta que los días se conviertan en semanas. Y las semanas en meses. Y los meses en años. Como los cincuenta y dos de Loli y su marido. Como los que espero que sean los nuestros.

—Oye —dice Nico.

—¿Qué?

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Mentirosa.

—En todo.

—Eso tiene más sentido.

Silencio.

Le miro. Y hay algo en su cara que parece paz. Esa paz que casi nunca tiene. Esa que solo tiene cuando estamos así. Los dos. En silencio. Sin necesidad de nada más.

—Oye —digo.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Por dejarme quedarme. Por aguantarme. Por quererme aunque soy insoportable.

—No eres insoportable.

—Un poco sí.

—Un poco sí. Pero me gusta.

Sonreímos. Los dos. En la oscuridad.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—Mañana.

—¿Qué pasa mañana?

—Elijo quedarme. Otra vez.

Y ahí está. Esa frase. Esa promesa. Esa cosa pequeña que es más grande que cualquier declaración épica.

—Yo también —digo—. Mañana elijo quedarme.

—¿Y pasado?

—También.

—¿Y siempre?

Silencio.

Le miro. A los ojos. A esos ojos que hace un año me parecían insoportables y ahora son mi lugar favorito del mundo.

—No sé qué es siempre —digo—. Pero sé que ahora. Y que mañana. Y que pasado. Y que todos los días que vengan después. Eso sí lo sé.

—Me vale.

—¿Te vale?

—Me vale.

Y nos quedamos ahí. En el jardín. Mirando las estrellas. Sin decir nada más.

Porque no hace falta.

Porque a veces las palabras sobran.

Porque a veces solo hace falta esto:

Dos bordes.

Una casa amarilla.

Y todos los mañanas del mundo.

FIN

FIN